EL AMERICANISMO Y LA CONJURACIÓN ANTICRISTIANA
POR EL REV^{DO}. PADRE HENRI DELASSUS

Canónigo Honorario de la metrópoli de Cambrai, Director de *La Semana Religiosa* de esta diócesis.

CONDENACIÓN DEL AMERICANISMO

TESTEM BENEVOLENTIAE
Carta de S.S. León XIII al Emmo. Card. James Gibbons sobre el "Americanismo"
A nuestro querido hijo,
James Cardenal Gibbons,
Cardenal Presbítero del Título de Santa María del Trastevere,
Arzobispo de Baltimore:
León XIII, Papa

Querido hijo, Salud y Bendición Apostólica. Os enviamos por medio de esta carta una renovada expresión de esa buena voluntad que no hemos dejado de manifestar frecuentemente a lo largo de nuestro pontificado a vos, a vuestros colegas en el Episcopado y a todo el pueblo americano, valiéndonos de toda oportunidad que nos ha sido ofrecida por el progreso de vuestra Iglesia o por cuanto habéis hecho para salvaguardar y promover los intereses católicos. Por otra parte, hemos frecuentemente considerado y admirado los nobles regalos de vuestra nación, los cuales permiten al pueblo americano estar sensible a todo buen trabajo que promueve el bien de la humanidad y el esplendor de la civilización. Sin embargo esta carta no pretende, como las anteriores, repetir las palabras de alabanza tantas veces pronunciadas, sino más bien llamar la atención sobre algunas cosas que han de ser evitadas y corregidas, y puesto que ha sido concebida en el mismo espíritu de caridad apostólica que ha inspirado nuestras anteriores cartas, podemos esperar que la toméis como otra prueba de nuestro amor; esto más aun porque busca acabar con ciertas disputas que han surgido últimamente entre vosotros para detrimento de la paz de muchas almas.

Os es conocido, querido hijo, que el libro sobre la vida de Isaac Thomas Hecker, debido principalmente a los esfuerzos de quienes emprendieron su publicación y traducción a una lengua extranjera, ha suscitado serias controversias por ciertas opiniones que presenta sobre el modo de vivir cristiano.

Nos, por consiguiente, a causa de nuestro oficio apostólico, teniendo que guardar la integridad de la fe y la seguridad de los fieles, estamos deseosos de escribiros con mayor extensión sobre todo este asunto.

El fundamento sobre el que se fundan estas nuevas ideas es que, con el fin de atraer más fácilmente a aquellos que disienten de ella, la Iglesia debe adecuar sus enseñanzas más conforme con el espíritu de la época, aflojar algo de su antigua severidad y hacer algunas concesiones a opiniones nuevas. Muchos piensan que estas concesiones deben ser hechas no sólo en asuntos de disciplina, sino también en las doctrinas pertenecientes al "depósito de la fe". Ellos sostienen que sería oportuno, para ganar a aquellos que disienten de nosotros, omitir ciertos puntos del magisterio de la Iglesia que son de menor importancia, y de esta manera moderarlos para que no porten el mismo sentido que la Iglesia constantemente les ha dado. No se necesitan muchas palabras, querido hijo, para probar la falsedad de estas ideas si se trae a la mente la naturaleza y el origen de la doctrina que la Iglesia propone. El Concilio Vaticano dice al respecto: «La doctrina de la fe que Dios ha revelado no ha sido propuesta, como una invención filosófica, para ser perfeccionada por el ingenio humano, sino que ha sido entregada como un divino depósito a la Esposa de Cristo para ser guardada fielmente y declarada infaliblemente. De aquí que el significado de los sagrados dogmas que Nuestra Madre, la Iglesia, declaró una vez debe ser mantenido perpetuamente, y nunca hay que apartarse de ese significado bajo la pretensión o el pretexto de una comprensión más profunda de los mismos» (*Constitutio de Fide Catholica,* cap. IV).

No podemos considerar como enteramente inocente el silencio que intencionalmente conduce a la omisión o desprecio de alguno de los principios de la doctrina cristiana, ya que todos los principios vienen del mismo Autor y Maestro, «el Hijo Unigénito, que está en el seno del Padre» (*Jn* 1, 18). Estos están adaptados a todos los tiempos y a todas las naciones, como se ve claramente por las palabras de Nuestro Señor a sus apóstoles: «Id, pues, enseñad a todas las naciones; enseñándoles a observar todo lo que os he

mandado, y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (*Mt* 28, 19). Sobre este punto dice el Concilio Vaticano: «Deben ser creídas con fe divina y católica todo aquello que está contenido en la Palabra de Dios, escrita o transmitida, y es propuesto por la Iglesia para ser creído como divinamente revelado, ora por solemne juicio, ora por su ordinario y universal magisterio» (*Constitutio de Fide Catholica,* cap. III).

Lejos de la mente de alguno el disminuir o suprimir, por cualquier razón, alguna doctrina que haya sido transmitida. Tal política tendería a separar a los católicos de la Iglesia en vez de atraer a los que disienten. No hay nada más cercano a nuestro corazón que tener de vuelta en el rebaño de Cristo a los que se han separado de Él, pero no por un camino distinto al señalado por Cristo.

La regla de vida afirmada para los católicos no es de tal naturaleza que no pueda acomodarse a las exigencias de diversos tiempos y lugares. La Iglesia tiene, guiada por su Divino Maestro, un espíritu generoso y misericordioso, razón por la cual desde el comienzo ella ha sido lo que San Pablo dijo de sí mismo: «Me he hecho todo con todos para salvarlos a todos» (*1Cor* 9, 22).

La historia prueba claramente que la Sede Apostólica, a la cual ha sido confiada la misión no sólo de enseñar, sino también de gobernar toda la Iglesia, se ha mantenido «en una misma doctrina, en un mismo sentido y en una misma sentencia» (*Constitutio de Fide Catholica*, cap. IV).

Ahora bien, en cuanto al modo de vivir, de tal manera se ha acostumbrado a moderar su disciplina que, manteniendo intacto el divino principio de la moral, nunca ha dejado de acomodarse al carácter y genio de las naciones que ella abraza.

¿Quién puede dudar de que actuará de nuevo con este mismo espíritu si la salvación de las almas lo requiere? En este asunto la Iglesia debe ser el juez, y no los individuos particulares, que a menudo se engañan con la apariencia de bien. En esto debe estar de acuerdo todo el que desee escapar a la condena de nuestro predecesor, Pío VI. Él condenó como injuriosa para la Iglesia y el Espíritu de Dios que la guía la doctrina contenida en la proposición LXXVIII del Sínodo de Pistoia: «que la disciplina creada y aprobada por la Iglesia debe ser sometida a examen, como si la Iglesia pudiese formular un código de leyes inútil o más pesado de lo que la libertad humana puede soportar».

Pero, querido hijo, en el presente asunto del que estamos hablando, hay aún un peligro mayor, y una más manifiesta oposición a la doctrina y

disciplina católicas, en aquella opinión de los amantes de la novedad según la cual sostienen que se debe admitir una suerte tal de libertad en la Iglesia que, disminuyendo de alguna manera su supervisión y cuidado, se permita a los fieles seguir más libremente la guía de sus propias mentes y el sendero de su propia actividad. Aquellos son de la opinión de que dicha libertad tiene su contraparte en la libertad civil recientemente dada, que es ahora el derecho y fundamento de casi todo estado secular.

Hemos discutido largamente este punto en la carta apostólica sobre de la Constitución de los Estados dada por nosotros a los Obispos de toda la Iglesia, y allí hemos dado a conocer la diferencia que existe entre la Iglesia, que es una sociedad divina, y todas las otras organizaciones sociales humanas que dependen simplemente de la libre voluntad y opción de los hombres.

Es bueno, entonces, dirigir particularmente la atención a la opinión que sirve como el argumento a favor de esta mayor libertad buscada para los católicos y recomendada a ellos.

Se alega que ahora que ha sido proclamado el Decreto Vaticano sobre a la autoridad magisterial infalible del Romano Pontífice, ya no hay más de qué preocuparse en esa línea, y por consiguiente, desde que esto ha sido salvaguardado y puesto más allá de todo cuestionamiento, se abre a cada uno un campo más ancho y libre, tanto para el pensamiento como para la acción. Pero tal razonamiento es evidentemente defectuoso, ya que, si hemos de llegar a alguna conclusión acerca de la autoridad magisterial infalible de la Iglesia, esta sería más bien la de que nadie debería desear apartarse de esta autoridad, y más aun, que llevadas y dirigidas de tal modo las mentes de todos, gozarían todos de una mayor seguridad de no caer en error privado. Y además, aquellos que se permiten tal modo de razonar, parecen alejarse seriamente de la providente sabiduría del Altísimo, que se dignó dar a conocer por solemnísima decisión la autoridad y derecho supremo de enseñar de su Sede Apostólica, y entregó tal decisión precisamente para salvaguardar las mentes de los hijos de la Iglesia de los peligros de los tiempos presentes.

Estos peligros, a saber, la confusión de licencia y libertad, la pasión por discutir y mostrar contumacia sobre cualquier asunto posible, el supuesto derecho a sostener cualquier opinión que a uno le plazca sobre cualquier asunto, y a darla a conocer al mundo por medio de publicaciones, tienen a las mentes tan envueltas en la oscuridad que hay ahora más que nunca una

necesidad mayor del oficio magisterial de la Iglesia, no sea que las personas se olviden tanto de la conciencia como del deber.

Nosotros ciertamente no pensamos rechazar todo cuanto han producido la industria y el estudio modernos. Tan lejos estamos de eso, que damos la bienvenida al patrimonio de la verdad y al ámbito cada vez más amplio del bienestar público a todo lo que ayude al progreso del aprendizaje y la virtud. Aun así, todo esto sólo podrá ser de algún sólido beneficio, es más, sólo podrá tener una existencia y un crecimiento real, si se reconoce la sabiduría y la autoridad de la Iglesia.

Ahora bien, con respecto a las conclusiones que han sido deducidas de las opiniones arriba mencionadas, creemos de buena fe que en ellas no ha habido intención de error o astucia, pero aún así, estos asuntos en sí mismos merecen sin duda cierto grado de sospecha. En primer lugar, se deja de lado toda guía externa por ser considerada superflua e incluso negativa para las almas que luchan por la perfección cristiana -siendo su argumento que el Espíritu Santo derrama gracias más ricas y abundantes que antes sobre las almas de los fieles, de manera que, sin intervención humana, Él les enseña y los guía por cierta inspiración oculta. Sin embargo, es signo de un no pequeño exceso de confianza el querer medir y determinar el modo de la comunicación divina a la humanidad, ya que ésta depende completamente de su propio bien parecer y Él es el más libre dispensador de sus propios dones. («El Espíritu sopla donde quiere»-*Jn* 3, 8. «Y a cada uno de nosotros la gracia nos es dada de acuerdo a la medida de la donación de Cristo»-*Ef* 4, 7).

¿Y quién que recuerde la historia de los Apóstoles, la fe de la Iglesia naciente, los juicios y muertes de los mártires -y, sobre todo, aquellos tiempos antiguos tan fructíferos en santos- osará comparar nuestra era con aquellas, o afirmar que aquellos recibieron menos de aquel divino torrente del Espíritu de Santidad? Para no extendernos en este asunto, no hay nadie que ponga en cuestión la verdad de que el Espíritu Santo ciertamente actúa mediante un misterioso descenso en las almas de los justos y que asimismo los mueve con avisos e impulsos, ya que, a menos que éste fuera el caso, toda defensa externa y autoridad sería ineficaz. «Si alguien se persuade de que puede asentir a la verdad salvífica, esto es, evangélica, cuando ésta es proclamada, sin la iluminación del Espíritu Santo, que da a todos suavidad para asentir y perseverar, ese tal es engañado por un espíritu herético» (*Segundo Concilio de Orange,* can. 7).

Más aun, como lo muestra la experiencia, estas mociones e impulsos del Espíritu Santo son las más de las veces experimentados a través de la mediación de la ayuda y luz de una autoridad magisterial externa. Para citar a San Agustín: «Él (el Espíritu Santo) coopera con el fruto recogido de los buenos árboles, ya que Él externamente los riega y los cultiva con el ministerio exterior de los hombres, y por Sí mismo les confiere el crecimiento interno» (*De Gratia Christi,* cap. XIX). Ciertamente pertenece a la ley ordinaria de la providencia amorosa de Dios que, así como Él ha decretado que los hombres se salven en su mayoría por el ministerio de los hombres, ha querido también que aquellos a quienes Él llama a las alturas de la santidad sean guiados hacia allá por hombres; y por eso declara San Crisóstomo que «somos enseñados por Dios a través de la instrumentalidad de los hombres» (*Homilía I, in Inscr. Altar*). Un claro ejemplo de esto nos es dado en los primeros días de la Iglesia. Pues aunque Saulo, resuelto entre venganzas y matanzas, escuchó la voz misma de nuestro Señor y preguntó, "¿Qué quieres que yo haga?", le fue declarado que entrara a Damasco y buscara a Ananías: «Entra en la ciudad y allí te será dicho lo que debes hacer» (*Hch* 9, 6).

Tampoco podemos dejar fuera de consideración el hecho de que quienes están luchando por la perfección, y que por eso mismo no transitan un camino trillado o bien conocido, son los más expuestos a extraviarse, y por eso tienen mayor necesidad de un maestro y guía que otros. Dicha guía ha sido siempre obtenida en la Iglesia, ésta ha sido la enseñanza universal de quienes a través de los siglos han sido eminentes por su sabiduría y santidad. Así pues, quienes la rechazan lo hacen ciertamente con temeridad y peligro.

Para quien considera el problema a fondo, incluso bajo la suposición de que no exista guía externa alguna, no es patente aún cuál es en las mentes de los innovadores el propósito de ese influjo más abundante del Espíritu Santo que tanto exaltan. Para practicar la virtud es absolutamente necesaria la asistencia del Espíritu Santo, y sin embargo encontramos a aquellos aficionados por la novedad dando una injustificada importancia a las virtudes *naturales*, como si ellas respondiesen mejor a las necesidades y costumbres de los tiempos, y como si estando adornado con ellas, el hombre se hiciese más listo para obrar y más fuerte en la acción. No es fácil entender cómo personas en posesión de la sabiduría cristiana pueden preferir las virtudes naturales a las sobrenaturales o atribuirle a aquéllas una mayor eficacia y fecundidad que a éstas. ¿Puede ser que la naturaleza unida a la gracia sea más

débil que cuando es abandonada a sí misma? ¿Puede ser que aquellos hombres ilustres por su santidad, a quienes la Iglesia distingue y rinde homenaje, sean deficientes, sean menos en el orden de la naturaleza y sus talentos, porque sobresalieron en su fortaleza cristiana? Y aunque se esté bien maravillarse momentáneamente ante actos dignos de admiración que hayan sido resultado de la virtud natural -¿Cuántos hay realmente fuertes en el hábito de las virtudes naturales? ¿Hay alguien cuya alma no haya sido probada, y no en poco grado? Aún así, también para dominar y preservar en su integridad la ley del orden natural se requiere de la asistencia de lo alto. Estos notables actos singulares a los que hemos aludido, desde una investigación más cercana mostrarán con frecuencia más una apariencia que la realidad de la virtud. Incluso concediendo que sea virtud, salvo que "corramos en vano" y nos olvidemos de la eterna bienaventuranza a la que Dios en su bondad y misericordia nos ha destinado, ¿de qué nos aprovechan las virtudes naturales si no son secundadas por el don de la gracia divina? Así pues, dice bien San Agustín: «Maravillosa es la fuerza, y veloz el rumbo, pero fuera del verdadero camino». Pues así como la naturaleza del hombre, debido a la caída primera está inclinada hacia el mal y el deshonor, pero por el auxilio de la gracia es elevada, renovada con una nueva grandeza y fortaleza, así también la virtud, que no es el producto de la naturaleza sola, sino también de la gracia, es hecha fructífera para la vida eterna y toma un carácter más fuerte y permanente.

Esta sobrestima de la virtud natural encuentra un modo de expresarse al asumir una división de todas las virtudes en *activas* y *pasivas*, afirmándose que mientras las virtudes pasivas encontraron un mejor lugar en tiempos pasados, nuestra época debe estar caracterizada por las activas. Es evidente que tal división y distinción no puede ser sostenida, ya que no hay, ni puede haber, una virtud meramente pasiva. «Virtud -dice Santo Tomás de Aquino- designa la perfección de una potencia, pero el fin de esa potencia es un acto, y el acto de virtud no es otra cosa que el buen uso del libre albedrío», actuando -hay que agregar- bajo la gracia de Dios, si el acto es el de una virtud sobrenatural.

Sólo creerá que ciertas virtudes cristianas están adaptadas a ciertos tiempos y otras a otros tiempos quien no recuerde las palabras del Apóstol: «A quienes de antemano conoció, a éstos los predestinó para hacerse conformes a la imagen de su Hijo» (*Rom* 8, 29). Cristo es el maestro y

paradigma de toda santidad y a su medida deben conformarse todos los que aspiran a la vida eterna. Cristo no conoce cambio alguno con el pasar de las épocas, ya que «Él es el mismo ayer, hoy y siempre» (*Heb* 13, 8). A los hombres de todas las edades fue dado el precepto: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón» (*Mt* 11, 29). Para toda época se ha manifestado Él como obediente hasta la muerte; en toda época tiene fuerza la sentencia del Apóstol: «Aquellos que son de Cristo han crucificado su carne con sus vicios y concupiscencias» (*Gál* 5, 24). Desearía Dios que hoy en día se practicase más esas virtudes en el grado de los santos de tiempos pasados, quienes en la humildad, obediencia y autodominio fueron poderosos "en palabra y en obra" -para gran provecho no sólo de la religión sino del estado y el bienestar público.

Dado este menosprecio de las virtudes evangélicas, erróneamente calificadas como *pasivas*, faltaba un corto paso para llegar al desprecio de la vida religiosa que en cierto grado se ha apoderado de algunas mentes. Que esto sea sostenido por los defensores de estas nuevas visiones lo inferimos de algunas afirmaciones suyas sobre los votos que profesan las órdenes religiosas. Ellos dicen que estos votos se alejan del espíritu de nuestros tiempos, ya que estrechan los límites de la libertad humana; que son más propios de mentes débiles que de mentes fuertes; que lejos de ayudar al perfeccionamiento humano y al bien de la organización humana, son dañinos para uno y otra; pero cuán falsas son estas afirmaciones es algo evidente desde la práctica y la doctrina de la Iglesia, que siempre ha aprobado grandemente la vida religiosa. Y no sin una buena causa se han mostrado prestos y valientes soldados de Cristo quienes bajo el llamado divino han abrazado libremente ese estado de vida, no contentos con la observancia de los preceptos sino yendo hasta los consejos evangélicos. ¿Debemos nosotros juzgar esto como una característica de mentes débiles o podemos decir que es algo inútil o dañino para un estado de vida más perfecto? Quienes atan de esta manera sus vidas mediante los votos religiosos, lejos de haber sufrido una disminución en su libertad, disfrutan de una libertad más plena y más libre, a saber, aquella por la cual Cristo nos ha liberado (*Gál* 4, 31).

Este otro parecer suyo, a saber, que la vida religiosa es o enteramente inútil o de poca ayuda a la Iglesia, además de ser injuriosa para las órdenes religiosas, no puede ser la opinión de nadie que haya leído los anales de la Iglesia. ¿Acaso vuestro país, los Estados Unidos, no debe tanto los comienzos

de su fe como de su cultura a los hijos de estas familias religiosas? -a uno de los cuales últimamente, cosa muy digna de alabanza, habéis decretado le sea erigida públicamente una estatua. E incluso en los tiempos presentes, dondequiera que las familias religiosas son fundadas, ¡qué rápida y fructuosa cosecha de buenos trabajos traen consigo! ¡Cuántos dejan sus casas y buscan tierras extrañas para impartir allí la verdad del Evangelio y ampliar los límites de la civilización! Y esto lo hacen con la mayor alegría en medio de múltiples peligros. Entre ellos, no menos ciertamente que en el resto del clero, el mundo cristiano encuentra a los predicadores de la Palabra de Dios, los directores de las conciencias, los maestros de la juventud, y la Iglesia misma los ejemplos de toda santidad.

Ninguna diferencia de dignidad debe hacerse entre quienes siguen un estado de vida activa y quienes, encantados por la soledad, dan sus vidas a la oración y mortificación corporal. Y ciertamente cuán buen reconocimiento han merecido ellos, y merecen, es conocido con seguridad por quienes no olvidan que "la plegaria continua del hombre justo" sirve para traer las bendiciones del cielo cuando a tales plegarias se añade la mortificación corporal.

Pero si hay quienes prefieren formar un cuerpo sin la obligación de los votos, dejadles seguir ese rumbo. No es algo nuevo en la Iglesia ni mucho menos censurable. Tengan cuidado, de cualquier manera, de no colocar tal estado por encima del de las órdenes religiosas. Por el contrario, ya que en los tiempos presentes la humanidad es más propensa que en anteriores tiempos a entregarse a sí misma a los placeres, dejad que sean tenidos en una mayor estima aquellos "que habiendo dejado todo lo suyo han seguido a Cristo".

Finalmente, para no alargarnos más, se afirma que el camino y método que hasta ahora se ha seguido entre los católicos para atraer de nuevo a los que han caído fuera de la Iglesia debe ser dejado de lado y debe ser elegido otro. Sobre este asunto, bastará evidenciar que no es prudente despreciar aquello que la antigüedad en su larga experiencia ha aprobado y que es enseñado además por autoridad apostólica. Las Escrituras nos enseñan (*Eclo* 17, 4) que es deber de todos estar solícitos por la salvación de nuestro vecino según las posibilidades y posición de cada uno. Los fieles realizan esto por el religioso cumplimiento de los deberes de su estado de vida, la rectitud de su conducta, sus obras de caridad cristiana, y su sincera y continua oración a Dios.

Por otro lado, quienes pertenecen al clero deben realizar esto por el instruido cumplimiento de su ministerio de predicación, por la pompa y esplendor de las ceremonias, especialmente dando a conocer con sus propias vidas la belleza de la doctrina que inculcó San Pablo a Tito y Timoteo. Pero si, en medio de las diferentes maneras de predicar la Palabra de Dios, alguna vez haya de preferirse la de dirigirse a los no católicos, no en las iglesias sino en algún lugar adecuado, sin buscar las controversias sino conversando amigablemente, ese método ciertamente no tiene problemas.

Pero dejad que quienes cumplan tal ministerio sean escogidos por la autoridad de los obispos y que sean hombres cuya ciencia y virtud hayan sido previamente probadas. Pensamos que hay muchos en vuestro país que están separados de la verdad católica más por ignorancia que por mala voluntad, quienes podrán ser conducidos más fácilmente hacia el único rebaño de Cristo si la verdad les es presentada de una manera amigable y familiar.

Dicho todo lo anterior es evidente, querido hijo, que no podemos aprobar aquellas opiniones que en conjunto se designan con el nombre de "Americanismo". Pero si por este nombre debe entenderse el conjunto de talentos espirituales que pertenecen al pueblo de América, así como otras características pertenecen a otras diversas naciones, o si, además, por este nombre se designa vuestra condición política y las leyes y costumbres por las cuales sois gobernados, no hay ninguna razón para rechazar este nombre. Pero si por éste se entiende que las doctrinas que han sido mencionadas arriba no son sólo indicadas, sino exaltadas, no habrá lugar a dudas de que nuestros venerables hermanos, los obispos de América, serán los primeros en repudiarlo y condenarlo como algo sumamente injurioso para ellos mismos como para su país. Pues eso produciría la sospecha de que haya entre vosotros quienes forjen y quieran una Iglesia distinta en América de la que está en todas las demás regiones del mundo.

Pero la verdadera Iglesia es una, tanto por su unidad de doctrina como por su unidad de gobierno, y es también católica. Y pues Dios estableció el centro y fundamento de la unidad en la cátedra del Bienaventurado Pedro, con razón se llama Iglesia Romana, porque «donde está Pedro allí está la Iglesia» (*Ambrosio, In Ps. 9, 57*). Por eso, si alguien desea ser considerado un verdadero católico, debe ser capaz de decir de corazón las mismas palabras que Jerónimo dirigió al Papa Dámaso: «Yo, no siguiendo a nadie antes que a Cristo, estoy unido en amistad a Su Santidad; esto es, a la cátedra de Pedro.

Sé que la Iglesia fue construida sobre él como su roca y que cualquiera que no recoge contigo, desparrama».

Estas instrucciones que os damos, querido hijo, en cumplimiento de nuestro deber, en una carta especial, tomaremos el cuidado de que sean comunicadas a los obispos de los Estados Unidos; así, testimoniando nuevamente el amor por el cual abrazamos a todo vuestro país, un país que en tiempos pasados ha hecho tanto por la causa de la religión, y el cual, con la ayuda de Dios, hará aún mayores cosas. Para vos y para todos los fieles de América impartimos con gran amor, como promesa de la asistencia divina, nuestra bendición apostólica.

Dado en Roma, desde San Pedro, el vigésimo segundo día de enero, año 1899, vigésimo primero de nuestro pontificado.

Nolite conformari huic sæculo sed reformamini.
Rom. XII, 2.

Si la Iglesia forma al sacerdote para los tiempos,
no modela al sacerdote según los tiempos.
Osservatore Romano.

CAPÍTULO PRIMERO
¿POR QUÉ ESTE LIBRO?

Entre todos los motivos de inquietud que ofrece al observador el estado actual del mundo se destaca Estados Unidos. Acababa apenas de nacer, cuando ya inspiraba desconfianzas a J. de Maistre, el Visionario de este siglo. Las justifica.

Lo que lo caracteriza es la audacia. La ha manifestado en primer lugar en las empresas industriales y comerciales cuyos excesos desvían la mirada del hombre de sus fines últimos y le hacen considerar el gozo y la riqueza —simples medios suyos— como el objeto supremo de sus deseos y de su actividad. Acaba de mostrar esa audacia en las relaciones internacionales, pisoteando todas las leyes de la civilización cristiana para adueñarse de posesiones codiciadas.

¿Llevaría esta audacia a las cosas de la religión?

Ya en 1869, el Revdo. P. Gay, más tarde consagrado obispo, decía en Roma misma: «La Santa Sede no puede vigilar demasiado a Estados Unidos; allí se preparan cosas singulares»[1]. Estas cosas singulares que entonces estaban en germen, ¿estarían ahora a punto de nacer?

Se habla de un CATOLICISMO ESTADOUNIDENSE. Es el título que un francés *americanista* —barbarismo ya recibido— dio a un artículo-programa en la *Revue française d'Édimbourg*, en septiembre de 1897. La palabra ha quedado integrada en el lenguaje común y goza de prestigio.

¡Un Catolicismo estadounidense!

El catolicismo no es ni estadounidense, ni francés, ni italiano: es universal, se extiende siempre a todos los tiempos y lugares, como que es siempre y por doquier semejante a sí mismo. Si existiera verdaderamente un catolicismo estadounidense, sería un cristianismo que no sería más el catolicismo, pues tomaría una especificación que lo separaría de la gran unidad religiosa: herejía, si su especificación es doctrinaria; cisma,

---

[1] Citado en la *Semaine d'Annecy*, en junio de 1895.

si lo arranca de la autoridad de aquél a quien JESUCRISTO dijo: «Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. —Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas».

Gracias a DIOS, la denominación «Catolicismo estadounidense» no es la etiqueta de un cisma ni de una herejía. Y sin embargo sus autores la crearon y la lanzaron al mundo pensando que acababa de nacer algo nuevo que importaba bien caracterizar por un nombre apropiado.

Este algo nuevo es un conjunto de tendencias doctrinarias y prácticas que tienen su hogar en Estados Unidos y desde allí se difunden en el mundo cristiano y particularmente entre nosotros.

Desde hace siete años —desde que Mons. Ireland pasó por París en 1892— Francia vio entablarse bajo todas las formas una propaganda de las más activas a favor de las cosas comprendidas bajo el nombre *americanismo*. Las personas menos atentas al movimiento de las ideas pudieron notar una campaña de descrédito de los antiguos métodos de apostolado y de las obras e instituciones creadas para reparar celosamente lo arruinado por la Revolución, y por otra parte una propaganda activa y ruidosa de ideas temerarias, métodos arriesgados e instituciones sospechosas.

Todo eso emana de una escuela que tiene sus maestros y sus discípulos, que son sus ardientes y ruidosos propagadores.

Esta escuela no pretende nada menos que tomar la dirección del clero en Francia y en otras partes; ofrece también encargarse de su formación.

Esta pretensión ha quedado puesta a plena luz con la publicación de la *Vida del P. Hecker*. En el prefacio de este libro, el Revdo. P. Klein dice:

> El P. Hecker trazó y realizó en sí el ideal del sacerdote para el nuevo porvenir de la Iglesia… Estableció los principios íntimos de la formación sacerdotal para los tiempos que empiezan.

Y Mons. Ireland, en la introducción de este mismo libro, presenta al P. Hecker como el adorno y la joya del clero estadounidense, como «*EL TIPO que habría que ver reproducirse lo más posible entre nosotros*.»

Los americanistas esperan que la formación del clero, según este tipo, «conducirá la Iglesia a éxitos que no conoció nunca». ¿Y eso cómo? El P. Hecker nos lo dice:

> Recurrirá a hombres que posean esta nueva síntesis de verdad que permite resolver los problemas, eliminar los antagonismos y encontrarse con las necesidades de nuestra época; a hombres que sabrán interpretar todas las aspiraciones del genio moderno en materia de ciencia, de movimiento social, de política, de espiritismo[2], de religión, y transformarlas todas en medios de defensa y de universal triunfo para la Iglesia. (*Vida*, p. 398.)

El «catolicismo estadounidense» ya ha sido estudiado en diversas obras que han llamado la más seria atención de NN. SS. los Obispos y de Roma misma. Basta con señalar el libro del Revdo. P. Maignen: *¿El P. Hecker es un santo? Estudios sobre el americanismo*; y el del R. P. Delattre, S. J.: *Un catolicismo estadounidense*. Éste se esmera particularmente en criticar las opiniones del todo especiales del P. Hecker sobre los votos de religión; aquél considera el americanismo bajo todos los aspectos que presenta la *Vida del Padre Hecker* editada por el Revdo. P. Klein; muestra todos sus errores y los refuta con vigor.

Habíamos leído la *Vida del P. Hecker* recién aparecida con un afán nacido del deseo y la esperanza de encontrar la luz que se nos anunciaba. En todas las horas críticas de la historia de la Iglesia, Dios siempre suscitó santos para mostrar a los hombres de buena voluntad el camino que deben seguir para cooperar con sus designios. El P. Hecker —decían publicidades que habríamos podido encontrar demasiado llamativas para juzgarlas dignas de toda confianza— era el santo suscitado para guiar a las almas hoy día, al clero, a la Iglesia misma, en las oscuridades de un porvenir completamente nuevo. Nuestra decepción fue grande; así y todo, por nuestra lectura rápida sólo teníamos vislumbres un tanto confusos sobre la oposición que habíamos percibido en todo el libro entre el espíritu del héroe y los panegiristas, y el espíritu de la Santa Iglesia. La obra del Revdo. P. Maignen vino a precisar lo vislumbrado, poner en evidencia los errores del americanismo y mostrar su peligrosa seducción.

Fue entonces que un deseo que consideramos como una orden nos indujo a precaver a la diócesis de Cambrai contra esta seducción mediante los artículos que serían publicados en la *Semana Religiosa*.

---

[2] ¡¡Así el espiritismo mismo estaría llamado a defender a la Iglesia y procurar su triunfo universal!!

Lo hicimos con tanto mayor empeño cuanto que considerábamos el americanismo, a partir de un estudio anterior, desde el punto de vista particular de sus relaciones con las esperanzas y proyectos de los judíos y más generalmente con las tendencias anticristianas de las leyes, de los gobiernos y de la parte de la sociedad que pretende el monopolio de la intelectualidad. Es lo que indica la segunda parte del título: *La Conjuración anticristiana*[3].

Los artículos de la *Semana Religiosa* despertaron atención fuera de la diócesis de Cambrai, en Francia, en Alemania, en Estados Unidos y en Roma misma; y desde diversos lados se nos expresó el deseo de verlos reunidos en una misma encuadernación.

Dígnese Nuestra Señora de la Parra, la Augusta Patrona de Lille, bendecir la obra modestísima de su humilde capellán.

En los siglos XVI y XVII, por milagros que reconoció la autoridad eclesiástica, Ella llevó por así decir a los extremos límites de nuestra comarca el enrejado que la rodea, para hacer de él una barrera contra la herejía de los patarinos; más tarde la misma protección nos fue otorgada por la divina Madre, que usó de los mismos medios, contra el jansenismo favorecido por el obispo de Tournai, Gilbert de Choiseul, que tenía entonces la ciudad de Lille bajo su jurisdicción. Que Ella preserve a Francia, que preserve a la Iglesia de las tendencias doctrinarias y también prácticas que han tomado el nombre *americanismo*; y aunque no tengamos ni la voluntad ni el poder de tomar aquí la palabra *herejía* en el rigor de su significado, que nos deje pedirle que tenga a bien justificar una vez más el grito de agradecimiento que todos los siglos le han elevado:

Gaude, Maria Virgo, cunctas hæreses sola interemisti in universo mundo!

Antes de entrar en materia, debemos hacer algunas observaciones:

1º. Aquí el catolicismo de que se va a hablar se titula: *UN catolicismo estadounidense*, y no *EL catolicismo estadounidense*. Es que en efecto no se puede decir que este catolicismo sea el catolicismo de la Iglesia de Estados Unidos. Muchos obispos y sacerdotes estadounidenses han

[3] Hay otra conjuración anticristiana que trabaja mediante revoluciones y guerras para debilitar y si fuera posible aniquilar las naciones católicas para dar la hegemonía a las naciones protestantes. Y de veras parece que los conspiradores se quieren servir para este fin de Estados Unidos como de Alemania e Inglaterra. Pero esta cuestión es ajena al objetivo de este libro.

protestado contra el americanismo, y desgraciadamente el americanismo cuenta con partidarios en otras partes que en Estados Unidos.

El R. P. Martin decía últimamente en *Études*:

> No hace mucho tiempo, nosotros mismo hemos oído a obispos de Estados Unidos, muy patriotas pero también muy católicos, desaprobar del modo más absoluto las tendencias, ideas y artimañas de una escuela que mira —decían— a hacer predominar las opiniones de un pequeño número, en contra de la grandísima mayoría de los obispos, en cuestiones de enseñanza y de conducta.

Uno de estos obispos, Mons. Mac Quaid, obispo de Rochester, para precaver a su rebaño, un día se sintió obligado a subir a la cátedra de su catedral revestido de adornos pontificales y báculo en mano, para leer una declaración de singular energía contra las artimañas de uno de sus colegas, el más ardiente propagador del americanismo.

M. Arthur Preuss, director de *The Review* —periódico católico muy difundido en Estados Unidos— escribía en el mismo sentido al Revdo. P. Maignen:

> Permítame agradecerle en el nombre de los millares de sacerdotes y laicos estadounidenses que abominan «el americanismo», porque es una doctrina falsa y peligrosa.

Intentan engañar, pues, quienes quieren solidarizar a los *americanistas* con la *Iglesia de los Estados Unidos*[4]. Se concibe el interés que tienen por acreditar este error.

2º. Estaremos obligado, y ya lo hemos estado, a pronunciar algunos nombres. Es imposible sustraerse completamente a esta necesidad en un estudio de este género; la evitaremos todas las veces que nos sea posible.

Igualmente deberemos recordar hechos que muestran que el americanismo, sus tendencias, sus doctrinas y sus peligros de perversión no están tan lejos de nosotros como nos gustaría suponerlo. Si importa ver el peligro cuando está todavía lejos, es un deber imperioso mostrarlo si ya ha tomado pie entre nosotros.

Este peligro no es imaginario.

El Doctor Brownson —protestante convertido al catolicismo al mismo tiempo que el P. Hecker— dijo en la *Review* de

---

[4] Un panfleto anónimo, pero de autor conocido, titulado: *Una campaña contra la Iglesia de Estados Unidos*, ha sido difundido con profusión en el clero.

Saint Louis (Missouri) del 23 de diciembre de 1897:

> Debo yo mismo confesar para mi vergüenza y gran pesadumbre que a lo largo de tres o cuatro años escuché con demasiado respeto a estos católicos liberales y liberalizantes, aquí o en el extranjero, e intenté alentar su tendencia hasta donde podía sin separarme absolutamente de la fe y la moral católicas.
>
> Pero no me llevó mucho tiempo, por la gracia de DIOS, descubrir que *la tendencia que yo alentaba, de ser seguida hasta el fin, me conduciría fuera de la Iglesia*; y en cuanto eso me quedó claro, no dudé en abandonarla y en soportar del mejor modo la humillación de haber cedido a una influencia peligrosa y anticatólica.

3º. Un digno obispo, celoso por mantener en el clero el espíritu eclesiástico y las sanas doctrinas, Mons. el obispo de Annecy, escribía últimamente:

> Los hombres, laicos o sacerdotes, que se han dado la función de suministrar al clero un espíritu nuevo para los tiempos nuevos, sólo se proponen —dicen— procurar el cumplimiento de las voluntades más altas. Se cubren de los más honorables pabellones, usurpándose una garantía en el destaque de las personalidades más justamente reputadas y veneradas; trabajan con seguridad por el desposeimiento de la autoridad establecida por Dios en su Iglesia y que es la vida misma de la Iglesia.

Luego, para mostrar de una manera sorprendente adónde eso puede conducir, Su Excelencia incitaba a meditar en lo ocurrido al final del siglo último.

> En 1789 sólo llegaban a hacerse escuchar aquellos que, rechazando todo pensamiento de reformas y mejorías *graduales*, exigían una *refundición universal y completa*; destruir todo, construir de nuevo y sobre nuevos fundamentos: ése era el grito de toda esta generación. Los jóvenes arrastraron a los ancianos, y, por hablar sólo del clero tanto regular como secular, ¡cuántos de sus miembros «se abandonaron a la Revolución» sin quererlo, sin saberlo! Adivinaron, luego comprendieron adónde se los llevaba cuando ya se había hecho imposible detenerse. *Habían creído salvar a la Iglesia de Francia asociándola al movimiento de una supuesta renovación general*: cruelmente equivocados, no habían hecho más que comprometerla; habían dado escándalo; habían puesto en peligro su propia salvación. Todos estos fenómenos están reapareciendo y extendiéndose rápidamente sobre todo desde hace tres años.

¡Plazca a DIOS que no haya que deplorar más la misma desdicha! Para apartarla en cuanto nos sea posible, hemos escrito estas páginas.

CAPÍTULO SEGUNDO.
LA *ALIANZA ISRAELITA UNIVERSAL*.

Quienes no conocen la marcha actual del mundo más que por las informaciones que sacan de su periódico —y son los más— sin duda se asombrarán de que, comprometidos a hablarles del «Americanismo» y de un «catolicismo estadounidense», empecemos por llamar su atención sobre *«la Alianza Israelita Universal»*, entrando así en una cuestión, la cuestión judía, que apasiona al mundo actualmente y que es estudiada desde todos los puntos de vista, pero que sólo parece tener una relación muy alejada con el Catolicismo estadounidense. Pero no es fantasía nuestra. La *Alianza Israelita Universal* es el centro, el hogar, el ligamento de la conjuración anticristiana, a la que el americanismo nos parece aportar un apoyo que no ve, que no querría dar conscientemente, y sobre el cual este libro solicita llamarle la atención.

La existencia del pueblo judío es, desde hace dieciocho siglos, el fenómeno más asombroso que hay en el mundo. Bossuet dice:

> No se ve más ningún resto ni de los antiguos medos, ni de los antiguos persas, ni de los antiguos griegos, ni aún de los antiguos romanos. Su rastro se perdió, y se confundieron con otros pueblos. Los judíos, que fueron la presa de estas antiguas naciones, tan célebres en las historias, les han sobrevivido.

El pueblo judío ya no tiene nada de lo que constituye una nación, nada de su organismo, nada de lo que de un organismo hace un cuerpo y le permite subsistir y vivir. Haced que un pueblo, durante largos siglos, no tenga más ni poder central, necesario para la conservación de toda nación, ni la jerarquía social que no lo es menos; dispersad este pueblo a través el mundo; ¿cómo explicaréis que se conserve a pesar de todo y que nada sea más visible que la existencia de este pueblo? Chateaubriand dice:

> Cuando uno ve a los judíos dispersos sobre la tierra, según la palabra de DIOS, se sorprende sin duda; pero para quedar preso de un asombro sobrenatural, hay que que encontrarlos en Jerusalén; hay que ver a estos legítimos dueños de la Judea esclavos y extranjeros en su propio país; hay que verlos

> esperando, bajo todas las opresiones, un rey que debe libertarlos. Aplastados por la Cruz que los condena y que está plantada sobre sus cabezas, escondidos cerca del Templo del que no queda piedra sobre piedra, siguen en su deplorable ceguera. Los persas, griegos y romanos desaparecieron de la tierra; y un pequeño pueblo, cuyo origen precedió el de estos grandes pueblos, existe todavía sin mezcla en los escombros de su patria. Si hay algo entre las naciones que lleve el carácter del milagro, pensamos que este carácter está aquí.

Los judíos no piensan ni hablan de otra manera.

Los Archivos israelitas, en el Nº del 21 de marzo de 1864, hacían al mundo esta pregunta:

EL MILAGRO ÚNICO en la vida del mundo de un pueblo entero disperso desde hace mil ochocientos años en todas las partes del universo, *sin confundirse ni mezclarse en ningún* sitio con las poblaciones en cuyo medio vive, esta conservación increíble ¿no tendría ningún significado?

Todo hombre sensato está obligado a responder: «Evidentemente, el dedo de DIOS está allí», y preguntarse: ¿Cuáles son los designios de la Providencia en este hecho tan extraño como único?

Pero hay algo más asombroso todavía. Este pueblo disperso desde hace dieciocho siglos, objeto durante todo este tiempo del desprecio y de la hostilidad del género humano, entró hace cien años, *por el hecho de la Revolución francesa*, en una vía que pronto lo condujo, si no todavía al triunfo que sueña, por lo menos a una situación que le da verdaderamente todo poder en las más poderosas naciones. Sabemos el porqué de la milagrosa conservación de los judíos. Pascal dice:

> Era necesario que, para dar fe al Mesías, hubieran profecías anteriores y que la portara gente no sospechosas y de una diligencia y fidelidad extraordinaria y conocidas por toda la tierra.… Si los judíos hubieran sido convertidos todos por JESUCRISTO, no tendríamos más que testigos sospechosos; si hubieran sido exterminados, no tendríamos absolutamente ningunos.

¿Pero por qué su liberación y su poder actual después de tan largo tiempo de servidumbre y humillación? Si los interrogamos, nos dirán: «¡Los tiempos están cerca!» ¿Qué tiempos? Los de su reino, de su triunfo y de su dominio sobre todos los pueblos de la tierra.

Mons. Meurin, arzobispo de Port-Louis, dice en su libro *La Masonería, sinagoga de Satanás*[5]:

> Los judíos no han comprendido el *sentido espiritual* de las profecías y figuras de la alianza que DIOS había hecho con su nación. Se imaginaron que el Rey prometido sería un rey terrenal, su reino un reino de este mundo, y el *Kether-Malkhuth* una corona semejante a la de los reyes de las naciones humanas.
>
> Para ellos el rey prometido debía ser el rey de todas las naciones, su reino debía extenderse sobre todo la tierra, su diadema real encerrar todas las diademas reales que sólo serían su derivación, su emanación parcial. Así es como, en su esperanza, el judío sería el dueño supremo temporal del universo, y todas las predicciones de sus profecías se realizarían en su sentido material.

Luego, después de reproducir algunos pasajes del antiguo Testamento, el venerable autor añade:

> Leed estas profecías, entendedlas en el sentido literal y terrenal, y tenéis la solución del enigma, la explicación de la actividad febril, tenéis EL SUEÑO DE LOS JUDÍOS. Se creen el pueblo destinado por Jehová a dominar sobre todas las naciones. Las riquezas de la tierra les pertenecen y las coronas de los reyes deben ser sólo emanaciones, dependencias de su *Kether-Malkhuth*».
>
> Consideremos la fuerza inmensa que una idea revelada, majestuosa y encantadora, pero falseada y naturalizada, debe tener sobre un pueblo imbuido de ella desde hace millares de años y aferrado a ella con una tenacidad y obstinación más que prodigiosa. Para los judíos, la idea del dominio universal pasó a ser algo así como su religión; se arraigó en su espíritu, se petrificó en él por así decir, y es indestructible.

Hasta aquí los judíos habían esperado el triunfo que esperan de año en año por el hecho de un hombre, por el Mesías temporal que han tenido constantemente en sus votos.

Hoy, sus pensamientos, al menos los de muchos de entre ellos, de aquéllos mismos que en todo el mundo vemos adueñados de los dos órganos más poderosos de la vida moderna: el banco y la prensa, y que vemos ocupar todos los puestos

---

[5] Mons. Meurin, que tendremos muchas veces ocasión de citar, antes de ser arzobispo de Port-Louis, fue largos años obispo de Bombay. Pudo encontrar allí y estudiar desde cerca, en este medio de las Indias, los misterios que la masonería tiene en común con todos los paganismos, y dar más precisión a las conjeturas hechas por los historiadores sobre los orígenes de esta secta. Estos conocimientos le sirvieron para componer un libro magistral, estudio a la vez histórico y filosófico cuyo título lo dice todo: *La masonería, sinagoga de Satanás*. Mons. Meurin ha recibido del Papa un breve que dice que su libro es la mejor obra publicada hasta hoy sobre la secta.

de donde pueden ejercer alguna influencia —los pensamientos de aquéllos, decimos, se han modificado. Dicen: el Mesías que debe establecer nuestro dominio sobre todo la tierra, no es un hombre, es una idea, y esta idea es la proclamada en 1789: «los derechos del hombre», «los inmortales principios: libertad, igualdad, fraternidad»[6].

El 29 de junio 1869, año del concilio del Vaticano convocado después de la publicación del *syllabus* que desenmascara los «grandes principios» y los persigue en sus últimas conclusiones, los judíos reunieron en Leipzig un concilio del judaísmo. Adoptó por aclamación una proposición del gran rabino de Bélgica, el Sr. Astruc, concebida así:

> El sínodo reconoce que el *desarrollo* y la *realización* de los *PRINCIPIOS MODERNOS* son las garantías más seguras del presente y del porvenir del judaísmo y de sus miembros. Son las condiciones más enérgicamente vitales para la existencia *expansiva* y el más alto *desarrollo* del judaísmo.[7]

Lo cual quiere decir: Israelitas, si queréis conseguir penetrar por todas partes y a haceros por todas partes los dueños, tenéis que hacer sólo esto: trabajar por *desarrollar* los principios modernos, sacar de ellos todas las consecuencias que encierran, y luego *realizarlas*, es decir hacer que estas consecuencias últimas pasen del orden de las ideas al orden de los hechos.[8]

Cuando se ve que estos principios tuvieron por primer efecto la liberación de los judíos y que su liberación fue pronto seguida por su preponderancia[9], se concibe que ponen en estos principios, que ya les han sido tan útiles, sus mejores esperanzas. Por eso en la prensa de la que son dueños y en la legislación que llegan a dictar e imponer por las sociedades secretas, no dejan de aplicarse a desarrollar estos principios y realizarlos.

Gracias a esta táctica el judío Crémieux pudo exclamar en una

---

[6] Mons. Meurin hace una observación muy justa cuando dice:

«Las palabras: libertad, fraternidad, igualdad, verdad, virtud, patria, beneficencia, tiene un significado muy distinto en la boca de un masón que en la de un profano o que la que está dada en los diccionarios. Por eso, es una equivocación extraña creer que, porque alguien empleará las mismas palabras que ellos, podrá haber acuerdo entre ellos y nosotros». Pío IX decía: «Hace falta devolver a las palabras su verdadero significado». Mons. Sonnois hizo la misma recomendación en el Congreso de los católicos del Norte, en 1894. Ver las actas de las sesiones de las comisiones, p. 65 -66.

[7] Ver *El judío, el judaísmo y la judaización del pueblo cristiano*, por Gougenot des Mousseaux.

[8] «Esta reivindicación de los principios modernos en favor del judaísmo —dice el publicista Kuhn— es una de las más humillantes para nuestros demócratas».

[9] *La preponderancia judía* es el título de una de las obras del P. J. Lémann, judío converso. Es uno de los hechos más manifiestos de este tiempo.

asamblea de la *Alianza Israelita Universal*:

> ¡Como ya todo ha cambiado para nosotros y en tan poco tiempo!

Y Disraeli, primer ministro de Inglaterra durante cuarenta años, a pesar de su origen judío:

> Después de siglos y décadas de siglos, el espíritu del judío se levanta, retoma su vigor, y hoy día por fin llega a ejercer sobre los negocios de Europa una influencia cuyo prodigio es sorprendente.

Por fin otro judío, éste converso y sacerdote católico:

> Cuando la gente se dio cuenta de que los judíos eran *ciudadanos*, éstos ya eran en parte *LOS DUEÑOS*. Cosa inconcebible, dos fenómenos gigantescos están desde hace algunos años bajo nuestros ojos: la preponderancia creciente de la raza judía y la crisis entristecedora de los Estados cristianos.

Esta preponderancia, los judíos nos han enseñado en su concilio a que la atribuyen; esta crisis, los papas desde Pío VI hasta León XIII no han dejado de mostrárnosla en la misma causa: los principios de 89, su desarrollo y su realización.

Ya podríamos mostrar en los principios de 89 un punto de contacto entre los americanistas y los judíos, pero antes debemos procurarnos los medios de dar a nuestra demostración el mayor alcance posible, a fin de hacerla evidente a todos los ojos que no quieran cerrarse obstinadamente.

Crémieux, después de exclamar: «¡Cómo todo ya ha cambiado para nosotros!» decía con el mismo entusiasmo: «Cuando uno ha conquistado el presente tan rápido y tan bien, ¡qué hermoso es el porvenir!»

Es que en efecto, los judíos —todo, tanto quienes esperan un Mesías personal como quienes creen que este Mesías ha nacido, crece, y no es otro que la idea de 89— todo tienen la esperanza de ver realizarse, y pronto —«los tiempos están cerca»— las profecías mesiánicas en el sentido en que siempre las han entendido, es decir, su reino sobre el mundo entero, la sujeción de todo el género humano a la raza de Abrahán y de Judá.

Para eso, se dicen ahora, hacen falta dos cosas: 1º que las naciones, renunciando a todo patriotismo, se fundan en una república universal; 2º que los hombres renuncien igualmente a toda particularidad religiosa para confundirse también en una vaga religiosidad.

Éste es su pensamiento y ellos persiguen activamente y no sin éxito este doble fin. Las pruebas abundan.

Uno de los hombres más nefastos de este siglo, el judío Crémieux, que fue gran maestre del Gran Oriente de Francia, que aprovechó la revolución de 1848 para subirse al ministerio de Justicia, y los desastres de 1870 para dar la naturalización francesa a todos los judíos de Argelia, fundó en 1860 una sociedad cosmopolita que decoró con el nombre de *Alianza Israelita Universal*. Esta asociación no es, como su nombre podría hacer creerlo, una internacional judía, una nexo más entre los judíos cosmopolitas que facilite las relaciones entre los Israelitas derramados por toda la superficie del globo; sus miradas llevan mucho más alto. Es una asociación abierta a todos los hombres sin distinción de nacionalidad ni de religión, bajo la alta dirección de Israel.

Para convencerse basta con abrir la publicación que es su órgano, los *Archivos israelitas*. Dicen:

> *La Alianza Israelita Universal quiere penetrar* en todas las religiones como penetra en todas las comarcas. (xxv, p. 514 -515. Año. 1861).
>
> Llamo a nuestra asociación nuestros hermanos de todos los cultos; ¡que vengan a nosotros!… Que los hombres ilustrados, sin distinción de culto, se unan en esta Asociación Israelita Universal. (Ibídem.)

¿Y para qué?

> Hacer caer las barreras que separan LO QUE DEBE SER UNIDO UN DÍA: ésta es, Señores, la hermosa, la gran misión de nuestra *Alianza Israelita Universal*. (Ibídem.)

El fin no puede estar marcado más claramente, ni responder más directamente al movimiento que actualmente lleva consigo al mundo: «Hacer caer las barreras que separan lo que debe ser unido». Unir a todos los hombres, «cualquiera que actualmente sea su religión y su comarca», en una común indiferencia.

Éste es el fin que se propusieron los fundadores y directores de la *Alianza Israelita Universal*, y ella no tiene de otro.

> El programa de la *Alianza* no consiste en frases huecas. Es la gran obra de la humanidad…, la unión de la sociedad humana en una fraternidad sólida y fiel. (*Univers israélite*, VIII, p. 357, año. 1867.)

Mientras que sus transatlánticos surcan los mares y sus ferrocarriles pasan de un continente a otro, mientras sus bancos dan vida y

movimiento a este maravilloso utillaje que ellos no crearon pero cuyos dueños son, los judíos quieren actuar sobre los espíritus como actúan sobre la materia, y para actuar sobre todos los espíritus, no hay nada mejor que penetrar en todas las religiones; y penetran en ellas por los principios de 89.

¿Qué es penetrar en una religión? Es sobre todo introducir en ella las propias ideas.

¿Los judíos tratan de introducir sus ideas en la Iglesia Católica? Lo afirman. Este estudio tiene como fin ver y hacer ver si ellos pueden jactarse de conseguirlo, y hasta qué punto. La pregunta es extraña y su extrañeza mismo llama la atención.

CAPÍTULO TERCERO.
LA *ALIANZA ISRAELITA UNIVERSAL* Y LAS PATRIAS.

Por lo que hemos visto, los judíos han fundado una obra tan vasta como el mundo, llamada *Alianza Israelita Universal*; y los hemos oído decirnos que por esta Alianza quieren penetrar en todas las religiones, como, de hecho, se encuentra que tienen un pie en todos los países del mundo.

Lo que esta Alianza persigue —dice el *Univers israélite*— es la unión de la sociedad humana en una fraternidad sólida y fiel. (VIII, P. 357, Ann. 1867.) Ésta es —vuelve a decir— «la gran obra de la humanidad».

Observemos de pasada que la masonería tiene las mismas pretensiones y las expresa con las mismas palabras. Ella tampoco deja de hablar de obra humanitaria y de fraternidad universal.

Aprovechando su dispersión y su presencia sobre todos los puntos del globo, los judíos quieren ser en la humanidad algo así como una levadura que haga de la sociedad humana, actualmente dividida en naciones y religiones diversas, «una sola y sólida fraternidad». los *Archivos israelitas* dicen menos hipócritamente:

> Una Jerusalén de nuevo orden, sentada santamente entre el Oriente y el Occidente, que debe SUSTITUIR a la doble ciudad de los Césares y los Papas (XXV, p. 600 -651. Año. 1861).

Todos los términos de esta definición merecen ser pesados.

La raza judía «Jerusalén» tiene la intención de establecer su reino sobre el mundo entero, «Oriente y Occidente», sentando su soberanía sobre la ruina de todas las autoridades existentes, «Césares y Papas». Todo poder debe desaparecer para hacer lugar al

universal dominio de Judá, que «se sustituirá» a todos los poderes existentes actualmente, tanto en el orden espiritual como en el orden temporal.

Éstas no son palabras vanas. El plan se ejecuta, gracias a la acción más que secular de las sociedades secretas, que son un instrumento tan poderoso en las manos de los judíos. Por eso la iglesia siempre las ha condenado. Cosa asombrosa, los americanistas no tienen por las sociedades secretas la repulsión que sienten los demás católicos. En 1895 hicieron los más grandes esfuerzos por conseguir de la Santa Sede que las sociedades secretas, «caballeros del Trabajo», fueran sustraídas a las censuras eclesiásticas. La respuesta definitiva de Roma fue:

> Cualquiera que sea el daño que pueda resultar, los católicos deben salir de estas sociedades como que estas sociedades son intrínsecamente malas.

Las ideas modernas que la prensa no deja de propagar y de las que todos los espíritus llegan a ser infectados más o menos, favorecen no menos poderosamente los proyectos de los judíos. Las ideas preparan la vida a los acontecimientos; los acontecimientos, más o menos espontáneos, hacen avanzar «la obra».

Para arruinar la «ciudad de los Césares» —léase «las patrias»—, nada más eficaz que los principios modernos.

¿Cuál es su idea principal? Que hay que abolir toda distinción entre los hombres; que no hay que considerar más en el hombre su calidad de francés, judío o alemán, de cristiano, judío o pagano; sino sólo su calidad de hombre y sus derechos en esta calidad: *Los derechos del hombre*.

La igualdad —nos dicen estos principios— es la ley suprema, es la única que el justo sentimiento de su dignidad permite a los seres inteligentes aceptar sin desmedro propio. Al fin y al cabo todos los hombres no son sino iguales; todo se valen los unos a los otros, y, por consiguiente, un inglés no debe ser para un francés sino el equivalente de todo otro francés, un miembro de la misma familia humana, un hermano a quien ni la ley de la naturaleza ni las leyes de la razón lo autorizan a preferir a un compatriota. Así sucederá con el alemán o el ruso, el asiático o el judío. El hombre verdaderamente digno del nombre de hombre, deja hoy de ver su patria en una faja de tierra limitada; todo país, todo

pueblo tendrá también en su corazón un mismo derecho, y el único nombre del que tenga que gloriarse, el único que deba halagar su razón, es el de hombre, de ciudadano del mundo entero.

¿No son éstas las ideas que la Revolución ha esparcido por todas partes, las ideas que la masonería predica sin descanso, las ideas de las que se enorgullece el liberalismo?

La *realización* de estas ideas, realización que el concilio judío marcó como el término de los esfuerzos de Israel, debe hacer que los pueblos reunidos hasta aquí en cuerpo de nación lleguen a unificarse y a no más formar que una república universal y única. Esta república universal será gobernada infaliblemente por el pueblo judío, el único pueblo verdaderamente cosmopolita, universal, el único que al mismo tiempo resulta ser el pueblo que posee el oro, nervio de todo poder, instrumento de todo dominio.

Hace veinticinco años, el *Golos* de San Petersburgo acusaba a la *Alianza Israelita Universal* de ser el esbozo de esta república universal, el preludio de este gobierno único que Judá se propone establecer sobre las ruinas de los Estados cristianos judaizados.[10]

Garnier-Pagès, ministro de la República en 1848, declaró públicamente que «los masones querían acabar la obra gloriosa del establecimiento de la república; y que esta república era destinada a ser establecida en la Europa y sobre toda la superficie de la tierra». J. Weil, jefe de los masones judíos, escribió:

> Ejercemos una influencia poderosa sobre los movimientos de nuestro tiempo y sobre el progreso de la civilización hacia la republicanización de todos los pueblos.

El judío Louis Boerne decía al mismo tiempo:

> Con mano poderosa hemos sacudido los pilares en que se basa el antiguo edificio de manera de hacerlo gemir.[11]

El Hno ⁂ Rouvier, presentando al gran maestre Garibaldi una diputación cosmopolita en Tours en octubre de 1870, expresaba las mismas ideas.

> Los republicanos de Tours, unidos a los republicanos de España…

---

[10] Ver *Le juif, le judaïsme et la judaïsation du peuple chrétien*, p. 456.

[11] Ver Mons. Meurin, *La Franc-Maçonnerie, Synagogue de Satan*, p. 197-198.

> vienen a saludar en Uds.… al gran ciudadano de la *República universal*, que más contribuyó a la liberación del pensamiento humano preparando la caída del poder temporal de los sacerdotes… Cuando nosotros, republicanos franceses, italianos y españoles, hayamos vencido al *enemigo común*, el catolicismo, habremos puesto los fundamentos de esta gran *federación humana* a la que vendrán a asociarse los demócratas alemanes y que formará los Estados Unidos de Europa. Viva Garibaldi… ¡Viva la República universal!…

Cuando en abril de 1860 este Garibaldi había ido, con la connivencia de Inglaterra, a hacer una expedición a Sicilia, fue nombrado gran maestre de la masonería italiana y recibió en esta calidad sus instrucciones. Contenían lo siguiente:

> Di ahora con nosotros nuestro juramento supremo:
>
> Juro no tener otra patria que la patria universal.
>
> Juro combatir a ultranza, siempre y por todas partes, las mojones fronterizos de las naciones, las mojones fronterizos de los campos, de las casas y de los talleres, y las mojones fronterizos de la familia.
>
> Juro voltear, sacrificando mi vida, el mojón fronterizo donde los humanicidas trazaron con sangre y lodo el nombre de DIOS.[12]

La patria francesa parece más amenazada, más perseverante y pérfidamente atacada que ninguna otra, y eso por franceses, al parecer por los mismos que están en el poder o tienen acción sobre la opinión pública. ¿Cómo explicar que el caso Dreyfus no haya sido ahogado en su germen, cuando era evidente que favorecía los proyectos de nuestros enemigos y que desarrollaba la anarquía en el interior? ¿Cómo explicar que judíos, y judíos ya sospechosos a sus jefes, se hayan introducido en el Estado Mayor, cuando en las otras naciones, en Alemania, se los mantiene en los grados inferiores? ¿Cómo explicar que los gastos se hayan acrecentado, qué se hayan multiplicado los préstamos, en plena paz, al punto de hacer casi imposible, en caso de guerra, la extracción de los mil millones que exige actualmente un ejército en campaña? ¿Cómo la incuria explicar con que se provee a la defensa de nuestras colonias y los extraños gobernadores que se les da? ¿Cómo explicar los esfuerzos hechos, de todas las maneras, para dividir el alma francesa? ¡La descomposición

---

[12] *L'ennemie sociale*, por M. Rosen, de raza judía.

nacional es tan manifiesta, que los hombres más eminentes y al mismo tiempo más calmos han creído necesario, urgente, formar una *Liga de la Patria francesa!* En otros tiempos tal empresa habría parecido el hecho de algunos originales dedicados a la ridiculez.

Los principios de 89 han corrompido la idea de patria en los «intelectuales», y un trabajo perseverante se esfuerza en arrancar su amor del corazón de los pequeños y de los simples.

Un hecho reciente muestra bien lo que se trama bajo este respecto.

Un Sr. Buisson fue al célebre congreso de Lausana a decir y escribir lo que sigue:

> Hace falta que la madre de familia inculque temprano *al niño* la idea de que las armas, un sable, un fusil, un cañón, son instrumentos que debemos mirar con el mismo ojo con que consideramos en el castillo de Chillon los instrumentos de tortura empleados hace algunos siglos…
>
> Y cuando no se verá más a millares de curiosos asistir a las revistas militares; cuando, en lugar de la admiración del título y de la hombrera, habréis acostumbrado al niño a decirse: «Un uniforme es una librea, y toda librea es ignominiosa, la del sacerdote y la del soldado, la del magistrado y la del lacayo», entonces habréis hecho dar un paso a la opinión.
>
> E igualmente, para detallar un poco más, querría a un Voltaire ocupado durante cincuenta años en *tornar en ridículo* reyes, guerras y *ejércitos*.
>
> A falta de un genio, querría millares de hombres de buena voluntad, que tomaran como su deber *extirpar estos vanos prejuicios de gloria y chauvinismo*, todavía demasiado anclados en nuestro espíritu.

Algún tiempo después fue hecha la ley de la escuela gratuita, obligatoria y laica. ¿Quién fue elegido entre todos los franceses para ser el director supremo de la enseñanza primaria en Francia? Este Sr. Buisson. El Sr. de Audiffret-Pasquier se declaró asombrado de ello en el Senado, el Sr. J. Ferry tomó su defensa. Él y sus sucesores mantuvieron durante quince años el personaje en el puesto de director de la enseñanza primaria.

Más tarde, este señor se subió sobre un ataúd para desde allí hacer estallar de nuevo su odio contra el ejército francés, en nombre del sindicato Dreyfus. El ministerio, que habría podido, por lo menos, suspenderlo de sus funciones de profesor del Sorbona, se abstuvo de hacerlo. ¿Qué poder lo protege? ¿Qué influencia mandó darle los medios de derramar sus ideas

antipatrióticas en el alma de dos tercios de nuestros niños, *obligados* a ir a recibir las enseñanzas de aquellos a quienes él forma y dirige?

Se ven hoy los efectos de esta educación. El caso Dreyfus reveló lo que ahora está en el fondo de los corazones. Gritos de «¡Abajo Francia!» fueron reiteradamente proferidos en París y en otras partes; y sobre todo por jóvenes, no aislados, sino unidos por una comunidad de ideas que les hizo dar un nombre colectivo: «los anunciadores», anunciadores del nuevo orden de cosas que ansían y que no conllevará más patria, pues todas las patrias deben fundirse en la «república universal».

Actuar sobre el espíritu de los niños por la enseñanza, actuar sobre el espíritu de los hombres hechos por los periódicos, sin duda es algo; pero si la persuasión es útil, ella pide, para tener toda su eficacia, que venga la acción a juntársele. Los judíos no la descuidan. En marzo de 1864 la revista *Archives Israélites* incitaba a sus correligionarios a echar una mirada sobre lo que se hacía entonces bajo la inspiración de sus jefes, y sobre el fin hacia el cual ellos dirigían las empresas de que se gloriaban los gobiernos de entonces, obedeciendo tan ciega como dócilmente al impulso oculto de los grandes conductores. Exclamaba con un entusiasmo muy justificado en ella:

> . . . Pero miremos el horizonte y consideremos tres signos que nos impactan. Tres palabras, tres cosas tienen el poder de ocupar todos los entendimientos y absorber la atención del tiempo presente: NACIONALIDADES, CONGRESO, SUEZ. ¡Pues bien! la llave de este triple problema es Israel, es Jerusalén.

Jerusalén da igualmente la llave de la existencia monstruosa de un partido del extranjero que persigue en nosotros la disolución social para hacer de nuestra patria una presa fácil a quien quiera tomarla. Jerusalén da la llave de estos préstamos insensatos que nos han hecho contraer cuarenta millones de deudas, poniendo así nuestra agricultura, nuestra industria y nuestra existencia misma a la merced de nuestros acreedores.

¿Y bajo la inspiración de quién fue hecha la ley de crecimiento, cuyo fin es traer la ruina y muerte de las congregaciones que, por sus misiones y escuelas, difunden por todas partes el amor de Francia? ¿No es un medio seguro de aniquilar nuestra influencia en Oriente al provecho de las naciones protestantes y cismáticas,

favorecidas contra nosotros porque Francia es católica, y porque una vez aniquilado el catolicismo, la conjuración anticristiana fácilmente prevalecerá sobre el resto?

¿No habría sido diferente la reorganización de nuestro ejército, si no hubiera ocurrido con la preocupación principal de incluir al clero? ¿Y quién tenía interés en debilitar a la vez el cuerpo eclesiástico y nuestro poder militar?

El Sr. Claudio Jannet, en la edición que dio de la obra del P. Deschamps *Las sociedades secretas y la sociedad*, dice:

> Nunca, en ningún tiempo, los nombres de nación y de patria, de nacionalidad y de patriotismo, fueron más frecuentemente aclamados ni más enfáticamente celebrados que desde hace más o menos un siglo, bajo la influencia masónica; y sin embargo nunca los hombres de las sociedades secretas y de la revolución han trabajado más eficazmente para destruir, en todo lo que las constituye, las grandes cosas que estos nombres representan.[13]

Y en otra parte:

> Derribar todas las fronteras, abolir todas las nacionalidades, empezando por las más pequeñas, para hacer un solo Estado; borrar toda idea de patria, hacer común a todos la tierra entera, que pertenece a todos, romper, por la astucia, por la fuerza, todos los tratados, preparar todo para una vasta democracia cuyas razas diversas, embrutecidas por todos los géneros de inmoralidades, serán sólo de departamentos administrados por los altos grados y por el Anticristo, supremo dictador que se hizo su único dios, tal es el fin de las sociedades secretas.

Hemos invocado sólo los hechos que acaban de cumplirse, los hechos que todavía están presentes en la mente de todos y que no han dejado de preocupar a los verdaderos franceses. ¿Qué sería si alguien quisiera anotar uno a uno los hecho particulares y los acontecimientos públicos, las tesis doctrinales y los ruidos de opinión que, desde hace un siglo, vienen batiendo en brecha el patriotismo francés?

La idea de las nacionalidades nos hizo perder Alsacia y Lorena; y ahora se lanza esta otra idea de los Estados Unidos de Europa frente a los Estados Unidos de América. Cuando solo haya dos unidades en presencia, será fácil ponerlas en conflicto para llegar a la gran unidad humanitaria.

---

[13] Innumerables pruebas de estas aserciones pueden leerse en la obra del P. Deschamps, refundido y continuado hasta los acontecimientos actuales por el añorado Sr. Claudio Jannet.

Aquí también puede comprobarse un extraño acercamiento entre las ideas de los americanistas y las tendencias de quienes obedecen al impulso dado por la *Alianza Israelita Universal*. El más ardiente promotor del americanismo, en un discurso pronunciado en 1894 en el Congreso científico internacional de los católicos en Bruselas, decía:

> Hemos pensado que tendríamos la ocasión de *dar al* MUNDO ENTERO *una gran lección*. Cuando estudiamos el mapa de Europa, vemos allí marcadas pequeñas divisiones. Unas líneas atraviesan estos mapas en todos los sentidos. No indican solamente divisiones territoriales, significan también: celos, odio, hostilidad, división de los corazones, que se traducen en Dios sabe cuántos millones de hombres armados para destruir el mundo. Ahora, de todas estas naciones, la Providencia ha permitido la emigración a nuestro medio. Todas las naciones se encuentran representadas en nosotros; viven mezcladas entre sí, fraternalmente, sin hostilidad ninguna. Es el privilegio que DIOS ha dado a Estados Unidos de *destruir estas tradiciones de celos nacionales* que habéis perpetuado en Europa, para fundirlas en la unidad estadounidense.
>
> Léase de esta manera:
>
> El americanismo ha recibido de DIOS la misión de dar al mundo entero esta lección: Llegaron los tiempos de desdeñar la herencia de los antepasados: abolid las fronteras, echad a todos los pueblos en el crisol de los derechos del hombre para fundirlos en la unidad humanitaria, como nos hemos fundido nosotros, emigrados de todos los países, en la unidad estadounidense. Y la paz reinará en el mundo.

Sí, la paz de la esclavitud bajo la tiranía de un hombre o una raza.

Como todas las demás ideas de los americanistas, la de la abolición de las fronteras parece sonreír a nuestros demócratas cristianos.

En un banquete que se dio el 13 de junio 1897 en París en el Palacio real, el Rev. P. Gayraud ha brindó «por la democracia cristiana de todos los países». Expresó la esperanza de que «el partido democrático cristiano tendrá un día sus CONGRESOS INTERNACIONALES».

Pero la defensa de las patrias, por alto que sea el interés que este tema presenta, no es lo de que queremos ocuparnos principalmente aquí; una pregunta más importante llama todavía nuestra atención.

Si hemos dicho una palabra del peligro que corre la patria, es para

mostrar que si el programa de la *Alianza Israelita Universal* no es letra muerta sobre este primer punto, es razonable presumir que tampoco lo sea sobre el segundo.

CAPÍTULO CUARTO.
LA *ALIANZA ISRAELITA UNIVERSAL* Y EL CRISTIANISMO.

Monseñor Meurin, en el libro que hemos citado ya, establece que los judíos, después de crucificar al divino Salvador, no han dejado nunca de perseguir a los cristianos con su odio.

Han sido los inspiradoras reales de todas las herejías. Mons. Meurin dice:

No podían permitir al cristianismo establecerse en el mundo sin hacerle una guerra encarnizada, semejante a la que hicieron a JESUCRISTO mismo.

El gnosticismo que desoló la Iglesia durante los primeros tres siglos, fue su obra.

El venerable autor muestra que el sistema gnóstico, en su forma más perfecta, no era otra cosa que «la cábala judía adaptada a un fin especial, el de infiltrarse en el cristianismo naciente para destruirlo».

Se ve que era desde los primeros días de la Iglesia, el mismo fin que el que persigue hoy la *Alianza Israelita Universal*, que a su vez «quiere penetrar» en el cristianismo para disolverlo. Mons. Meurin continúa:

> Aplastar la infame herejía del nazareno, siempre ha sido el más ardiente y rencoroso deseo de los judíos caídos. No habiendo acertado con el primer golpe, perseveran con una tenacidad inaudita en atacar el dogma cristiano creando siempre nuevas sectas, hijas de la cábala, y asociando al veneno disolvente de su doctrina cabalística la astucia y la violencia de las pasiones humanas.

La secta de los ofitas, adoradores de la serpiente, es, como el gnosticismo, una hija de la cábala judía. Mons. Meurin prueba también eso.

El maniqueísmo tiene el mismo origen.

Hoy las doctrinas de la cábala judía se encuentran en los emblemas y decoraciones masónicas. Mons. Meurin emplea todo su libro para demostrarlo.

Un judío de alta marca, el profesor Darmesteter, que encontraremos más adelante,

reconoce que el judío fue el doctor de la incredulidad del siglo XVIII:

Todos los rebeldes del espíritu van a los judíos. El judío está en obra en el inmenso taller de blasfemias del emperador Federico, de los príncipes de Suabia y de Aragón. Es él quien forjó el arsenal homicida que legó a los escépticos del Renacimiento y a los libertinos del gran siglo. El sarcasmo de Voltaire es sólo el resonante eco de una palabra murmurada en tiempos de Celsio y de Orígenes en la cuna misma de la religión del Cristo.

El historiador que veía nacer incesantemente bajo sus ojos estas diversas herejías, se preguntaba: ¿Quién sirvió pues de lazo entre todas estas sectas? ¿Quién ha propagado estas doctrinas a través de los pueblos nuevos? ¿Cómo explicar los renacimientos repentinos del espíritu pagano, con las mismas ideas, los mismos símbolos y las mismas prácticas dentro del mundo cristiano, en épocas y medios tan diversos: con la gnosis, en los primeros siglos; con Manes, en el siglo III; en el XI, con los albigendes; en el XIII, con los templarios; en el XVI, con los Sociniens; y hoy día con los masones? ¿Hubo entre estas herejías diversas de nombre e idénticas en cuanto al espíritu, un nexo viviente, que conservaba, que mantenía este espíritu durante sus adormecimientos aparentes?

Será el honor de Mons. Meurin haber sido el primero en hacer hincapié sobre un examen serio de los documentos, una respuesta que otros sólo habían entrevisto. Para él, el agente de transmisión de los errores antiguos a través las edades hasta el mundo moderno, el verdadero fundador de las herejías, su inspirador secreto, antaño como hoy, desde los gnósticos hasta los masones, es el judío. El apóstol san Juan señalaba su obra en el siglo I en los mismos términos que Mons. Meurin en el siglo XIX: «La sinagoga de Satanás (I)». (Ap. II, 10.)[14] El mismo prelado exclama:

> Qué figura extraña de la humanidad que es este pueblo de Israel! ¡Que grande y majestuoso es en su historia mientras marcha con el Señor! ¡Que grande es también y sobre todo terrible en su odio contra el Mesías que desconoció y mató en la cruz!

El obispo concluye:

> El judaísmo, la apostasía, los vicios y las pasiones, bajo la dirección

[14] Su demostración estaba confirmada por la *Renaissance philosophique*, revista mensual de la masonería filosófica, en el número del 25 de enero de 1893. El autor del artículo, a continuación de otra revista de la secta, la *Initiation*, dice haber encontrado en la gnosis antiguo y en los hindúes el «sentido místico» de todos los símbolos masónicos: mazo, triángulo, estrella, delantal, rosa-cruz, columnas, etc., etc.

superior de Lucifer, escalan juntos al asalto de la Jerusalén celestial, esperando conseguir por fin con sus batallones reunidos lo que hasta hoy no consiguieron con ataques separados. Es su supremo esfuerzo antes de declararse vencido y rendir las armas. Esperemos todavía un poco. La esposa del Salvador está acostumbrada a vencer por el sufrimiento. Imita en todo a su divino Esposo. La masonería, esta nueva sinagoga de Satanás, será, como la antigua sinagoga, vencida por la Cruz. ¡Bienaventurados quienes no hayan doblado la rodilla ante Lucifer ni ante su ídolo!

Es verdad, según la predicción de JESUCRISTO antes del fin del mundo habrá una última batalla librada a la Iglesia por el Anticristo en persona. Antes de la suprema catástrofe, la Iglesia debe celebrar su más hermoso triunfo por la conquista de todas las naciones y su sumisión a la dulce y santa ley del Crucificado. Estamos todavía muy lejos del fin. El mundo ha hecho todavía demasiado poco para haber merecido ser creado.

Aceptemos el augurio, pero mientras tanto no apartemos la mirada del trabajo que se cumple hoy en el mundo cristiano bajo la misma inspiración que en los siglos pasados y por las mismas manos.

Actualmente hay algo que parece deber llamar particularmente la atención, como medio adoptado en la hora presente por los enemigos del cristianismo para llegar a sus fines.

Después de dieciocho siglos de inquebrantable fijeza en sus creencias y prácticas religiosas, Israel se sacude. Se ve a muchos judíos hacerse filósofos, librepensadores, sin tener ya con los judíos del Talmud otro contacto que el de la raza y la sangre.

Se las llama liberales en oposición a los tradicionalista. Se dan la calidad de «reformadores». «A quienes se llama “reformadores” —dicen los Archivos Israelitas— quieren deshacerse de golpe de todas las trabas y el Talmud se ve rechazado. (XII, P. 242ss, año 1867.)

Los liberales reformadores se reclutan sobre todo entre quienes habitan nuestras comarcas, quienes ha bebido en la copa de nuestra civilización.

Con todo, no hay que creer que renunciando a las creencias y prácticas religiosas de sus antepasados, renieguen su raza y abandonen sus pretensiones al dominio sobre todos los pueblos de la tierra. No, ellos rivalizan con los ortodoxos por mantener muy alto y muy firme la estandarte de Israel. Pero pretenden contra éstos que la

transformación del judaísmo a la que se han comprometido es necesaria para el cumplimiento de sus destinos. Dicen a los ortodoxos:

> Vuestras observancias anticuadas impiden al judaísmo hacerse aceptar y así nos hacen faltar al proselitismo que debemos ejercer». (Arch. Isr., p. 448, año 1867.)

Así pues, si los Talmudistas difieren de los liberales, es sólo en el punto de saber cuál es el mejor medio que emplear para servir a la misión que Israel pretende haber recibido. Conocemos esta misión, es preparar las vías a aquel a quien esperan con ansia, su mesías. Los talmudistas siguen esperando un mesías en carne y hueso que los hará dueños del universo; los liberales dicen que no hay otro mesías que esperar sino la Revolución, cuyos «los principios» disuelven todas las sociedades y preparan su universal imperio. Para difundir estos «principios» modernos, para hacerlos dar los frutos esperados, estiman necesario deshacerse ellos mismos de las observancias a las cuales sus padres se habían sometido cuando creían que su fidelidad apresuraría la llegada del mesías personal. Es un equipaje voluminoso, y además el judío a la antigua moda no podía «hacerse aceptar». Hace falta conseguir sin embargo hacerse aceptable a los grupos humanos con los que quiere ejercerse un «proselitismo».

¿En qué consiste este proselitismo? ¿En incitar a fieles de las diversas religiones a entrar en el judaísmo? A los judíos nunca se le ocurrió hacer esta clase de proselitismo: ellos son un pueblo, una raza aparte, «la primera aristocracia del mundo», los únicos hombres verdaderos; nunca tuvieron la intención de elevar hasta ellos a seres que de humanos no tienen más que la apariencia.[15]

Lo que tienen en vista, es el dominio. Para establecer este dominio, no basta con aniquilar el patriotismo en los corazones, hace falta además y sobre todo apagar la fe religiosa, pues nada da al hombre tanta dignidad e independencia como su unión con DIOS por la fe y caridad; hace falta llevar a los hombres a lo que uno de ellos ha llamado muy bien «la iglesia del librepensamiento religioso».

Admirad este acercamiento: librepensamiento y religión. Saben que el hombre es naturalmente religioso, y que no se puede destruir

---

[15] Mons. Meurin, después de recordar que Carlile, una autoridad masónica, da la siguiente definición del nombre de judío: «Literalmente es el *Dios del hombre*», pregunta: ¿Cuál es entonces el origen de este orgullo desenfrenado que lleva a los judíos a llamarse la *Humanidad* por excelencia y cada judío un *hombre verdadero*, por encima de toda criatura humana? No lo dudamos: es el misterio de Lucifer caído, repetido en el pueblo de DIOS caído.

su naturaleza; hace falta contentarse pues, y basta con traer a los hombres de todas las religiones a una religiosidad vaga donde cada uno creerá lo que le agrade creer y rinda a la divinidad el culto que le será conveniente rendir. «Cada uno, siguiendo su conciencia, *conservará* las prácticas del culto rendido al DIOS único e inmaterial, o *las reformará* según los principios de un *israelitismo liberal y humanitario*». Gracias a la amplitud de esta «libertad práctica, el progreso brotará y la *religión universal* resaltará sin que ninguna conciencia haya sido perturbada» realmente. (*Arch. Isr*., III, P. 118-119, año 1868.)

Aquí tenemos otra palabra muy característica, y que acaba de iluminar el pensamiento de Israel y el fin que persigue: «Religión universal». La religión universal es la religión católica. «El israelitismo liberal y humanitario» quiere sustituir el verdadero catolicismo con una Iglesia Católica a su guisa: católica porque todos podrán entrar y todos estarán de acuerdo, visto que ella no impondrá ningún dogma. «Es indispensable sobre todo separar distintamente la moral que pertenece a todos, del dogma religioso particular a cada creencia». (*Arch. Isr*., XI, p. 504, año 1867.)

Tales son las ideas de los judíos de hoy, tales son sus proyectos, expuestos por ellos mismos, y que por otra parte huelga ver escritos en las publicaciones hechas por ellos y para ellos. Basta abrir los ojos a lo que pasa desde hace un siglo y sobre todo desde hace veinte años en el mundo político y en el mundo de las ideas para ver el inmenso esfuerzo hecho para abolir todo rastro de fe en las instituciones y en las almas.

Este esfuerzo recibe su impulso y su dirección del judaísmo. El judaísmo mismo lo dice sin disimulos:

La *Alianza Israelita Universal* no se detiene en nuestro culto solo, se dirige a todos los cultos. *Quiere penetrar en todas las religiones*, como penetra en todas las comarcas… que los hombres iluminados, sin distinción de culto, se unan en esta *Asociación Israelita Universal*, cuyo fin es tan noble y tan ampliamente civilizador… Reconocer que todas las religiones que tienen la moral por base y a DIOS por cumbre, son hermanas y deben ser amigas entre sí; HACER CAER LAS BARRERAS QUE SEPARAN lo que debe reunirse un día[16]: *ÉSTA ES LA HERMOSA Y GRANDE MISIÓN de*

[16] Encontraremos estas mismas ideas expresadas por las mismas palabras en los discursos y textos de los americanistas.

nuestra Alianza Israelita Universal. Marchemos firmes y resueltos en la vía que tenemos trazada. (Arch. Isr. XXV, pp. 514-520, 600-651, año 1861.)

> Por fin han llegado los tiempos en que los hechos se apresuran a responder a las palabras: el más vasto y más maravilloso de los templos, un templo cuyas piedras están vivas y dotadas de pensamiento, se eleva para recibir en su elástico recinto, bajo la bandera por siempre sagrada de la razón y la filosofía, todo lo que el género humano encierra en su seno de generoso, *de hostil al misterio* y a la ignorancia, de verdaderos hijos de la luz y la libertad». (*Archivos israelitas*, XXIV, p. 1074. Año. 1866.)

En este mismo año, un judío, descontando ya el triunfo, exclamaba en su entusiasmo:

> ¡Que por todas partes se eleven templos, recibiendo en su recinto a todos los hombres sin distinción de origen religioso! Que todos los corazones, repletos de los mismos sentimientos de amor, se desahoguen delante del mismo Dios, Padre de todos los seres. Que todos se alimenten de los mismos principios de virtud, moral y religión, y los odios de las sectas desaparecerán, y la armonía reinará en la tierra, y LOS TIEMPOS MESIÁNICOS, predichos por los profetas de Israel, SERÁN REALIZADOS.

Los *Archivos Israelitas*, publicando estas palabras de Hippolyte Rodrigue, admiran la grandeza, la elevación y la generosidad de las ideas que las han inspirado. (XIV, p. 628-629, año 1886).

La obra tan documentada del Sr. des Mousseaux: *El judío, el judaísmo y la judaización de los pueblos cristianos*, es la fuente de las citas que acabamos de hacer. Son concluyentes, marcan del modo más claro el fin perseguido hoy día por el judaísmo cuando se esfuerza en *penetrar* en todas las religiones, para enervarlas y deshuesarlas de alguna manera, disgregando el dogma para sólo dejar en las almas sentimientos y en la sociedad una moral que, por no apoyarse más sobre la roca de la verdad, flotará a la merced de todas las pasiones. Y como no hay en realidad más que una sola Iglesia que tenga dogmas, que tenga al menos la totalidad de las verdades reveladas de las que las demás asociaciones religiosas sólo conservan más o menosde fragmentos, el esfuerzo de Israel está todo dirigido contra el catolicismo.

¿Puede ya contar con algunos éxitos en su audaz y criminal

empresa? Puede verse empezar ya a formarse, dentro de la sociedad cristiana, este vago sistema, esta vaporosa forma de religión a la cual los judíos querrían llevar a todos los hombres?

El Revdo. P. Klein ha publicado hace unos años un libro intitulado NUEVAS TENDENCIAS EN RELIGIÓN Y LITERATURA. Ha mostrado con numerosas citas que existe actualmente en Francia, en el mundo de los intelectuales, una corriente que él llama «el movimiento neocristiano», es decir

> este estado de ánimo cuyo síntoma más general, si no el carácter esencial, parece ser la pretensión de renovar el sentimiento religioso, de desprender de las trabas del dogma las hermosuras de la moral cristiana, y de quitar el gobierno de nuestra vida a la razón, que ha dado sus muestras de impotencia, para entregarlas místicamente a la voluntad y al amor.

Entre quienes se dejan llevar por este movimiento hay algunos que, como el Sr. de Voguë y el Sr. Rod, creen que «la Iglesia seguirá conservando y propagando la moral evangélica». Hay otros que piensan que «la Iglesia no consentirá en los progresos que tendría que hacer para retomar la dirección moral de los espíritus, y en consecuencia será sustituida en esta misión por otro menos indignos».

¿Cuáles serían estos otros?

El Sr. Desjardins imagina una aristocracia intelectual a la que estaría entregada la dirección de la humanidad. Comprendería a todos los que creen en lo *divino*, cualquiera que sea su religión o filosofía. Son en primer lugar «todos los verdaderos cristianos y todos los verdaderos judíos, aferrados al espíritu profundo de su religión; luego los filósofos y poetas que afirman o cantan el ideal moral; los nuevos discípulos de Platón, de los estoicos y de Kant, tales como el Sr. Charles Secriton, el Sr. Renouvier: tales, también, como el Sr. Lachelier, o el Sr. Fouillée, o el Sr. Sully-Prud'homme».

Bajo esta dirección, formando «la unanimidad» que él ansía y que los judíos saludan o bajo el nombre de «Iglesia universal» o de «librepensamiento religiosa», estarían «todos aquellos, célebres u oscuros, cuya vida, fuera de toda especulación, es una afirmación sólida de la posibilidad y de la suficiencia del bien».

El Sr. James Darmesteter es más preciso en su obra *Los profetas de Israel*; dice que «la salvación religiosa y moral de la sociedad está en el retorno al profetismo, a la

doctrina que fue la de los judíos en los siglos inmediatamente anteriores a JESUCRISTO». Con sus dogmas anticuados —dice— «el catolicismo dejó de ser una fuerza de acción y de progreso»; y por otra parte la ciencia mostró sus debilidades es impotente para reemplazarlo. ¿Qué hacer pues? «El ALMA MODERNA no puede volverse atrás: ¡es por eso que DEBERÁ REMONTARSE A LOS PROFETAS DE ISRAEL!

Los judíos podrían contar pues con el movimiento neocristiano y esperar llevarlo a los fines de la *Alianza Israelita Universal*, de que no parece muy alejado.

No hay que creer que este movimiento se restrinja a algunos dilettantes. el Rev. P. Klein dice:

Nos parece que en sí mismo el movimiento neocristiano depende demasiado directamente de la marcha de las ideas en esta última mitad de siglo, para ser atribuido sólo a la fantasía de un pequeño número de escritores. Ni siquiera sabemos si sería exagerado decir que responde al estado de ánimo de una muy gran parte de la juventud.[17]

Puede haber, y creemos que efectivamente hay, en varios de quienes se entregan a este movimiento o que lo imprimen, una gran sinceridad y una atracción real por el cristianismo, causada por el vacío que sienten en ellos y las decepciones que los sistemas filosóficos y científicos les han hecho experimentar. Estos hombres suben hacia la fe y deben ser alentados. ¿Pero sería recomendable dar el mismo aliento a quienes, ubicados en medio de la plena luz, darían pasos fuera de ella para ir delante de estos hermanos y tenderles la mano?

El sistema de propaganda religiosa que se ha llamado «Un catolicismo estadounidense», es sospechoso de dar estos pasos hacia afuera. ¿Esta sospecha es fundada? Es lo que tenemos que examinar en este estudio.

CAPÍTULO QUINTO.
LA AYUDA DADA A LA *ALIANZA ISRAELITA UNIVERSAL* POR LOS PARLAMENTOS Y LA PRENSA.

En una Carta pastoral escrita en 1878, Mons. Martin, obispo de Natchitoches en los Estados Unidos, considerando la conjuración anticristiana que actualmente se extiende por el mundo entero, decía:

En presencia de esta persecución de una universalidad hasta aquí

[17] Que se nos permita señalar aquí el peligro que hay en hacer perorar en los congresos de la juventud cristiana a universitarios que no están completamente libres del espíritu neocristiano.

> inaudita, de la simultaneidad de sus actos, de la semejanza de los medios que emplea, estamos inducidos forzosamente a concluir la existencia de una dirección dada, de un plan de conjunto, de una fuerte organización que ejecuta un fin programado hacia el cual todo tiende.
>
> Sí, existe esta organización, con su fin, su plan y la dirección oculta que obedece, sociedad compacta a pesar de su diseminación por el globo; sociedad mezclada a todas las sociedades y que no depende de ninguna, sociedad de un poder sobre todo poder, exceptuado el de DIOS. Sociedad terrible, que es para la sociedad religiosa como para las sociedades civiles y para la civilización del mundo, no sólo un peligro, sino el más temible de los peligros.

Esta sociedad compacta aunque diseminada por el globo, este poder sobre todo poder que Mons. Martin se limita a designar, es algo que hemos creído poder nombrar y mostrar el instrumento que creó con miras a organizar por todas partes la conjuración contra el cristianismo. Ya hemos visto cuál es la naturaleza de su acción y por qué medios se esfuerza en disolver por todas partes la patria y la religión para establecer su reino sobre las ruinas de ambas.

Debemos considerar ahora a los auxiliares que supo darse.

El fin de la *Alianza Israelita Universal* —hemos dicho— es llevar a los hombres de todos los países a renunciar a todo lo que hay de positivo en la religión que profesan, para conseguir enrolarlos a todos en una catolicidad nueva: «la Iglesia del librepensamiento religioso». Sería una religión vaga, indeterminada, sin otro dogma ni otro culto que los que gustaría a cada uno adoptar: religión *universal*, pues todo se encontrarían en ella en la nada de la fe, como los verdaderos católicos están unidos en la confesión de un mismo símbolo y en la posesión común de todas las verdades que ha agradado a DIOS revelarnos.

Los judíos no solamente han formulado esta pretensión, sino que ellos mismos, en gran número, han entrado en esta vía: han renegado el Talmud, se han deshecho de todas las trabas judaicas, hacen profesión de librepensamiento, para «hacerse aceptar más fácilmente» y poder arrastrar a los demás a lo que llaman un «israelitismo liberal y humanitario». Dicen:

> Somos el tipo absoluto de la *democracia religiosa*: cada uno de nosotros es el juez supremo de su fe. (*Arch. Isr.*, XV, p. 677, año 1867.)

Su transformación, que bastaba para darles los medios de hacerse aceptar, no bastaba para servir de ejemplo y arrastrar a otros; han organizado con este fin la *Alianza Israelita Universal*:

> Penetrar en todas las religiones… hacer caer todas las barreras que separan: ésta es la grande y hermosa misión de nuestra Alianza. Marchemos en esta vía, firmes y resueltos.

¿Qué cómplices busca la *Alianza* que la ayuden a alcanzar sus fines?

En primer lugar actúa cerca de los reyes y los parlamentos y se aplica a ejercer sobre ellos «esta singular, infatigable y tan misteriosa influencia» que el Sr. des Mousseaux señalaba ya en 1869.

¿Qué les pide ante todo y por encima de todo? La LAICIZACIÓN.

No hay nadie que no vea, que no pueda ver el esfuerzo prodigioso hecho desde hace un siglo para *laicizar* todo, es decir para quitar a toda cosa y a todo hombre todo carácter religioso. Ya en el origen mismo de la Revolución, de Maistre había observado que ese era su carácter esencial. Decía: «Examinad todas las empresas de este siglo, y los veréis, (a estos hombres de la Revolución), constantemente ocupados en separarlas de la divinidad»[18]. Sería demasiado largo mostrar aquí los múltiples aspectos bajo los cuales se presenta esta cuestión de laicización o secularización: ella se extiende a todo, y todos los órganos gubernamentales, si no todas las fuerzas de la sociedad, están empleados a hacerla triunfar.

El Sr. Klein empieza el sexto capítulo de su libro *Nuevas tendencias en religión y en literatura* con estas palabras:

> *Laicizar el cristianismo* es exactamente lo que desea la grandísima mayoría de los cristianos de letras. Esta fórmula es el más exacta y más precisa que pueda encontrarse para definir el movimiento que estudiamos [el movimiento neocristiano].

Y así ha de ser, la laicización ha de estar en primer lugar en las mentes para poder producirse en los hechos; y para que esté en la mente de la multitud, hace falta que su idea venga de arriba, que haya sido sembrada en las mentes vulgares por quienes hacen la opinión.

¡Pues bien! quienes hacen la opinión actualmente son sobre todo los judíos: ocupan las principales

---

[18] *Essai sur le principe générateur des constitutions politiques.*

cátedras de la enseñanza superior y dirigen la prensa.

Por otra parte, mirando desde cerca, encontramos los judíos son también los que inspiraron las leyes y las medidas de laicización. Los ejemplos recientes están todavía en todas las memorias. Hay uno que se remonta a 1866. Una ley había sido hecha en 1814 para proteger el descanso del domingo. A la fecha que acabamos de indicar, los *Archivos Israelitas* decían:

> No hay *ni transacción ni conciliación* posible. Si se deja nuevamente esta ley en pie, es lícito decir que los inmortales principios [siempre estos principios] que brillan en el frontispicio de *NUESTRA Revolución* sufren una derogación tanto bajo el respecto de la libertad de conciencia como bajo el del principio de igualdad.

La ley de 1814 fue abrogada en cuanto la masonería hubo llegado al poder. Después, todos los esfuerzos hechos para asegurar a los obreros el descanso del *domingo* fueron impotentes. Se quiere, sí, un día de descanso por semana, pero sin fijarlo en el mismo día para todos —lo cual es absolutamente necesario— porque entonces la elección del domingo se impondría. Un diputado sacerdote, teñido en verdad de americanismo, como lo veremos más adelante, subiendo a la tribuna para reclamar en favor de los obreros entregados a los trabajos de la exposición el descanso necesario, no se atrevió a hablar más que de descanso semanal.

Pero el esfuerzo el más enérgico y más sostenido es el que se dedicó a la laicización de la enseñanza.

¿No es no cosa prodigiosamente asombrosa ver a todos los Estados, católicos o protestantes, monarquías o repúblicas, promulgando aproximadamente al mismo tiempo las mismas leyes para imponer la neutralidad en el punto de vista religioso en la enseñanza de la juventud?[19] Pero también, ¿qué sería más eficaz que esta neutralidad escolar para alcanzar el fin mirado por la *Alianza Israelita Universal*? Los niños educados en la ignorancia de las verdades religiosas y en la indiferencia con respecto a los deberes debidos a DIOS, pertenecen por ese mismo hecho al *israelitismo liberal y humanitario*, son los elementos hechos especialmente para la «religión universal», para este nuevo catolicismo que debe

[19] En los dos mundos se han hecho o completado leyes para la laicización de las escuelas, más radicales aquí, allí menos exclusivas. ¿Cómo explicar, fuera de la conjuración anticristiana, tal acuerdo para una cosa tan monstruosa y cuyos efectos pronto fueron tan funestos que varios Estados se apresuraron a corregir su legislación sobre este punto?

permitir el cumplimiento de los destinos de Israel.

Los judíos comprenden tan bien la importancia de la escuela neutra para preparar el establecimiento de su israelitismo humanitario que, así como se hacen ellos mismos liberales y librepensadores para poder ejercer más eficazmente su proselitismo en favor de la religión del librepensamiento, prefieren hacer educar a sus propios niños en la indiferencia con respecto a su propia religión, antes que renunciar a tener a los niños cristianos en esta atmósfera de indiferencia y neutralidad.

Es muy instructivo lo que al respecto pasó el año pasado en Viena.

El Consejo escolar de la capital del imperio austriaco, infringiendo la ley de neutralidad, ordenó hace unos meses la institución de escuelas confesionales, es decir de escuelas judías para los judíos y escuelas cristianas para los cristianos. Esta resolución fue aprobada por el Consejo provincial y puesta en ejecución a la apertura de las clases del año escolar 1898-1899.

Esta medida habría parecido merecer que la acogieran con igual alegría los judíos y los cristianos. Pero no. Según la expresión de la *Voce* de Trento en respuesta a la *Neue Freie Presse*, «puso patas arriba las tribus de Israel». Apenas la resolución hubo sido votada por el Consejo municipal de Viena, la prensa judía hizo lo posible y lo imposible para que el Consejo provincial le negara su aprobación. Y cuando, a la apertura de las escuelas, se hizo la separación entre niños judíos y niños cristianos, los judíos convocaron una gran asamblea para protestar contra esta medida y pedir al gobierno restablecer el estado de cosas anterior.

En esta asamblea, se vio estallar el disentimiento que hemos señalado entre judíos ortodoxos o tradicionalistas y judíos liberales o reformadores. Éstos, que se deshicieron ellos mismos de todas las trabas judaicas y rechazaron el Talmud, para hacerse aceptar y para trabajar más eficazmente en penetrar en todas las religiones para establecer sobre sus ruinas un israelitismo liberal y humanitario, quieren que los niños cristianos sean educados en la neutralidad religiosa, para poder enrolarlos en «la iglesia del librepensamiento religioso». No les repugna, entre tanto, que los niños judíos sean educados igualmente, contando con el instinto de la raza, que estiman indestructible, para el cumplimiento

de los destinos de Israel. Así pues, hablaron de «la interconfesionalidad» de las escuelas, palabra aptísima para indicar la meta que quieren alcanzar no sólo en la enseñanza, sino por todas partes, en todas las direcciones de la vida política, social y religiosa; la interconfesionalidad, es decir la confusión de todas las religiones en un todo informe que prepara las vías a la «Jerusalén del nuevo orden» que quieren «sustituir a la doble ciudad de los Césares y de los Papas».

En Francia la ley de neutralidad de las escuelas no tiene otro fin en el pensamiento de quienes nos la han impuesto y en el de varios de aquéllos que urgen urgente su aplicación. ¿Quiere alguien la prueba?

Un inspector académico, el Sr. Payot, acaba de publicar un libro intitulado: ANTES DE ENTRAR EN LA VIDA. A los instructores e institutrices, consejos y dirección prácticas.

Este libro es ofrecido a los jóvenes de ambos sexos de las escuelas para enseñar a quienes aspiran al honor de ser instructores o institutrices, lo que la escuela normal va a hacer de ellos, y lo que deberán ser y hacer cuando estén encargados de la educación de la juventud francesa.

Lo que pasarán a ser en la escuela normal desde el punto de vista de la fe se les dice sin rodeos en las páginas 11 y 12.

> El niño llegado de su aldea no creyendo (porque, ¿qué es una creencia que nunca sufrió discusión?)[20], sino *creyendo creer*, *DEJA POCO A POCO DE CREER*, y… sufre de este cambio, tan considerable en apariencia, de su punto de vista sobre el mundo. Esta crisis es mucho más penosa cuando se produce en las chicas.

Hay una confesión propia para dar una buena advertencia debida a los padres. La hizo un hombre que no pueden recusar, un inspector académico, que vio y comprobó lo que dice, aunque se conmueva poco. No queríamos detenernos en lo dicho por él que nos era demasiado bien conocido; nos basta con tomar acta de la confesión. Lo que sigue pone en plena luz el fin mirado por la institución de la escuela neutra, y muestra su identidad con el fin perseguido por la *Alianza Israelita Universal*.

---

[20] La fe es una virtud sobrenatural, infusa en el alma del bautizado, germen que se desarrolla por la correspondencia a la gracia. Se fortalece con la edad por la oración, el estudio y la esperanza. Pero no necesita discusión para ser lo que es, es decir para derramar en el alma las divinas luces.

Después de decir que los alumnos de las escuelas normales pierden infaliblemente la fe en ellas, el Sr. inspector Payot dice que es necesario reemplazar la fe «por una muy fuerte cultura *moral independiente* de toda enseñanza confesional».

No nos dice, y por buenas razones, por qué medios producirá esta fuerte cultura moral poniendo de lado toda enseñanza, todo freno, toda práctica sacada de la religión.

Pero tomando el lenguaje de la *Alianza Israelita Universal*, dice que esta cultura moral es también una fe, una religión, pero una religión superior a todas las demás, y en la que todas pueden y deben confundirse:

> Debemos ponernos en un punto de vista superior a las religiones particulares y que no imponga a la razón y a la más absoluta libertad de pensar ningún sacrificio.
>
> Al lado, y no tememos decir encima de las religiones que dividen a los espíritus, hay lugar para una religión de veras universal, aceptable para todos los espíritus pensantes y que encierra las religiones particulares como el género encierra las especies. (p. 14.)

¿No es palabra para palabra el lenguaje de los *Archivos Israelitas*?

Las cosas siendo tales, se comprende que en Estados Unidos como en Europa el clero haya hecho los más grandes sacrificios para elevar, al lado de la escuela neutra oficial, la escuela libre religiosa. Pero, cosa que no puede explicarse evidentemente más que por la ignorancia absoluta del fin perseguido, uno de los jefes del americanismo intentó hacer desaparecer las escuelas confesionales en su país. Roma debió intervenir, y el prefecto de la Propaganda dirigió a todos los obispos de Estados Unidos una carta donde dice:

> Algunas personas creyeron desacertadamente que las escuelas oficiales no ofrecen peligro, y que los niños católicos pueden ser enviados a ellas. Pero el hecho de que tales establecimientos excluyen de su programa la verdadera religión, causa un gran perjuicio a esta religión misma.

Con la ley escolar, ¡cuántas otras leyes persiguen en todas las direcciones de la actividad humana lo que llaman «la laicización»! No es temerario atribuir la inspiración de estas leyes a la misma influencia y a la persecución del mismo designio.

Se necesita que las órdenes religiosas, que son la muralla de la Iglesia Católica, desaparezcan: de

allí las leyes hechas para traer su ruina a corto plazo.[21]

Se necesita que la influencia adquirida por el clero por tantos siglos de beneficios sea anulada: y el clero es expulsado de todas las posiciones que ocupaba, de todos los consejos donde podía hacer oír su voz. Se necesitaría que las fuentes del sacerdocio se secaran: de allí la ley del reclutamiento de los eclesiásticos. Se necesitaría que el ejercicio del culto fuera hecho imposible: de allí la ley sobre las fábricas y estos sordos manejos de la administración que poco a poco fueron quitando a la parroquia y a la diócesis la propiedad de las iglesias y catedrales, de las parroquias y obispados, para trasladarla a los municipios y al estado. Se necesitaba introducir por fin el desorden en la familia para desatarla de la Iglesia: de allí la ley del divorcio y los alientos dados a la disipación bajo todas sus formas.

[21] El P. Hecker decía que «las comunidades monásticas probablemente no serán más el tipo dominante de la perfección cristiana». Y uno de sus discípulos, el abad Dufresne: «La santificación de la que los claustros han sido hasta aquí los principales focos, será difundida mucho más en pleno mundo y en la masa del pueblo cristiano». La masonería hace leyes para destruir las órdenes religiosas, y los americanistas dicen: Pronto la religión podrá prescindir de ellas. En la consagración del obispo de Sioux-Palls, Mons. Ireland predicó un sermón dirigido contra las órdenes religiosos que después de algunos días le atrajo en presencia del cardenal Salé de parte del R. Richard, S. J., una firme réplica. Aquí mismo, en Francia, cuando fue la elección del Rev. P. Gayraud, fue necesario restablecer los principios de la teología y del derecho canónico sobre la naturaleza de las obligaciones que crean los votos solemnes de religión. Sobre este punto, como sobre muchos otros, los americanistas de aquí y de allá, si no se entienden, actúan y hablan bajo la influencia de un mismo espíritu.

Mientras la obra —«la gran obra de la humanidad», como dice el *Univers israélite*— es perseguida por vía legislativa, era necesario actuar sobre la opinión. Esta misión ha sido dada a la prensa. Entre las superioridades que el Sr. des Mousseaux reconoce a los judíos, pone en buen rango ésta:

> superioridad en *el arte profesoral del sofista*, hábil en mezclar a las doctrinas del teólogo y del publicista las sutilezas donde el espíritu se extravía, el veneno de las doctrinas embriagadoras que pervierten a los individuos y hacen caer los pueblos en demencia.[22]

En Francia, en Europa, en todas las partes del mundo, los judíos han creado o adquirido los periódicos más influyentes, tienen hombres de su raza en todas las redacciones; y por un medio u otro, directa o indirectamente, hacen entrar con demasiada frecuencia hasta en los periódicos católicos hechos, ideas y apreciaciones que favorecen la ejecución de sus planes.

No tenemos para nada la intención de incriminar a quien sea, sino sólo de hacer tocar con el dedo la justeza de estas observaciones.

¿No se vio en la última campaña electoral periódicos católicos dar el

[22] ¡Ay de nosotros! ¿No hemos llegado a este punto?

consejo de votar por candidatos masones declarados, de preferencia a tales católicos praticantes u hombres de obras?

¿No se vio durante esta misma campaña a un sacerdote, el Rev. P. Dabry, redactor de un periódico dirigido por otro sacerdote, el Rev. P. Garnier, decir que «las recriminaciones puramente católicas deben cesar», que «desde hace veinte años no ha habido ningún ataque a la libertad esencial de la Iglesia en Francia?

Quienes, desde hace veinte años, vienen haciendo y aplican las leyes que recordábamos más arriba, tienen un supremo interés en que los órganos escuchados de los católicos digan y repitan: «Desde hace veinte años no ha habido ningún ataque a la libertad esencial de la Iglesia»; o bien: «¡Tranquilizaos! la política liberal y el respeto de la religión están al orden del día. No tenéis nada que temer: Brisson tiene un programa moderado»[23].

Seríamos infinitos si quisiéramos decir los miles medios por los que la prensa —prensa liberal en todos los grados, prensa impía, prensa revolucionaria— de un lado a otro, y todos los días, con un conjunto maravilloso, actúa sobre los intelectos para descristianizarlos. Cada uno de estos periódicos sabe medir admirablemente la dosis de veneno que debe presentar a sus lectores según la clase donde los recluta, aquella a la que pertenecen por su cultura intelectual y disposiciones morales.

En las tesis que desarrollan, en los hechos que refieren, en la manera como los presentan, encontraréis siempre el espíritu de los «principios modernos» cuyo «desarrollo y realización, al juicio de Israel mismo, son la más segura garantía del presente y del porvenir del judaísmo, y la condición enérgicamente vital para la existencia expansiva y el más alto desarrollo del judaísmo».

La inoculación diaria de estos «principios» en las cabezas católicas, tiene por inevitable efecto transformar poco a poco la verdad cristiana, si no en fiel, por lo menos en catecúmeno de este «israelitismo liberal», de esta «religión universal» que debe permitir «el cumplimiento de los destinos de Israel».

Es fácil a cada uno ver si esta transformación empieza a operarse en él; debe sólo interrogarse sobre la Iglesia y preguntarse qué idea se hace de ella actualmente.

---

[23] Conferencia dada el día de la Asunción en una parroquia de Flandes por el Revdo. P. Lemire. Ver *La Croix du Nord* del 17 de agosto de 1898.

¿Está además íntimamente convencido y penetrado de estas verdades?

Que DIOS fundó con sus propias manos una sociedad espiritual a la que todos los hombres están llamados, y que es la única que posee todas las verdades revelado y todos los medios de salvación;

Que esta sociedad es perfecta en sí misma, como que recibió también de DIOS una constitución que le es propia, sobre la cual la sociedad civil no puede nada; qué tiene el derecho de regirse por sus propias leyes esta sociedad, y que toda traba, toda coacción ensayada contra ella, de dondequiera que venga, es criminal, sacrílega, impotente a crear ningún derecho.

Destruir estas nociones en el espíritu de los católicos es en lo que se encarnizan todo aquéllos que —sabiéndolo o no— trabajan para la gran obra.

¿El americanismo mismo vendría también a dar a esta obra un concurso que ciertamente no está en sus intenciones, pero que podría resultar de la persecución de un bien ilusorio? Lo que hemos dicho ya puede hacerlo temer. Es bueno examinar la cosa de más cerca.

CAPÍTULO SEXTO.
LA *ALIANZA ISRAELITA UNIVERSAL* Y EL AMERICANISMO.

La prueba, la tentación, es la condición del género humano en su estado actual. Desde el paraíso terrenal, no ha dejado un solo instante de pasar por el tamiz las sociedades lo mismo que los individuos.

Varía con el temperamento de éstos; se transforma con las modificaciones de aquéllas: siempre está en acción, y siempre el triunfo logrado sobre ella es la condición de la salvación.

La prueba actual es la indiferencia en materia de religión. Está el ateísmo que rechaza toda relación con DIOS cuya misma existencia no admite. Éste es un exceso de que pocos hombres son capaces y que sería la muerte tan pronta como infalible de toda sociedad donde se generalizare.

La indiferencia de la que son tentados los hombres de hoy se formula así: Todas las religiones son igualmente buenas.

Todo contribuye a acreditar este error: la legislación, las ideas, los hábitos. Y es por eso que todo hombre serio debe interrogarse sobre este asunto, preguntarse dónde se sitúan actualmente sus convicciones sobre la Iglesia, sobre

su institución divina y la necesidad de pertenecerle para llegar a la salvación.

Hay pocos intelectos en que las instituciones actuales, los hábitos, y sobre todo la libertad de prensa, no hayan obnubilado más o menos estas verdades primeras.

Pero además hay actualmente en el mundo una vasta conspiración para propagar esta indiferencia.

Ella pretende conseguir hacer abrazar a todos los hombres lo que llama «la religión universal» o «la democracia religiosa» y a hacerlos entrar todos en una nueva Iglesia, «la iglesia del librepensamiento religioso» donde cada uno sería libre de componerse un símbolo de su agrado personal.

Como hemos visto, éste es el fin que se ha asignado la *Alianza Israelita Universal*. Difundida en todo el mundo, actúa por todas partes en este sentido, y por todas partes ha sabido darse auxiliares que trabajan para la realización de sus proyectos.

¿Cuáles son estos auxiliares?

Es la masonería, que lenta pero seguramente demuele uno a uno todos los pisos del edificio católico, sabiendo bien, como lo dijera en Viena un interlocutor de Dom Vitra que, «una vez vencidas las naciones católicas, sólo se tendrá a soplar sobre el protestantismo para hacer desaparecer»; o que, como Michelet la escribía a Eugène Sue:

> el protestantismo es sólo una planta parásito que vive sólo de la savia del catolicismo. Cuando hayemos acabado con la Iglesia Católica, morirá de sí mismo, o, si es necesario, lo acabaremos de un golpe de talón de nuestra bota.

Es la prensa cuyo esfuerzo más general y más constante es hacer reinar «la tolerancia», contraseña masónica hecha para enervar todas las resistencias al mal, todas las oposiciones al error.

Es la enseñanza superior, donde reinan los judíos, protestantes y neocristianos, siendo estos últimos quizás más peligrosos aún que los demás desde el punto de vista en que estamos situados aquí, a causa de la simpatía que tienen por ellos los católicos que se lanzan «hacia el porvenir», y a causa de su acción «sobre toda la elite de la joven generación», a la que imprimen «este movimiento de espíritu que se podría llamar casi evangélico», pero que, en realidad, es refractario al dogma, a la verdad revelada.

Hablan de su «fe», pero, como lo hace observar el Sr. Lasserre:

> si se les pide algunas informaciones sobre el objeto y los fundamentos

de su creencia, esta pregunta los deja no perplejos, pero desdeñosos. Responden que el dogma no les gusta, pero que la moral los fascina.

Son los inventores de la «apologética nueva», que niegan todo valor científico a la demostración tradicional de la verdad del cristianismo y de la divinidad de la Iglesia, para sustituirle el método de *inmanencia*, es decir un terreno puramente subjetivo, tan ruinoso como insuficiente a un ser social como es la Iglesia.

Es la escuela primaria neutra, que hace bajar el desprecio de lo sobrenatural hasta las clases más ínfimas de la sociedad y más incapaces de defenderse.

Es la acción gubernamental, por sus leyes que tienden a laicizar todo; por sus administraciones diversas que, cada una en su esfera, se aplican a sacar de estas leyes todo lo que pueden dar y más también; por sus funcionarios de todo orden, los ejemplos que dan, las persecuciones que tienen misión de ejercer.

Es además el impulso dado a todo lo que puede llevar a los hombres hacia el placer y desviar sus miradas de sus fines últimos.

Por todos estos medios y por otros más, la conspiración antirreligiosa «penetra en todas las religiones» para disolverlas, en todos los corazones, para entregarlos como presa fácil al israelitismo liberal y humanitario.

Toda mente algo atenta a lo que pasa en el mundo no tarda en ver que la obra no sólo ha sido empezada, sino que avanza de día en día en el asedio que hace sufrir a la fe.

Y al mismo tiempo —lo hemos dicho— está la conspiración contra la patria, menos abierta, pero no menos real; pues hace falta que una y otra caigan para ceder a esta «Jerusalén del nuevo orden, santamente sentada entre oriente y occidente, que debe sustituirse a la doble ciudad de los Césares y de los Papas».

El colmo sería que los ministros del clero católico, bajo el imperio de ilusiones tan decepcionantes como generosas, llegaran a aportar un concurso cualquiera a esta conspiración que puede llamarse universal, y contribuir por algún sitio a sacudir la firmeza de adhesión que el alma cristiana debe tener a la Santa Iglesia Católica, única arca de salvación.

El Sr. Gougenot des Mousseaux, en su libro tan documentado: *El judío, el judaísmo y la judaización*, consagra una página a enumerar las

superioridades de los judíos, esta raza divinamente dotada y divinamente caída que, en su conjunto y salvo honorables excepciones, emplea para el mal los dones que ha recibido, como lo hacen los malos ángeles. Dice:

> …Superioridad sobre todo —y ésta es una de las más insignes para los ojos del observador sagaz— superioridad sin igual en ESCONDER, o en el consejo reflexionado de los reyes, o en el consejo tumultuoso de los pueblos, su singular e infatigable INFLUENCIA.

Su influencia en el consejo de los reyes, la historia no llega a descubrirla sino mucho tiempo después que se haya ejercitado. El libro del P. Deschamps, revisado por el Sr. Claudiot Jannet, bajo este respecto está lleno de curiosas revelaciones. Su influencia en los parlamentos republicanos se ha hecho tan manifiesta, que ellos ya no intentan esconderla: toman abiertamente la iniciativa de las leyes más funestas.

Por «singular» que sea esta influencia, ¿busca llegar más alto, y llega? ¿Puede adoptar bastantes rodeos, esconderse y disfrazarse tan bien y envolver de tal manera las ideas que trata de difundir, que no deje sospechar su presencia, reconocer su acción ni descubrir el veneno de sus doctrinas a aquéllos mismos que están encargados de velar para defender a otros de él? ¿Quién podría decirlo con certeza y sobre todo con pruebas?

Lo que es cierto, lo que es incontestable, es que hay entre el espíritu judío y el espíritu americanista un punto de contacto en los principios de 89.

Hemos oído a los judíos proclamarlos y decir el partido que sacan de ellos. En cuanto a los estadounidenses, su estado social y también religioso descansa totalmente en estos principios; de lo cual se elogian alto, y también los americanistas nos dicen saber que «las ideas estadounidenses son las que DIOS quiere que estén en todos los pueblos civilizados de nuestro tiempo». Por eso ellos se hacen ellos concienzudamente los evangelistas de las mismas.

Apresurémonos sin embargo a decir que si los inmortales principios son predicados y propagados por los judíos y los americanistas, lo son según vistas muy diferentes.

Los judíos esperan sacar de ellos «el israelitismo liberal y humanitario», los americanistas «una nueva época para la Iglesia», «una época que a la imaginación le

costará concebir», ¡tan fecunda y hermosa será!

Las intenciones de éstos son seguramente buenas, y el celo que despliegan parte de un buen natural. ¿Está bien iluminado? San Pablo decía ya de ciertos hombres de su tiempo:

> Yo les confieso y me consta que tienen celo de las cosas de Dios, pero no es un celo según la ciencia (Rom. X, 2).

Siempre el celo debió ser probado en un doble crisol antes de que pudiera dársele carrera: el crisol de la doctrina y el de la obediencia. Presumiendo de sí mismo y lanzándose a ciegas, demasiadas veces ha acumulado las ruinas.

Ahora bien, la presunción, la «confianza en sí», es uno de los rasgos más característicos del americanismo; sus partidarios se engalanan de ello con orgullo; es por este rasgo que quieren ser reconocidos y distinguirse de los demás. Dicen que cuentan con «la intensidad de fuerza y grandeza a la que esta confianza en sí elevará la personalidad humana», para hacer que la Iglesia entre en «esta época nueva que la palabra humana tendrá dificultad para expresar a menos de recurrir al lenguaje profético».

En ningún tiempo es buena tal presunción. Pero es sobre todo en tiempos agitados como en los que estamos, el que no quiere desviarse debe desconfiar de sí mismo y mantenerse firmemente apegado a la doctrina como la autoridad la presenta a la adhesión de nuestra mente y de nuestro corazón. Ahora bien, ¿pueden los americanistas esperar procurar a la Iglesia, por la propaganda de los principios de 89, una época de prosperidad inaudita?

La Declaración de los derechos del hombre fue condenada por Pío VI, y de ella proceden todos los errores modernos: la libertad de la persona humana con respecto a DIOS; luego, como consecuencias: la libertad de pensamiento y la libertad de prensa, la libertad de conciencia y la libertad de los cultos, la soberanía de la sociedad y su independencia de la Iglesia; la soberanía nacional o el derecho de hacer leyes que dependen no de DIOS sino de una mayoría parlamentaria. Todas estas «monstruosidades» fueron condenadas de nuevo por Gregorio XVI en su encíclica *Mirari* y por Pío IX en el *Syllabus*. No decimos que estos errores sean profesados expresamente por todos y cada uno de los americanistas, pero en ellos descansa el edificio estadounidense que presentan a la admiración e imitación de todos los pueblos civilizados.

Hablando de uno de los falsos principios sobre los que está constituida la república estadounidense, la separación de la Iglesia y del Estado, León XIII dice:

> Los católicos no pueden abstenerse demasiado de sostener tal separación. En efecto, querer que el estado se separe de la Iglesia, sería querer, por una consecuencia lógica, que la Iglesia fuera reducida a la libertad de vivir según el DERECHO COMÚN. Esta separación, es verdad, *se produce en ciertos países*. Es una manera de ser que, si tiene SUS NUMEROSOS Y GRAVES INCONVENIENTES, ofrece también algunas ventajas, sobre todo cuando el legislador, *por una feliz inconsecuencia*, no deja de inspirarse en los principios cristianos; y estas ventajas, AUNQUE NO PUEDAN JUSTIFICAR EL FALSO PRINCIPIO DE LA SEPARACIÓN, NI AUTORIZAR A DEFENDERLO, hacen sin embargo *digno de tolerancia* un estado de cosas que, prácticamente, no es el peor de todos.
>
> Pero en Francia, nación católica por sus tradiciones y por la fe presente de la gran mayoría de sus hijos, *la Iglesia NO DEBE estar puesta en la situación precaria que SUFRE en otros pueblos*. Los católicos *pueden tanto menos preconizar la separación*, cuanto que conocen mejor las intenciones de los enemigos que la desean. (Encíclica del 16 de febrero de 1892).

La libertad de pensamiento, la libertad de prensa, la libertad de conciencia, la libertad de cultos, la separación de la Iglesia y el Estado, son las grandes causas de la propagación de la indiferencia religiosa en las masas populares. Hay otra no menos eficaz, es la tolerancia, es LA TOLERANCIA de la cual la masonería hace el primero de todos los derechos y el primero de todos los deberes en el orden religioso.

Cuando esta tolerancia se manifiesta por las simpatías dadas públicamente, si no a la herejía al menos a sus promotores, causa un verdadero escándalo, en cuanto debilita en el espíritu de la multitud el respeto debido a la verdad y la aversión que toda alma derecha siente por el error. Este escándalo alcanza su máximo de perversión si es dado por sacerdotes y sobre todo por prelados.

¿Hace falta citar hechos particulares para mostrar a qué excesivos límites esta tolerancia fue llevada a veces? Cuando en Salt-Lake-City se inauguró la estatua del fundador del mormonismo, un obispo creyó poder llevar la complacencia y la tolerancia hasta asistir a esta ceremonia y bendecir el monumento. Otro, en el mismo espíritu, escribió una carta pública

para desear la bienvenida al general del Ejército de salvación.

Y no son hechos tan aislados que quepa pasarlos por alto. Un sacerdote belga que ejerce el santo ministerio en Estados Unidos, escribía en 1896 al *Courrier de Bruxelles*:

> Sufrimos aquí de lo que se llama *broad-mindedness*. No es fácil traducir correctamente esta palabra al francés o español. Así y todo, puede decirse que en general, significa: «Un liberalismo muy ancho, una *tolerancia desmedida*».
>
> Para varios de nuestros periódicos católicos, la gran virtud, el mayor mérito de un obispo o sacerdote es ser *broad-minded*, es decir que tiene las vistas anchas, que es muy tolerante para agradar a los protestantes. Si algún sacerdote más tolerante todavía se pasea por las calles brazo con el brazo al cuello de su Rev. cofrade protestante, es su ideal. Si este mismo sacerdote se deja llevar por su complacencia a predicar aún en un templo protestante en el lugar del ministro, evitando cuidadosamente lo que podría desagradar a sus oyentes protestantes y dejándoles generalmente en la mente la impresión de que después de todo la diferencia entre la religión católica y el protestantismo no es tan grande, pues allí está el modelo de un perfecto sacerdote estadounidense.
>
> De todo eso resulta una extraña facilidad de los *católicos* de entrar en ciertas sociedades secretas que, como toda religión, sólo ofrecen a sus adeptos un naturalismo algo disfrazado.

¿Este naturalismo no hace pensar en la *Alianza Israelita Universal* y en lo que se propone conseguir?

Gracias a DIOS, las cosas están lejos de haber llegado a este punto en Francia.

Y sin embargo, ¿no están algunos de entre nosotros en el camino que conduce allí?

Un periódico, aún cuando muy indiferente a las cosas religiosas, el *Journal des Débats*, hablaba en su número del 28 de septiembre de 1895 de «ciertos sacerdotes que están en la vanguardia del clero francés»; y decía respecto de ellos lo siguiente:

> Ellos creen que en la tolerancia se ha pasado a ser una de las virtudes indispensables al cristianismo para el cumplimiento de su misión *social*. Sin duda éste es un modo de hablar demasiado absoluto, demasiado preciso, y estos sacerdotes son bastante prudentes para no formular máximas generales; pero en el fondo esa es la segunda intención que los dirige

cuando toman la iniciativa de los congresos de religiones.

Tendremos que hablar de estos congresos. Traigamos aquí sólo una palabra que viene bien a nuestro asunto. El secretario de una sección del congreso de las religiones celebrado en Indianapolis, el Sr. Jones, sacó de él esta conclusión:

> Parece que por todas partes algo profundo penetre en el mundo religioso de hoy. Sin competencia de creencias, sin tener en cuenta los mojones de separación, todas las organizaciones religiosas se desarrollan fraternalmente, etc.

El Padre Charbonnel, en el artículo de la *Revue de Paris* donde presentaba el proyecto de un congreso de las religiones para celebrar en París, miraba la cosa como ya hecha. Decía:

> Parece bueno que toda la humanidad esté unida en adelante en una religión suprema, la religión de la *Paternidad de Dios* y de la *Fraternidad de los hombres*. (*Histoire d'une idée* , p. 44.)

¿Hay alguna cosa que pueda responder mejor a la desiderata de la *Alianza Israelita Universal* que el movimiento comprobado por estas palabras? ¿Y no es un deber de primer orden indicarlo para detener sus progresos desde el comienzo?

El Rev. Padre Garnier decía en 1891: «Hay que subir al tren». Muy bien, pero después de haberse asegurado de que esté bien encaminado.

Mons. Isoard dijo[24]:

> El catolicismo, al reproducir admirablemente el pensamiento de todos los siglos cristianos —el catolicismo tiene un sí mismo perfectamente constituido, absoluto, incomunicable. Es *LA religión*.
>
> Todos los esfuerzos del enemigo tienden a recortar esta personalidad y a hacer de ella *UNA religión*.

Es lo que quiere la judería, lo hemos visto; es lo que traería el americanismo, lo veremos cada vez mejor.

CAPÍTULO SÉPTIMO
LA EVOLUCIÓN RELIGIOSA SEGÚN LOS AMERICANISTAS.

En el pensamiento de sus promotores, el «catolicismo estadounidense» no es sólo un modo de entender y practicar el catolicismo en cosas contingentes y variables que sea propio a los Estados Unidos en razón de las condiciones particulares en que se

---

[24] Ver: *Le système du moins possible. — Aujourd'hui, Demain. — Nouveau dire sur le système du moins posible, et demain dans la société chrétienne.*

encuentra esa tierra. Si fuera sólo eso, no habríamos creído pertinente ocuparnos de ello.

No, su pretensión es hablar a todo el universo: «El oído del mundo está listo para oírnos, si sabemos hablarle», exclamaba Mons. Keane en el congreso de Bruselas. Y de hecho hablaron y su palabra encontró eco en todos los rincones de Francia. Ojalá dentro de todo sólo echaran en el oído del mundo lo que la Iglesia abandona a nuestras libres discusiones; pero no: como veremos, se les da por hacer oír palabras más o menos arriesgadas sobre lo que pertenece a los fundamentos mismos de la fe católica.

El Revdo. P. Klein decía en el prefacio que dio a la *Vida del P. Hecker*:

> Su obra única y original es haber mostrado las armonías profundas que atan el *nuevo estado del espíritu humano* al *verdadero* cristianismo.
>
> Las ideas americanas que preconizaba son, lo sabía, éstas que DIOS quiere encontrar *en todos los pueblos* civilizados de nuestro tiempo.

Estas ideas son antes que nada —hemos dicho— los principios del 89 más o menos aceptados en su forma abstracta, pero preconizados en su aplicación práctica.

A eso siguen ideas del todo nuevas que los americanistas han publicado y de las que esperan maravillas para el mayor bien de la Iglesia y del género humano.

La primera, la más fundamental de estas ideas, aquella de donde se deducen todas las demás, es que actualmente se está haciendo en el mundo una EVOLUCIÓN en la que debe participar el cristianismo para atarse al nuevo estado del espíritu humano en todos los pueblos civilizados de nuestro tiempo.

Mons. Ireland dijo en su discurso *LA IGLESIA Y EL SIGLO*:

> Los tiempos son solemnes. En ninguna época de la historia, desde la época cristiana, se vieron cambios tan profundos e importantes. Se está efectuando en la esfera de la actividad humana una revolución completa. Los descubrimientos y las invenciones nos han abierto un nuevo mundo material. Las condiciones sociales y políticas han sido transformadas. El deseo de conocer es intenso, y el ojo horadante de la inteligencia penetra hasta los abismos misteriosos de la tierra y el cielo. La ambición del espíritu, inflamada por los éxitos maravillosos de todo el campo de los conocimientos humanos, ha levantado vuelo con

más audacia y niega que pueda haber límite para su saber. El corazón humano se deja llevar por los sueños más extraños; se consume en esfuerzos desesperados por destruir todas las barreras opuestas al cumplimiento de sus deseos. ¡Novedad! tal es la contraseña de la humanidad, y renovar todas las cosas es su firme resolución. Este fin ha agotado todas sus actividades, actividades cuyo tipo tenemos, dondequiera que se ejerzan, en el vapor y en la electricidad, las fuerzas nuevas de los cuerpos.

El momento es oportuno para los hombres de talento y carácter entre los hijos de la Iglesia de DIOS. Hoy la rutina del tiempo antiguo es fatal; hoy los medios ordinarios sienten a la decrepitud de la vejez; la crisis pide cosas nuevas, cosas extraordinarias; y a esta condición la Iglesia registrará la mayor de sus victorias en el mayor de los siglos históricos.[25]

Tales palabras son embriagadoras, y sería fácil nombrar a los publicistas y oradores que se han embriagado de ellas.

¿Pero qué es esta novedad, esto extraordinario que hace falta a la Iglesia para contestar a las condiciones nuevas de los espíritus y del mundo? ¿Dónde encontrarlo indicado?

El Revdo. P. Klein contesta a esta pregunta en el prefacio que prestó a la *Vida del P. Hecker*. Nos dice dónde «los hombres de talento y carácter entre los hijos de DIOS» podrán encontrar la guía que los llevará por caminos nuevos que pide el tiempo presente, para dirigir luego a los demás. Está en la *Vida del P. Hecker*.

Ni un libro publicado desde hace cincuenta años proyecta una luz más viva sobre el estado presente de la humanidad o sobre la EVOLUCIÓN RELIGIOSA del mundo [que esta *Vida*]. … El P. Hecker ha trazado y resuelto en él el ideal del sacerdote para el *porvenir nuevo de la Iglesia*.

Observamos en primer lugar que en esta respuesta hay una palabra, la palabra *evolución*, que se encuentra a cada instante en los labios o en la pluma de los americanistas, aunque suene mal cuando se pasa a aplicarla a la religión, al cristianismo, a «su adelanto interior», y a «su progreso en el mundo.»

Porque como veremos en los capítulos siguientes, la evolución que los americanistas anuncian en la Iglesia y a la que quieren ayudar es

[25] Discurso pronunciado en la catedral de Baltimore el 18 de octubre de 1893 en ocasión del 25º aniversario de la consagración episcopal del cardenal Gibbons.

doble: una se refiere a la propagación de la fe, la otra al progreso espiritual de sus hijos.

En el orden de las cosas naturales, la evolución es un sistema científico inventado por quienes quieren explicar el mundo, la existencia de las cosas, su variedad, su orden y la vida, fuera de DIOS y de su acción creadora y conservadora. No todos se sirven de dicha palabra en este sentido tan feo: hay cristianos que, aún empleándola y conservando algo del sistema, ponen la creación en el origen de las cosas y reconocen la acción de la Providencia durante los tiempos.

Sin embargo transportar el evolucionismo en el orden religioso es un atrevimiento que podría ser calificado «ofensivo de los oídos piadosos». Pero dejemos la palabra y veamos la cosa; porque si en boca de quienes la usan se entendiera en el sentido en que san Vicente de Lérins habla del progreso religioso, no habría nada que decir. Este santo dice:

> ¿Hay en la Iglesia de CRISTO un progreso religioso? Desde luego, hay tal progreso, y es grande; ¿y qué hombre sería bastante enemigo de los hombres, bastante enemigo de DIOS para quererlo impedir? Pero que sea tal, que sea verdaderamente *un progreso* y no *un cambio*. Hay progreso cuando una cosa se desarrolla en sí misma; hay cambio cuando una cosa deja de ser ella misma y se hace otra. ¡Crezcan entonces, que hace falta, progresen grande y rápidamente con el curso de las edades la ciencia, la inteligencia, la sabiduría de todos y de cada uno, de cada hombre y de toda la Iglesia! Pero que progresen en su naturaleza propia, es decir en la unidad de la doctrina y de la fe……
>
> … Que la doctrina de la Iglesia obedezca —hace falta— a esta ley del progreso; que se consolide con los años, que se desarrolle con el pasar del tiempo, que se ahonde con las edades, pero que permanezca siempre una, pura, incorruptible… Es muy legítimo que con los progresos de los tiempos los dogmas antiguos de la ciencia divina se estudien y trabajen; pero cambiarlos, truncarlos o alterarlos sería un crimen. Que crezcan en evidencia, en demostraciones, en claridad científica, pero que no pierdan nada su primera integridad…
>
> ¡Oh Timoteo! ¡oh sacerdote, oh teólogo! oh doctor… no enseñes nada que no hayas aprendido: lo nuevo en el lenguaje, lo antiguo en la doctrina, *eadem qua didicisti doce, et cum dicas nove, non dicas nova*.

¿Es un progreso entendido así el que los americanistas ansían? Si fuera así, habrían desacertado eligiendo la palabra *evolución* para expresar su pensamiento, en lugar de atenerse sencillamente a la palabra *progreso*. El Sr. Ferdinand Brunetière dice:

> Para quien se jacta de hablar con algo de precisión, la palabra representa o resume todo un conjunto de ideas; y la peor confusión que pueda darse es tomarla (la evolución) por sinónimo o equivalente, aún aproximado, de las palabras movimiento o progreso. Quien dice progreso dice continuidad, y… quien dice evolución dice precisamente lo contrario. «Mi teoría, decía Darwin, *no supone ninguna ley fija de desarrollo*». La idea de progreso implica la estabilidad del perfeccionamiento adquirido…. La idea de evolución no implica nada semejante, y *está en su esencia que sus resultados sean siempre móviles* y cambiantes…. La idea central, la idea sustancial de la evolución, es, según Herbert Spencer, «el paso de lo homogéneo a lo heterogéneo.[26]

Ahora bien, el paso de lo homogéneo a lo heterogéneo no puede realizarse sin que haya un cambio profundo y esencial en el ser modificado.

¿Es éste el cambio que los americanistas —al menos algunos entre ellos— predicen, ansían, declaran necesario en la Iglesia de JESUCRISTO y en su dogma?

Por mucho que uno recorra sus libros, discursos y artículos de periódicos: su pensamiento no trabaja por esclarecer lo sencillamente creído ni precisar lo vagamente enseñado; no. No se ve por ningún lado esta preocupación. Por el contrario, sus palabras y sus textos sólo pueden comprenderse propios de un verdadero evolucionismo.

Como la observaba muy bien el *Journal des Débats* en su número del 28 de septiembre de 1895, «son bastante prudentes para no formular máximas generales», «para no hablar de un modo demasiado absoluto y demasiado preciso». No hacen una sola tesis distintamente formulada y claramente deducida: ellos mismos, si procedieran así, sin duda aborrecerían su doctrina, ya que la verían aparecer a sus ojos en su desnudez. Pero, no obstante mil rodeos y atenuaciones envolventes, se hace fácilmente perceptible al examen cercano de sus discursos y textos cuál es el pensamiento que los inspira en el fondo, y sobre todo

---

[26] *La Doctrine évolutive et l'Histoire de la Littérature. Revue des Deux-Mondes*, febrero de 1898.

qué ideas y sentimientos deben difundirse en las mentes y corazones de quienes los escuchan o los leen.

Pero hay algunos que se muestran más audaces.

Aquí estos temerarios no temen presentar el paganismo que evoluciona hacia el cristianismo por los sabios que «DIOS ha suscitado», y que no eran para nada «enviados del demonio encargados de hacer abandonar la verdad y hacer abrazar el error». «(*Discurso del Congreso científico de Bruselas; y, del mismo autor, discurso en el Congreso de las religiones*.)

Allí, muestran el cristianismo saliendo del paganismo por una evolución casi necesaria:

> sin la notable evolución social y religiosa que se produjo en el paganismo a lo largo del primero y el segundo siglo de nuestra época, la Iglesia nunca habría podido convertir el imperio romano; mientras que estando preparadas así los caminos, esta conversión se hizo INEVITABLE. (*Romanus*, en la *Contemporary Review*.)[27]

En otra parte, muestran el cristianismo evolucionando de siglo en siglo:

> La Iglesia, a lo largo de los diecinueve siglos de su existencia, ha tenido que sufrir la influencia, no sólo de muy diversas condiciones materiales que la rodeaban, sino también de medios intelectuales muy diferentes que la han modificado profundamente (*Ídem, ibídem*).

Esto es verdad, con tal que se lo entienda de modificaciones que no dependen de la esencia del dogma, la moral y el culto. Pero el autor va más lejos:

> Creencias que nos parecen asombrosas en su bárbara ingenuidad tuvieron su lugar necesario en la Iglesia del siglo noveno, lo mismo que en el siglo decimotercero tuvieron su lugar creencias respecto al espacio que miramos ahora como absurdamente estrechas.

Que faltaran en el siglo noveno y aún en el decimotercero los conocimientos científicos disponibles hoy, es absolutamente verdadero. ¿Pero en qué sentido estos errores, en el orden de las cosas naturales, tenían SU LUGAR NECESARIO EN LA IGLESIA? ¿Y cómo puede formularse una tal proposición, sino porque la mente de donde sale confunde lo natural y

[27] El artículo de *Romanus*, que puede leerse entero en el libro del P. Maignen, *¿El. P. Hecker es un santo?*, es, como observa el autor de este libro, la SUMA de las ideas del americanismo.

sobrenatural al punto de hacer de lo uno y lo otro una sola y misma cosa, y que esta cosa la ve evolucionar y desarrollarse regular y *necesariamente* desde el comienzo del mundo hasta nuestros días y más allá? La prueba de ello es que en esos términos habla absolutamente del dogma mismo, y con una seguridad que pasma. Dice que

> no puede suponerse que un hombre de los tiempos apostólicos se sirviera del lenguaje de los tiempos actuales en su enseñanza sobre la naturaleza del Cristo, o hasta comprendiera la doctrina de la Trinidad como está expresada en el *Credo* de Atanasio.
>
> Del mismo modo, ¿habrían podido [los hombres de los primeros siglos] hablar de la transubstanciación o hasta tener la idea de ella?

Y además:

> ¿Es más creíble que la devoción a Nuestra Señora haya tenido lugar en la religión de san Pablo? (*Id., ibídem.*)

Pregunta cómo no dejarán de modificarse en el porvenir los dogmas; pregunta por qué medios se los hará sufrir estas modificaciones, y añade que él y los suyos no dan todavía todo su pensamiento al respecto:

> El católico liberal comprende bien la necesidad de *cierto tiempo de reticencia* y de un cuidado escrupuloso en cuanto a su manera de promulgar verdades nuevas que afectan la religión.

Pero el tiempo de las reticencias no durará siempre:

> La doctrina moderna de la evolución considerada con espíritu teísta, allana y aparta todas las dificultades mostrando cómo han servido *providencialmente* para el advenimiento del bienestar espiritual de la humanidad los errores parciales e inevitables.[28]

En términos claros eso quiere decir: DIOS es autor del error como de la verdad: el primero precede la segunda, y la segunda nace del primero *providencialmente*. Es el efecto de la gran ley de la evolución que rige todo en el mundo, y a la que la religión está sometida como todo el resto.

¿Puede herirse más profundamente y destruirse más radicalmente la fe cristiana?

Escuchemos más, y aprenderemos qué deberes la evolución impone a la Iglesia ahora:

---

[28] Para más desarrollos sobre esta cuestión de la evolución religiosa tal como la entienden los americanistas, ver *¿El Padre Hecker es un santo?* por el Padre Maignen, cap. VI, VII y VIII.

> La Iglesia, como todo ser viviente dotado de buena salud, ha sufrido y tendrá que sufrir un continuo progreso de desarrollo. Siendo así, sería realmente calamitoso si debiera quedarse siempre imbuida del espíritu de una edad que murió y pasó hace mucho tiempo y si se obstinara en difundir este espíritu cuando el mundo ha entrado en un nuevo período cuyo pensamiento se ha hecho completamente extraño a creencias y maneras de ver tan primitivas. En la opinión de los católicos liberales es una cuestión de vida o de muerte mantenerse en contacto con todo lo que hay de mejor y de más elevado en cada lustro sucesivo. (*Id., ibídem.*)

Tenemos aquí el pensamiento último del sistema y los proyectos secretos del partido, la meta que persigue, el fin al que quiere llegar: Nosotros, católicos liberales, tenemos la inteligencia de los tiempos. La sacamos de la doctrina de la evolución que nos enseña lo que será en lo que fue y en lo que es; a la Iglesia toca escucharnos y seguirnos: que piense hacerlo así, que es para ella una cuestión de vida o muerte. Es menester que abandone el espíritu que la ha guiado hasta aquí, espíritu de una edad hace mucho tiempo pasada y muerta. ¡Desgraciada de ella si se obstinara en guardarlo!

Veremos en los siguientes capítulos en qué y cómo, según estos americanistas, la santa Iglesia debe modificar su espíritu, el espíritu que desde hace diecinueve siglos anima a los hijos de DIOS. Los oiremos decirnos que si ella los escucha, en lugar de la muerte que la amenaza, verá producirse a la vez su adelanto en el interior y su expansión en el exterior. Examinaremos el valor de estas promesas.

Estas cosas no pueden callarse, aunque cueste mucho decirlas. Hay necesidades que se imponen. Como otros lo han dicho ya, es tiempo de que los verdaderos fieles y los verdaderos sacerdotes sepan adónde se pretende conducirlos, y en qué desfiladeros arriesgan meterse prestando oídos demasiado complacientes a quienes aportan entre nosotros los ecos más o menos debilitados o atenuados de estas bellas doctrinas.

Se los oye en revistas calurosamente recomendadas en el Congreso eclesiástico de Reims, y que están redactadas, al menos en parte, por los hombres más honorables que hay y animados de las mejores intenciones —quiero suponer—, pero que siendo universitarios están imbuidos del espíritu que lleva este nombre,

pariente del espíritu americanista. El veneno no se presenta en esas revistas bajo su color propio, como en *Romanus*: eso mismo sólo lo hace más peligroso.

También es esta parte del clero la que bajo pretexto de consagrarse a la democracia forma un partido en la Iglesia[29], y la que en sus conferencias y textos manifiesta sin cesar sus aspiraciones hacia el PORVENIR.

> El porvenir, sí, el porvenir está, y es una hermosa tarea prepararlo. En las filas del sacerdocio tenemos que armarnos el corazón de valor; sin enfeudarnos a aquel pasado, por venerable que sea, donde dejamos amigos y disgustos, santos y augustos recuerdos; tenemos que desatarnos de lo que fue y trabajar por lo que será.

No habría nada demasiado censurable en estas palabras si los demócratas no expresaran por todas partes estas aspiraciones como derivadas de la doctrina de la evolución. Cuando los americanistas de aquí y allá nos hablan del porvenir, del «porvenir nuevo de la Iglesia» y de «su marcha hacia adelante» y de «su nueva fase» y de «los tiempos que empiezan», etc., etc., desconfiémonos de estos empujones y, antes de abandonarnos a su impulso, veamos de dónde vienen y adónde llevan.

En el Congreso de las religiones de Chicago hubo un discurso pronunciado por uno de los jefes del americanismo, que él tituló *La religión final, The ultimate religion*. En este discurso se decía:

> Las religiones son sistemas para llegar regular o irregularmente a este gran fin: la unión del hombre con Dios.

Imposible marcar mejor la marcha y el término de la evolución religiosa. Pero este término —téngase cuidado— no es muy diferente del que la *Alianza Israelita Universal* asignó a sus propios esfuerzos.

CAPÍTULO OCTAVO
CÓMO QUIEREN PROCURAR LA EXPANSIÓN EXTERIOR DEL CRISTIANISMO LOS AMERICANISTAS

Anunciando en la *Quinzaine* la *Vida del P. Hecker*, Don Klein la presentó a sus lectores como el libro más propio para hacerles comprender «la evolución actual de

[29] Decir que los sacerdotes demócratas son discípulos de los jefes del americanismo es decir algo de lo que ellos mismos se glorifican. Ver entre otras pruebas el libro del P. Naudet, *Vers l'Avenir*, páginas 57-62; el libro de M. Felix Klein, *Nouvelles tendances en religion et en littérature*, pp. 73-79: «Las palabras de vida y de porvenir, dice M. Klein, nos vienen hoy de los Estados Unidos (p. 122)»; —y también la *Histoire d'une idée* del P. Charbonnel, pp. 30-32.

la humanidad» y la naturaleza «de los estudios y reformas que las nuevas condiciones del mundo, una vez bien comprendidas, *imponen, sin resistencia posible*, a todos los que quieren promover el *ADELANTO INTERIOR Y LA EXPANSIÓN EXTERIOR del cristianismo*». «Ni un solo libro publicado desde hace cincuenta años —añadía— proyecta una luz más viva sobre el estado presente de la humanidad o sobre la EVOLUCIÓN RELIGIOSA del mundo, sobre las relaciones íntimas de Dios con el alma moderna o sobre las condiciones actuales del progreso de la Iglesia. (Prefacio.)

Que el progreso en el interior como en el exterior sea deseable en la Iglesia como en toda institución, lo hemos reconocido con san Vicente de Lérins. Que todo progreso, toda marcha hacia adelante, en todo orden de cosas, exija estudios, y a menudo aún reformas —es decir el sacrificio de las cosas que dejan de ser útiles o que hasta han sido deformadas y corrompidas por la acción del tiempo— nadie lo contradecirá. Que en la Iglesia estas reformas deban estudiarse según la evolución de la humanidad, eso puede decirse todavía. Que deban modelarse según esta evolución humana con el objeto de conseguir una evolución religiosa correspondiente, parece sentencia poco aceptable; pero dejemos la sentencia y vayamos a la cosa.

¿Cuáles son pues, al sentir de los doctores del americanismo, las reformas que se imponen actualmente *sin resistencia posible* a todos los que quieren promover 1º. el adelanto interior y 2°. la expansión exterior del cristianismo? Es lo que tenemos que preguntarles en este capítulo y los sucesivos. Los oiremos decirnos en primer lugar cuáles son, a su sentir, las condiciones actuales del progreso de la Iglesia en el exterior o de su expansión en el mundo, luego qué cambios «la evolución actual del mundo» debe aportar «en las relaciones íntimas de DIOS con el alma moderna» para procurar «el adelanto interior del cristianismo.»

Aunque la jerarquía católica esté sólidamente establecida, puede decirse que Estados Unidos es todavía un país de misión; el clero católico está por así decir ahogado en medio de una población inmensa enardecida —como acaso ningún otro pueblo lo haya estado jamás— en la persecución de las riquezas de este mundo. La mayoría son indiferentes a sus intereses eternos: otros, entregándose a todo viento de

doctrina, son presa de todas las aberraciones religiosas posibles.

Basta decir que el proselitismo se impone allí más que en otra parte; y debe hacerse esta justicia al P. Hecker: reconocer que el celo apostólico fue la pasión de su vida y la causa determinante de la creación de la Congregación de los Paulistas.

Este celo —parece— debería dirigirse en primer lugar a los inmigrantes católicos, para mantenerlos en la fe de su bautismo y primera comunión. El párroco estadounidense de que hemos hablado ya, escribía en la carta que hemos citado:

> Si todos los emigrantes católicos a los Estados Unidos con sus descendientes hubieran permanecido fieles a su fe, los católicos deberían contarse por el número de alrededor de veintiséis millones, mientras que en realidad no hay más que alrededor de diez millones.

El celo del P. Hecker y sus discípulos se dirigió a otra parte: como protestante convertido que había pertenecido a todas las sectas religiosas y políticas, se volvió hacia sus antiguos correligionarios para traerlos al redil donde había tenido la dicha de entrar él mismo. Nadie pensará en censurárselo: en la Iglesia de DIOS hay diversidad de vocaciones y dones.

No sólo se aplicó a la conversión de los protestantes y aplicó a ello su Congregación, sino que en su celo creyó tener por deber estimular a la Iglesia entera y hasta trazarle nuevas vías de apostolado para llegar más prontamente a la realización del voto de Nuestro Señor: unidad de rebaño, en un mismo redil, bajo un solo Pastor.

Estas vías nuevas, ¿conservan en su novedad la rectitud necesaria? Es lícito dudarlo. El P. Hecker decía

> Yo querría abrir las puertas de la Iglesia a los racionalistas; me parecen cerradas para ellos. Siento que soy el pionero que abrirá el camino. Me colé en la Iglesia como de contrabando. (Pág. 348.)[30]

Su biógrafo, explicando estas palabras, añade:

> Él habría querido ABOLIR LA ADUANA, hacer la entrada de la Iglesia fácil y ancha a todos los que habían conservado sólo su razón por guía.

Mons. Keane no habla de otra manera. En un artículo publicado en

---

[30] Ver en *Vie du P. Hecker*, p. 147-150, cuán cierto es que él y Brownson efectivamente se colaron en la Iglesia Católica.

el *Boletín del Instituto Católico de París*, decía:

> Puesto que un rasgo distintivo de la *misión de Estados Unidos* es, MEDIANTE LA DESTRUCCIÓN DE LAS BARRERAS y hostilidades que separan las razas, el retorno a la unidad de los hijos de Dios divididos por mucho tiempo, ¿por qué algo análogo no podría hacerse en lo que concierne a las divisiones y hostilidades religiosas? ¿Por qué no desembocarían los congresos de las religiones en un congreso internacional de las religiones donde todos vendrían a unirse en una *tolerancia* y una caridad mutuas donde todas las formas de religión se levantarían juntas contra todas las formas de irreligión?

Y en su discurso en el Congreso científico internacional de los católicos de Bruselas (septiembre de 1894), él mismo, después de dar «al mundo entero» la lección de patriotismo que hemos referido ya, añadía:

> Había la misma lección para dar en el terreno religioso… ¡La religión es la caridad! Aun cuando no podíamos entendernos sobre las creencias, ¿no era posible entenderse sobre la caridad? Sería ya gran cosa dar esta lección *aún a los cristianos*: que, *para amar a Dios*, no es necesario odiar al propio hermano *que no lo ama como nosotros*; que, para ser fiel a su fe, no es necesario quedar en guerra con QUIENES COMPRENDEN LA FE DE OTRA MANERA QUE NOSOTROS.

«Desear el retorno a la unidad de los hijos de DIOS» está bien —todos los buenos cristianos expresan por lo menos dos veces al día este deseo: *¡Adveniat regnum tuum!* Trabajar es mejor, es la misión que Nuestro Señor JESUCRISTO dio a todos los sacerdotes: *¡Prædicate evangelium!* Y es por esto que las puertas de la Iglesia deben permanecer siempre abiertas no sólo a los cismáticos y herejes, sino también a los infieles y racionalistas, para que puedan ser recibidos… pero no colarse.

Nunca fueron admitidos a penetrar «quienes han conservado sólo su razón por guía» ni «quienes comprenden la fe de otra manera que nosotros», aún cuando pretendieran amar a DIOS como nosotros. La profesión de la fe católica, entera y sincera, pura y simple, siempre fue y será exigida por la *aduana*, o mejor dicho por los centinelas que DIOS puso en las puertas de su ciudad. Hay *barreras* que no pueden bajarse. Pedir *abolir esta aduana* y *destruir estas barreras*, es entrar verdaderamente en caminos totalmente nuevos, totalmente diferentes de los seguidos hasta aquí; es pedir a la

Iglesia de DIOS asemejarse a todas las sectas que aceptan todo lo que viene, sin condición ninguna, como que no tienen ninguna fe bien definida para proponer.

Y al mismo tiempo, es hacer los negocios del «Israelitismo liberal y humanitario». Él también aconseja a los suyos «deshacerse de todo lo que impide al judaísmo *HACERSE ACEPTAR, para no faltar al proselitismo que deben ejercer*» (*Arch. Isr.*, p. 448, año 1867). Él también recomienda «*hacer caer las barreras* que separan lo que debe reunirse un día.» (*Arch. Isr.*, xxv, 514-520.) Y eso para el adelanto de la gran obra en vista de la cual «deben unirse todos los hombres ilustrados, sin distinción de culto».

> ¡Hermoso día el que verá a todos los hombres, sin distinción de origen religioso, reunidos en el mismo recinto; todos los *corazones colmados de los mismos sentimientos de amor, desahogándose delante del mismo Dios*, padre de todos los seres; donde todos serán alimentados de los mismos principios de virtud, moral y religión: *los odios de las sectas desaparecerán*, y la armonía reinará sobre la tierra! Marchemos por este camino, firmes y resueltos.» (*Archivos Israelitas*, XIV, p. 628-629, año 1886).

Desde luego no queremos decir, ni nadie puede pensar, que los americanistas acaricien los mismos proyectos que los Judíos de la *Alianza Israelita Universal*, pero serán muy ciegos si no acaban por ver que las ideas que siembran y los actos que cumplen son idóneos para encauzar a los cristianos hacia esta religión vaga donde

> cada uno, siguiendo su conciencia, conservará las prácticas del culto rendido al Dios único e inmaterial, o las reformará según los principios de un Israelitismo liberal y humanitario.

¿Quien no notará, aquí también, entre el programa del Israelitismo y las palabras del P. Hecker, una consonancia extraña? Su biógrafo dice:

> Sabía bien que el estadounidense no católico aspira a tratar con Dios con el mínimo posible de socorros exteriores. *Llegar a Dios por la propia actividad espiritual sola, sin detenerse en mojones más o menos humanos*, tal era su ambición de alma. No encontraba satisfacción religiosa más que en una vida espiritual donde pudiera tratar directamente con DIOS, su Verbo inspirado, su Espíritu Santo. (p. 336).

No contentos con proponer para la incorporación de los disidentes procedimientos muy nuevos, los

americanistas proponen otros no menos nuevos para mantener en la Iglesia —se podría decir casi a pesar de ellos— a aquellos a quienes hasta ahora Ella siempre y sin falta ha rechazado de su seno, con dolor pero con diligencia.

Siempre, en todas las épocas, se levantaron en la Iglesia nuevas herejías, y siempre estas herejías sirvieron para poner el dogma católico en una luz más resplandeciente.

¿Cómo se consiguió este resultado? Por la polémica. Los doctores, combatiendo el error, hicieron brillar la verdad.

Eso debe cambiarse en adelante. El orador ya citado del congreso de Bruselas decía:

> No es por la *polémica*, sino por *la irénica* que llegaremos a un resultado.

Para quienes no saben griego, digamos que la primera palabra denota lucha y discusión, y la segunda, paz, tolerancia y conciliación. Así pues, según los americanistas, para llegar a hacer de todos los hombres un solo rebaño en un mismo redil, es menester evitar en adelante toda polémica. La discusión con los innovadores hasta ahora ha multiplicado las divisiones y separaciones, los cismas y herejías; en adelante la tolerancia, los besos de paz, mantendrán a todas las ovejas en el redil del Padre de familia. —Quizás. ¿Pero qué ovejas? ¿Y no se habrán ocupado pronto de contaminar el rebaño?

¿Y hasta donde deberá ir esta tolerancia? Romanus nos lo va a decir:

> El progreso de las ciencias físicas trae necesariamente consigo cambios en la creencia…
>
> Hay probablemente muy pocos decretos *ex cathedra* que no puedan ser eludidos por uno u otro de estos procedimientos: ingenio de los teólogos en probar por razones convincentes que tal decisión molesta, por algún vicio de forma, está desprovista de fuerza obligatoria, o bien que el significado real de esta decisión es completamente contrario a lo anteriormente supuesto o aceptado, o también contrario al que parece ser su verdadero significado. (*Contemporary review*.)

Hacer retroceder el dogma a medida de las pretensiones de la ciencia, sacrificarle también los decretos *ex cathedra*: acaso ése sería, efectivamente, el medio de tener un catolicismo numéricamente más extenso que la Santa Iglesia, pero este catolicismo ¿sería otra cosa que la «religión universal» soñada por la *Alianza Israelita*?

¿Nos quedará al menos la moral? ¡Oh sorpresa! en cuanto a ella, sí quieren guardarla.

> Dada la absoluta persuasión del estadounidense de que su país está destinado a producir un estado social superior a lo visto hasta aquí, *lo primero que pide a una religión* es mostrar de qué es capaz en este orden de cosas [formar las virtudes *naturales y sociales*].
>
> El pueblo estadounidense presta poca atención a las cosas abstractas [como los dogmas]; *es el resultado lo que considera en* LA MORAL. (Introducción a la *Vida del P. Becker*, p. XLV.)

Pero en cuanto la moral es independiente del dogma, es lícito a cada uno entenderla a su modo. Y los deseos de la *Alianza Israelita Universal* se cumplirán aquí también. Cada uno gozará de «la libertad *práctica*» que los *Archivos Israelitas* anunciaban en 1868 que sería el patrimonio de todos los que adoptarían *«la religión universal»* en donde «ninguna conciencia sería perturbada».

Quienquiera que haya leído la historia no puede asombrarse de tales aberraciones; y los demás deben acordarse de la palabra de Nuestro Señor: «Es necesario que vengan escándalos». Son necesarios por la misma razón que todos los demás males: para la formación, la prueba y el perfeccionamiento de los elegidos.

Por otra parte obsérvese que las proposiciones que hemos reproducido están presentadas aquí a los ojos del lector en su crudeza. No tienen el mismo aspecto en los textos de donde están sacadas. Allí están rodeadas, envueltas de otras proposiciones aceptables, algunas incluso muy atractivas que reflejan su lado brillante sobre los errores que acarrean, y esconden su lado defectuoso a los ojos del lector desatento, quizás incluso a los ojos del autor. Seducido el primero por el espejismo de sus palabras, de la mejor fe del mundo seduce a los demás.

Es por eso que es necesario desgajar estas proposiciones, mostrarlas en su desnudez, y decir: ¡Ved lo que son!

CAPÍTULO NOVENO.
EL CONGRESO DE LAS RELIGIONES.

Hemos visto que en el pensamiento de los americanistas la Iglesia está demasiado cerrada a los disidentes y que el gran medio para procurar la expansión exterior del catolicismo es suprimir las aduanas, bajar las barreras y ensanchar las

puertas —en una palabra apartar todo lo que pueda disuadir de entrar entre nosotros a aquellos «que han guardado sólo su razón por guía» o «que comprenden la fe de otra manera que nosotros.»

Para la realización de esta idea se han imaginado los congresos de las religiones, así definidos por el promotor del que se tenía propuesto celebrar en París durante la exposición de 1900:

> Una reunión de los representantes de todas las religiones del mundo en la que *la idea religiosa*, bajo su *forma más general*, se defendería y celebraría *por el beneficio moral* que trae a la *humanidad religiosa*»…
>
> De esta manera, *las religiones se miran del lado del hombre*. Se consideran menos como doctrinas abstractas y más como un alimento de la personalidad moral, y NO SE TRATA TANTO DE CREDO Y DE VERDAD COMO DE ALMAS CREYENTES Y SINCERIDAD.

Entonces no más *Credo*, no más verdades reveladas: *una idea*, y además una idea en *su forma más general*; esto es a lo que los congresos de las religiones deben llevar la religión. Pues si se quiere precisar la idea religiosa, se despertará la *polémica*, una vez más la religión no será más «la caridad», se verán reaparecer «las divisiones», renovarse «las hostilidades religiosas» y «los odios sectarios.» Apartemos pues los dogmas y no consideremos la religión más que del lado del hombre y del beneficio que la idea religiosa puede aportarle.

Se concibe que después haber trazado este programa, el promotor del congreso de París haya añadido:

> Es la Iglesia católica —todos lo sienten así— quien deberá hacer para esta gran idea del congreso universal de las religiones las concesiones más generosas.

¡Ay! sin duda, ella sola tiene dogmas inmutables, ella sola tendría que rebajarse, o más bien aniquilarse. El autor de estas líneas, Don Charbonnel, quería dar la seguridad de que «esta generosidad (!) tendría su retorno».

Que no se objete que este programa es el de un apóstata. No solamente Don Charbonnel era todavía sacerdote cuando lo trazó, sino que después de trazarlo recibió las adhesiones que se leerán en los documentos y fue reconocido indiscutiblemente como organizador del congreso proyectado.

Mons. Keane había dado de estos congresos aproximadamente la misma idea en el *Boletín de Instituto católico de París* con palabras que hemos citado ya, al

menos en parte, y que conviene releer aquí:

> Puesto que un rasgo distintivo de *la misión de Estados Unidos* es, por la destrucción de las barreras y hostilidades que separan las razas, la vuelta a la unidad de los hijos de DIOS divididos por mucho tiempo, *¿por qué algo análogo no podría hacerse en lo que concierne a las divisiones y hostilidades religiosas?* ¿Por qué los congresos religiosos no desembocarían en un *congreso internacional de las religiones* donde todos vendrían a unirse en una *tolerancia* y una caridad mutuas, donde *todas las formas de religiones* se levantarían juntas contra todas las formas de irreligión?

El primero de estos congresos —esperemos que también el último— tuvo lugar en Chicago. «Había allí —dijo Mons. Keane— representantes del universo entero. Habían venido de India, China, Japón, Persia, Palestina, del mundo entero». Las instantáneas fotográficas tomadas muestran sobre la tarima a popes, muftíes, bonzos, incluso mujeres, y una presidió cierta sesión. Se ve también a sacerdotes o prelados católicos y a representantes de las innumerables sectas protestantes de Estados Unidos. El congreso duró diecisiete días, del 11 al 28 de septiembre de 1893.

> Estuvieron consagrados al estudio de estas cuestiones de orden antes filosófico que teológico sobre las cuales confucianistas, sintoístas, griegos ortodoxos, cristianos de Armenia, protestantes, librepensadores, se hicieron por turnos los intérpretes de las doctrinas que representaban.

El informe oficial fue publicado en dos gruesos volúmenes de alrededor de 1600 páginas cada uno. El lugar que ocupan los católicos es muy pequeño.

El P. Elliot presentó «un ensayo *sobre la naturaleza íntima y los fines de la religión*, en que se podía distinguir fácilmente las enseñanzas y el espíritu de su maestro, el erudito y amable P. Hecker.»

Mons. Ireland pronunció un discurso sobre las armonías de la religión católica con el estado actual de la vida moderna.

El asunto tratado por Mons. Keane fue *la Religión final, «The ultimate religion».* Título extraño, que hace pensar en los neocristianos y también judíos de la *Alianza Israelita Universal*, que persiguen unos y otros —lo hemos visto— el proyecto de establecer por encima de todas las religiones una religión *definitiva*, donde ya no se tratará tanto de credo y de verdad cuanto de almas creyentes y de sinceridad.

Mons. Keane dijo de los «cinco mil hombres» que lo oyeron: «¡Si Uds. los hubieran visto echarse sobre mí para agradecerme!» Y más adelante: «Estos aplausos formaban un *consolador contraste con el sospechoso y sectario rencor que llenó tan tristemente la historia de la religión en los siglos pasados*.»

El prelado veía sin duda en esta ovación la demostración resplandeciente de la superioridad de *la irénica* sobre *la polémica* en el apostolado. Pero si los Padres y Doctores de la Iglesia no hubieran «llenado tristemente la historia de la religión» de sus luchas contra el error, ¿nos habrían transmitido la fe en su integridad y mantenido a la Iglesia en la pureza inmaculada de la doctrina de CRISTO? ¿Dónde estaríamos nosotros si hubieran dado un abrazo a Pelagio, a Arrio, a Lutero y a tantos otros, verdaderos «¿sectarios», éstos? Acaso ellos sean de quienes el mismo orador dice en el mismo discurso:

> Hombres de buena fe y ardientes han encarnado buenas y nobles ideas en organizaciones separadas de su creación. ACERTABAN EN SUS IDEAS; DESACERTABAN EN SU SEPARACIÓN.

Así pues, la Iglesia habría debido no rechazarlos de su seno y acoger sus ideas. El advenimiento de «la Jerusalén de nuevo orden» habría recibido un singular adelanto.

Al cierre, un ministro protestante, el Revdo. Barrows, exclamó con aire de triunfo:

> Nuestras esperanzas han sido realizadas y más también, los principios según los cuales se condujo este Congreso han sido puestos a prueba e incluso *de vez en cuando tensados al extremo*, pero no han cedido… Hemos aprendido que la verdad es grande y que la Providencia ha preparado *más de un camino* por donde los hombres pueden emerger de las tinieblas a la celestial luz… Espero que se acuerden de Chicago, no como el hogar del más grosero materialismo, sino como un templo donde los hombres aman el ideal más sublime.

Por lo ya dicho conocemos suficientemente este ideal y cuáles son los primeros autores.

El informe oficial fue resumido por el Sr. Bonet-Maury, profesor de la Facultad de teología protestante, en un libro: *El Congreso de las religiones de Chicago de 1893*. He aquí la conclusión:

> Es difícil medir en el acto el verdadero alcance de los acontecimientos de que somos testigos, pues estamos propensos a exaltarlos o denigrarlos siguiendo los sentimientos que nos inspiran.

> Es lo que pasó en el primer Congreso de las religiones. Unos lo saludaron como el Pentecostés del nuevo espíritu de fraternidad que debe animar a los hombres; otros, al contrario, no vieron más que una vana tentativa por *hacer la síntesis de las religiones sobre la base de una moral común y de un vago sentimentalismo religioso*. En cuanto a nosotros, esperamos haber persuadido a quienes nos hayan leído atentamente que no fue ni lo uno ni lo otro; pero sí un *concilio ecuménico de las religiones históricas que intentó entenderse sobre ciertos principios morales y religiosos comunes* para una acción de conjunto contra adversarios comunes. A este título, es, a mis ojos, *el acontecimiento que puede tener el mayor alcance moral sobre la humanidad desde la DECLARACIÓN DE 1789 SOBRE LOS DERECHOS DEL HOMBRE Y DEL CIUDADANO*, y no hace sino responder a las aspiraciones de la elite religiosa de las razas civilizadas.

Compartimos totalmente esta manera de ver: la idea de un Parlamento de las religiones viene en línea recta de los «inmortales Principios»; su celebración respondió a las aspiraciones de los neocristianos y favoreció las intenciones del judaísmo que algunos pueden tomar por la elite religiosa de las razas civilizadas.

Para que pudiera tener «el mayor alcance moral» sobre la humanidad en el sentido deseado por los neocristianos y los judíos, sólo le faltó reproducirse.

Algunos lo intentaron por lo menos.

Efectivamente los promotores del «concilio de todos los errores y todas las virtudes» no podían detenerse en tan hermoso camino. Inspirados en el voto enunciado por el Revdo. Lloyd Jones, y concebido así: «Veo ya con el pensamiento el próximo Parlamento de las religiones, más glorioso y prometedor que éste: propongo celebrarlo en Benares en el primer año del siglo XX», ellos resolvieron «reunir a los creyentes de fe tolerante y los pensadores de pensamiento libre» en un *Congreso universal de las religiones* que se celebraría, no en Benares, sino en París, en ocasión de la exposición de 1900. El defensor habitual del congreso, Don Charbonnel, escribía en la *Revue de París*:

> Habría pues en París, al lado de los representantes de los tres grandes cultos de Francia, al lado de los prelados católicos, los pastores protestantes y los rabinos, cierto número de representantes de los cultos más alejados de nuestra

civilización —del budismo, por ejemplo, del brahmanismo, del sintoísmo, del confucianismo, del taoísmo. Fueron ciento setenta en las reuniones más importantes de la sala de Cristóbal Colón. Las delegaciones podrían ser esta vez más numerosas todavía. El Sr. Barrows, organizador y primer presidente del primer Parlamento de las religiones, nos aseguraba a último momento que el prestigio de Francia actuaría sobre las imaginaciones de Oriente y atraería más adhesiones. Y, sin duda, la Iglesia anglicana, la Iglesia rusa y el mundo musulmán, que no fueron a Chicago, vendrían a París por razones de simpatía antigua o nueva adquirida en esta segunda patria de todos, Francia.

Un poco más adelante, él mismo, en la misma *Revue*, marcaba en estos términos el objetivo a que el congreso debía tender:

¿No podríamos intentar lo que se llamaría bien la unión moral de las religiones? *Se haría un pacto de silencio sobre todas las particularidades dogmáticas* que dividen a los espíritus, *y un pacto de acción común* por lo que une los corazones, por la virtud moralizadora y consoladora que hay en toda fe. Sería el abandono del viejo fanatismo. Sería la ruptura de esta larga tradición de chicanas que tiene a los hombres encarnizados en sutiles disensos de doctrina, y *el anuncio de tiempos nuevos*, donde los hombres se preocuparían menos por separarse en sectas y capillas, por cavar fosos y levantar barreras, que por difundir por un noble acuerdo el beneficio social del sentimiento religioso. *Ha llegado la hora para esta UNIÓN SUPREMA DE LAS RELIGIONES*.

Ningún teatro podía estar más a la vista a todas las naciones; ninguna ocasión podía ser más propicia para poner en contacto todas las extravagancias salidas del seso humano; ningún instrumento más poderoso que el genio francés[31] podía elegirse para dar crédito en todo el mundo a la conclusión que el público no dejaría de sacar de este espectáculo: «Entre tantas religiones, ¿hay una verdadera, hay una buena?»

«Adivina si puedes y escoge si te animas.»

Adelantándose a esta dificultad, Mons. Ireland decía en su discurso sobre el *Progreso humano*, pronunciado en la inauguración de

---

[31] En un discurso pronunciado en el Círculo católico de Luxemburgo sobre la *acción social de la juventud francesa*, Mons. Ireland decía: «Un sabio, creo que Arquímedes, decía que levantaría el mundo físico si encontrara para su palanca un punto de apoyo. Pues yo querría levantar el mundo moral, y veo que mi punto de apoyo es la juventud católica de Francia.» Aquí Mons. Ireland está de acuerdo con el P. Maignen que, a propósito del artículo del *Journal des Débats*, decía: «Cuando un error toca el suelo de Francia, se precisa y se clarifica».

los trabajos del Congreso auxiliar de la exposición de Chicago:

> Se ha objetado contra los congresos religiosos que sobre muchos puntos no puede existir acuerdo y que en ellos la verdad está expuesta a sufrir de la yuxtaposición del error. Este punto de vista no puede prevalecer: las verdades vitales y primordiales que conciernen al DIOS supremo serán confesadas por todos y la proclamación de estas verdades tendrá una inmensa ventaja.

La ventaja, o más bien desventaja, habría sido seguramente que la gente se dijera: «Atengámonos a nuestra indiferencia; es más seguro, y sobre todo más cómodo».

Como se ve, no podía imaginarse nada más eficaz para avanzar la gran obra soñada por los neocristianos y perseguida por la *Alianza Israelita Universal*. No es que acusemos a los promotores de este congreso de haber actuado en eso de connivencia con los judíos; ¿pero no habrían sufrido sin saberlo «esta singular e infatigable influencia» que los judíos sobresalen en «esconder», pero que ejercen con una «superioridad sin igual»?

La iniciativa del congreso de Chicago había sido tomada por protestantes a quienes se habían reunido católicos. La del congreso de París fue tomada por sacerdotes católicos. «Es un signo extraño» —decía, en su número del 28 de septiembre 1895, el *Journal des Débats*, que entre tanto no tiene el sentido cristiano muy desarrollado:

> es un signo extraño que los sacerdotes católicos se pongan a la cabeza de un congreso de las religiones. En realidad, no hay motivo de asombrarse para quien ha seguido, desde hace algunos años, las predicaciones y los textos de ciertos sacerdotes que están a la vanguardia del clero francés. Son, de alguna manera —tomen la palabra con todas las atenuaciones posibles —, *evolucionistas*.

El Padre Charbonnel, que se había hecho o había aceptado ser el abogado y el viajero comercial de la empresa, y que desgraciadamente dejó en ella su sotana y su fe, relató la acogida que le hicieron en el clero:

> Muy santamente apegado a las tradiciones de un misticismo ciego y silencioso, el clero de las parroquias desconocía hasta el hecho de la celebración de un Parlamento de las religiones en Chicago, y, ciertamente, lo que el mismo hubiera podido ser. Renovar

> eso, ¿qué era pues? Hacer un congreso de las religiones en 1900, ¿para qué?
>
> Tales fueron por todas partes las palabras de acogida. Pero el clero intelectual, *el clero de enseñanza y de acción social*[32], *EL QUE DESPUÉS HIZO EL CONGRESO ECLESIÁSTICO DE REIMS*, se mostró más comprensivo de la novedad que se le preparaba… Los Padres Didon, Lemire y Naudet fueron los partidarios del congreso de las religiones conquistados de manera más rápida y franca.

A los sacerdotes de enseñanza social y acción social se juntaron universitarios redactores de revistas muy recomendadas en el Congreso eclesiástico de Reims y acogidas con sencillez demasiado confiada por algunos eclesiásticos. Don Charbonnel continúa:

> Jóvenes católicos de la universidad, los Sres. Georges Fonsegrive y Georges Goyau, que escribían entonces en el *Monde* y cuyo esfuerzo por hacer más social la acción de la Iglesia se sabe hoy por la *Quinzaine*, se internaron también en nuestras opiniones.

Uno de estos universitarios, el Sr. Anatole Leroy-Beaulieu, decía:

> Para mí, que pretendo encontrar bajo *la diversidad de los términos la unidad del fondo común*, semejante congreso no tendría nada que no fuera edificante, y me imagino que para nuestra edad agitada sería *el más religioso de los espectáculos*. Reunir a sacerdotes y ministros de los cultos diversos, *asociarlos públicamente*, como en Chicago, para una oración común, sería mostrar a todos los ojos que *los tabiques confesionales ya no son bastante altos ni bastante gruesos* para separar a los creyentes en sectas enemigas, para cortar *la humanidad religiosa* en campos irremediablemente hostiles.

Ésta es siempre y por todas partes, como se ve, la idea emitida por la *Alianza Israelita Universal*.

El pastor protestante Sabatier y el rabino judío Zadoc-Kahn adhirieron conmovidos.

Finalmente el espiritista que firma «Synésius, obispo gnóstico de Burdeos», en una carta que tuvo la audacia de escribir a Mons. el arzobispo de París y en la que llamaba a Don Charbonnel, todavía sacerdote, «su hermano», decía:

> Lo que preparamos no es ni una asamblea política, ni un consejo de heresiarcas: *es el verdadero concilio ecuménico de los tiempos nuevos*… De éste sólo puede

[32] No hay que leer: el clero de los colegios, sino esta parte mínima del clero que se dio la misión de agitar por todas partes las cuestiones sociales y querer resolverlas antes de haberse instruido al respecto.

dimanar bien y bendición sobre la humanidad.

Synésius no se equivocaba cuando creía tener un lugar marcado en este congreso; ¿acaso no había dicho lo siguiente el P. Hecker?

> Recurrirá a hombres que, para defender a la Iglesia contra las amenazas de destrucción, sabrán emplear las armas convenientes al tiempo en que estamos; a hombres que sabrán interpretar todas las aspiraciones del genio moderno en materia de ciencia, de movimiento social, de ESPIRITISMO (otras tantas fuerzas de las que se abusa ahora), y transformarlas todas en medios de defensa y de universal triunfo para la Iglesia. (*Vida*, p. 568.)

Diciendo eso el pobre hombre era sincero; y entre quienes propagan sus ideas y trabajan en realizarlas hay que contar sobre todo con ingenuos. Pero se ve adónde estas ingenuidades y estas sinceridades conducirían si no encontraran oposición a sus tentativas y su propaganda. Los tiempos que Nuestro Señor predecía cuando dijo: «¿El Hijo del hombre encontrará todavía fe sobre la tierra?», no tardarían en venir.

Afortunadamente está Roma, y Roma puso el embargo sobre el congreso de las religiones.

CAPÍTULO DÉCIMO
CÓMO QUIEREN PROCURAR EL ADELANTO INTERIOR DE LA IGLESIA
LOS AMERICANISTAS

La evolución religiosa que según los americanistas las nuevas condiciones del mundo impondrían a la Iglesia de DIOS «sin resistencia posible», no le pide solamente que transforme radicalmente sus medios de apostolado para conseguir una expansión más rápida y completa del cristianismo al exterior; pide un cambio no menos radical en las relaciones íntimas de DIOS con «el alma moderna».

Hemos visto que los nuevos medios de apostolado propuestos conducirían no a extender el reino de Nuestro Señor JESUCRISTO sobre la tierra, sino a aniquilarlo. Tenemos una constatación semejante que hacer en cuanto a los resultados que tendrían las nuevas relaciones del alma con DIOS. Don Klein dice en el prefacio que escribió para la vida de su héroe:

> La obra del P. Hecker es haber enseñado las armonías profundas que atan el *nuevo estado del espíritu humano* al cristianismo verdadero y a las relaciones más íntimas del alma con Dios.

Y además:

> Su mística se aplica a *todo cristiano* de la vida moderna.

Y por fin:

> Él estableció los principios íntimos de la *formación sacerdotal* para los tiempos que se inician.

Así pues, según estos evolucionistas, no solamente estamos entrando en tiempos nuevos, sino que el espíritu humano mismo está entrando en un nuevo estado. Este cambio llama según ellos a una transformación de la vida donde estarían modificadas no sólo las relaciones mundanas de los hombres entre sí, sino «las relaciones más íntimas del alma con DIOS».

La ciencia de las relaciones del alma con DIOS se llama la teología ascética o, como dicen, mística. Si una nueva ascética se impone «a todo cristiano de la vida moderna», hacen falta doctores para enseñarla y sacerdotes que se instruyan de ella para hacer practicarla. De allí la necesidad de recurrir a una «nueva formación sacerdotal.»

¿Cuáles son estos tiempos nuevos que empiezan? ¿Cuál es la característica de esta vida moderna que tiene tales exigencias? ¿Cuál es este nuevo estado del espíritu humano que se impone a DIOS mismo al punto de ponerlo en la necesidad de cambiar las relaciones que tuvo desde Nuestro Señor JESUCRISTO con las almas rescatadas con la sangre divina?

A estas interrogaciones, los americanistas contestan: la democracia. El P. Hecker decía:

> La vida del hombre en el orden secular y natural marcha irresistiblemente hacia la libertad y la independencia personal. Éste es un cambio radical. El eterno Absoluto crea sin cesar nuevas formas para expresarse a sí mismo. (*Vida*, p. 286.)

> La forma gubernamental de los Estados Unidos es preferible a toda otra para los católicos. Es más favorable que otras a la práctica de las virtudes que son las condiciones necesarias del desarrollo de la vida religiosa en el hombre. Le deja una mayor libertad de acción, le facilita por consiguiente cooperar a la conducta del Espíritu Santo. Con estas instituciones populares los hombres gozarán de una mayor libertad para el cumplimiento de sus destinos. (*Vida*, p. 280-281.)

> La cuestión actual es saber cómo debe utilizar las ventajas de la libertad y de la instrucción el alma que aspira a la vida sobrenatural. (*Ibídem*.)

Queda entendido pues que del lado de DIOS como del lado del hombre el estado democrático debe transformar la vida ascética.

Veamos a qué se debe referir esta transformación.

El primer objeto que debe alcanzar son los votos de religión. Por un error muy extraño, los americanistas creen que los votos de religión encadenan el alma, que la esclavizan, mientras que encadenan sólo las pasiones, y, encadenando las pasiones, permiten al alma levantar con más libertad su vuelo hacia DIOS.

El segundo objeto de esta transformación es la sustitución de las virtudes activas a las virtudes pasivas. El error aquí no es menos extraño. Nunca la teología conoció estas supuestas virtudes pasivas. Todas las virtudes son *activas*; son los vicios los que son pasivos. No hay en el hombre más que *pasiones* que sufre si cede al mal y virtudes que *ejerce* con tanta más libertad y fuerza cuanto tiene sus pasiones mejor domadas. El reino de la democracia tendrá por efecto, si se cree a los americanistas, cambiar este fondo de la naturaleza humana. Ellos dicen:

> Las virtudes pasivas tuvieron su razón de ser cuando casi todos los gobiernos eran monárquicos. Son ahora o republicanos o constitucionales, y se suponen ejercidos por los ciudadanos mismos. Este nuevo orden de cosas pide necesariamente iniciativa individual, esfuerzo personal. Es por esto que, sin destruir la obediencia, las virtudes activas deben cultivarse de preferencia a todas las demás, tanto en el orden natural como en el orden sobrenatural. En el primero, hay que fortificar todo lo que puede desarrollar una legítima confianza en sí; en el segundo, hay que hacer una amplia concesión a la dirección interior la Espíritu Santo en el alma individual.

Conforme con estos principios, el P. Hecker quería que los miembros de su Congregación fueran hombres «llenos de una justa confianza en sí mismos», y les decía:

> La razón por la que he tomado tanto interés en la doctrina de la acción directa del Espíritu Santo en el alma es una razón de experiencia personal; verdaderamente no he tenido nunca yo mismo otro director. (*Vida*, p. 423.)[33]

Se sabe la acogida entusiasta que hizo el Revdo. P. Naudet a esta nueva espiritualidad y a la tesis de la superioridad de las virtudes activas sobre las virtudes pasivas en su *Justicia social*. Según él, la

---

[33] La *Vida del P. Hecker* nos muestra cómo él entendía y practicaba esta dirección del Espíritu Santo. Cuenta en su diario que una voz misteriosa se le daba a oír y le decía: «Yo dirijo tu pluma, tu palabra, tus pensamientos, tus afectos… Nada temas, no puedes errar si te dejas guiar por mí». (*Vida*, p. 112). ¡Ay! el pobre hombre que atribuía al Espíritu Santo los dictados e impulsos de su imaginación se extravió más de una vez.

espiritualidad de san Francisco de Asís y de san Ignacio ya no sería de nuestro tiempo, y

> *la Imitación de Jesucristo* ya no puede ser el libro de una sociedad que no tiene nada de monástico en su educación, como no lo tiene en su espíritu y sus pasos… Este libro lleva demasiado al aniquilamiento de la personalidad humana.

Así habla uno de los principales jefes de un partido que se adorna con el título de cristiano.

El tercer objeto que debe alcanzar la transformación que la democracia impone a la mística, es la devoción.

> El tipo de devoción y de ascetismo según el cual se los forma [a los católicos], es bueno sólo para reprimir la actividad personal, esta cualidad sin la cual hoy día no hay éxito político posible. La energía que reclama la política moderna no es el hecho de una devoción como la que reina en Europa. (*Vida*, p. 400.)

Y de hecho, como observa muy bien el Revdo. P. Maignen, la vida del personaje que los americanistas quieren canonizar no muestra para nada en él las señales de la verdadera devoción tal y como la quiere la Iglesia; no se ve ni devoción a la Santísima Virgen, ni devoción al Sagrado Corazón de JESÚS. No tenía una verdadera devoción al Espíritu Santo: habla de Él sin cesar, pero no para inducir a las almas a rendirle un culto, sino para «elevar la personalidad humana a una intensidad de fuerza y de grandeza que marcará una época nueva en la Iglesia y en la sociedad.»

No es temerario decir que los medios preconizados por los americanistas para promover el adelanto interior de la Iglesia valen los que nos ofrecen para su extensión en el exterior. Los unos y los otros acabarían en las mismas ruinas. La perfección religiosa en el mundo, lo mismo que la perfección religiosa en el claustro, no tienen que esperar ningún progreso ni de la supresión de los votos, ni de la sustitución de las virtudes activas a las virtudes pasivas, ni de la transformación de la devoción que reina en Europa en la que reclama la política moderna, ni de la confianza en sí mismo, ni de la conciencia de una dirección dada inmediatamente por el Espíritu Santo.

Por otra parte, cuando alguien quiere escucharlos hasta el fin, los americanistas nos dicen bien claro que el adelanto que se proponen conseguir por todos estos medios no es exactamente el desarrollo en nosotros de la vida sobrenatural que

prepara nuestra eterna bienaventuranza. Es una cosa totalmente diferente la que tienen en vista. El orador del congreso de Bruselas dijo:

> Las miserias que proceden del pecado no deben impedir a la tierra ser el recinto de la alegría. Que los hombres que tienen más energía y talento sean los instrumentos de la Providencia para llenar este mundo de felicidad.

Y Romanus:

> Lo que sabemos de la evolución cumplida en el pasado puede bastar para asegurarnos que los nuevos progresos análogos favorecerán altamente el bienestar físico y mental de los cristianos de las edades futuras (artículo publicado en la *Contemporary Review*).

¡El bienestar! esto es lo que según los americanistas hay que predicar al pueblo en adelante si se quiere responder al «nuevo estado del espíritu humano».

> ¿Los hombres aceptarán enseñanzas sobre la condición del bienestar del mundo venidero de parte de gente que ella misma se muestra tan lamentablemente ignorante sobre las condiciones del bienestar del mundo en que estamos? (*Id., ibídem.*)

Y el P. Hecker:

> La Iglesia provee a la salvación del alma por medios espirituales, como la oración, la penitencia, la Eucaristía y los demás sacramentos. Ahora necesita proveer a la salvación y transfiguración del cuerpo por sacramentos terrenales. (*Vida*, p. 102.)

No se puede creer hasta qué punto estas aberraciones impregnaron el espíritu de los demócratas supuestos cristianos; forman el fondo más o menos declarado de sus discursos y artículos. El Revdo. P. Naudet exclamaba en Angers en abril de 1895:

> Ciudadanos y ciudadanas, soy de la Iglesia de hoy y de mañana, no de la de hace cien años… El Paraíso quiero darlo enseguida esperando el otro.

El mismo discurso se dio en Lille, y el mismo *Réveil du Nord* se mostró escandalizado:

> ¡Las bienaventuranzas celestiales! ¡Ud. las ha tirado a la marchanta el domingo, Padre! El Cielo está demasiado lejos, la cruz es demasiado pesada, queremos la felicidad en este mundo. Ése si que es el lenguaje casi impío para el cual encontró elocuentes excusas su corazón de demócrata cristiano. Sea como fuere, Ud. predica hoy las felicidades terrenales: salieron

> de su boca, contra la riqueza perezosa y contra la explotación del hombre, períodos inflamados que cuando los emite uno de los nuestros, sus amigos que lo aplaudían el domingo los califican invariablemente de excitaciones al odio, a la envidia y a las peores pasiones humanas.

El autor de la *Vida del P. Hecker* dice:

> Las ideas americanas son —lo saben— éstas que Dios quiere encontrar en todos los pueblos civilizados.

Y nosotros decimos que si esta manera de entender el progreso espiritual fuera adoptada y observada por «todos los pueblos civilizados», este supuesto adelanto interior haría encallar el mundo cristiano en una religión sensual, la que ansían los judíos y han denominado «Israelitismo liberal y humanitario».

En la realidad lo que nos predican los innovadores, llámense americanistas o demócratas cristianos, no es ni más ni menos que un ANTICRISTIANISMO.

La verdadera concepción del cristianismo se nos dio desde la primera hora, en el nacimiento mismo del Niño-DIOS. Bossuet la determinó admirablemente en su primer sermón para el día de Navidad.

> Lo que nos impide ir al soberano bien es la ilusión de los bienes aparentes; es la loca y ridícula creencia difundida en todos los espíritus de que toda la felicidad de la vida consiste en estos bienes externos que llamamos honores, riquezas y placeres. ¡Extraña y lastimosa ignorancia!
>
> Es por eso que el Hijo de DIOS viene al mundo como un reformador del género humano para desengañar a todos los hombres de su error y darles la verdadera ciencia de los bienes y los males; y he aquí el orden que mantiene. El mundo tiene dos medios de engañar a los hombres: tiene primero falsas dulzuras que sorprenden nuestra credulidad demasiado fácil; tiene en segundo lugar vanos terrores que derriban nuestro ánimo demasiado flojo. Hay hombres tan delicados que no pueden vivir sin estar siempre en la voluptuosidad, en el lujo, en la abundancia. Hay otros que os dirán: No envidio el crédito de quienes están en las grandes intrigas del mundo, pero es duro permanecer en la oscuridad; no pido grandes riquezas, pero la pobreza me es insoportable; me prohibiría muchos placeres, pero no puedo sufrir los dolores. El mundo gana a los unos y espanta a los otros. Ambos se apartan de la vía recta; y ambos llegan por fin a un

punto en que éste para conseguir placeres sin los cuales se imagina que no puede vivir, y aquél para evitar desdichas que cree que no podrá soportar nunca, se entregan totalmente al amor del mundo.

Mi Salvador, haz caer esta máscara horrorosa por la que el mundo se muestra tan terrible; haz caer esta máscara agradable por la que se muestra tan dulce. Desengáñanos. Primero haz ver cuál es la vanidad de los bienes perecederos. *Et hoc vobis signum* «He aquí el signo que se os da»: venid al establo, al pesebre, a la miseria, a la pobreza de este DIOS naciente. Si los placeres que buscáis y las grandezas que admiráis fueran verdaderos, ¿quién las habría merecido más que un DIOS? ¿Quién las habría conseguido más fácilmente, o con la misma magnificencia?… Pero «Él juzgó —dice Tertuliano— que estos bienes, estos contentos y esta gloria eran indignos de él y *de los suyos: Indignum sibi et suis judicavit*. Y así al no quererla la rechazó; y esto no es bastante: al rechazarla la condenó; y va mucho más lejos: al condenarla —¿lo diré?— sí, cristianos, no temamos decirlo: la puso entre las pompas del diablo que repudiamos por el santo bautismo: *Quam noluit, rejecit; quam rejecit, damnavit; quam damnavit, in pompa diaboli deputavit*.» Es la sentencia que pronuncia el Salvador naciente contra todas las vanidades de los hijos de los hombres… El Hijo de DIOS las desprecia: ¡qué crimen darles nuestra estima! ¡qué desgracia darles nuestro amor! ¿Hay algo más necesario que desapegar de ellas nuestros afectos? Y es por esto que Tertuliano dice que debemos renunciarlas por la obligación de nuestro bautismo; *Et hoc vobis signum*: es el pesebre, es la miseria, es la pobreza de este DIOS niño lo que nos muestra que no hay nada más despreciable que lo que los hombres admiran tanto… ¡y que somos muy insensatos en negar nuestro crédito a un DIOS que nos enseña por sus palabras y confirma las verdades que nos predica con la autoridad infalible de sus ejemplos!

… Acudid de todas partes, cristianos, y venid a conocer en estas hermosas señales el Salvador que tenéis prometido. Sí, mi DIOS, te reconozco; eres el Libertador que espero. Los Judíos aspiran a otro Mesías que les dé el imperio del mundo, *que los haga contentos en la tierra. ¡Ay! ¡cuántos Judíos hay entre nosotros! ¡Cuántos cristianos que desearían un Salvador que los enriquezca! ÉSE NO ES NUESTRO JESUCRISTO*…. Necesito un Salvador que me enseñe por su ejemplo que todo lo que veo es sólo un ensueño, que no hay nada grande sino seguir a DIOS y

> mantener todo el resto debajo de nosotros; que hay otros males que debo temer y otros bienes que debo esperar. Aquí está él, lo he encontrado, lo reconozco en estos signos; lo veis también vosotros, cristianos.

Hemos abreviado con pesar esta cita. Pero no se dijo nada más claro y más fuerte para derribar el andamio de sofismas edificados por el americanismo y su seguidora, la Democracia que se dice cristiana. Armados de este signo id a oír sus discursos, leed sus textos, acercaos a esta piedra de toque de sus palabras, y las encontraréis en oposición formal con el espíritu fundamental del cristianismo.

No es que la Iglesia repudie el progreso material ni quiera mantener a los hombres en la pobreza y la miseria. Toda su historia rechaza esta imputación, y si los pueblos europeos están a la cabecera de la civilización y se hacen cada vez más los dueños del mundo, es porque son cristianos y el espíritu del cristianismo fue acogido en ellos mejor que en todo otro lugar. Pero el bienestar, la riqueza, el progreso, si son la «añadidura» que JESÚS prometió a los suyos, no deben proponérseles como el objeto de sus codicias y la meta de sus esfuerzos. Es lo que hacen de concierto el Partido democrático y el americanismo.

Y sobre todo no deben proponerse como medios a adoptar para procurar el adelanto interior de la Iglesia.

El adelanto interior de la Iglesia sólo puede ser el resultado de su fidelidad al principio que le dio nacimiento; rechazar este principio para proponerle otro totalmente opuesto es pedirle retroceder hasta el paganismo, es pedirle destruirse.

Ella nunca prestará oídos a semejante discurso; si, por imposible, estuviera tentada de ello, el divino Salvador no la dejaría caer en esta tentación, como no cayó en ella él mismo.

L. Veuillot dice:

> Al comienzo del Evangelio según S. Mateo, el tentador se acerca a Jesús retirado en el desierto…. lo transporta a la cumbre del templo y le dice: «Si eres el Hijo de DIOS, arrójate abajo, pues está escrito que los ángeles velarán por ti, te sostendrán con sus manos e impedirán que tu pie choque contra la piedra. «Jesús le contesta: «No tentarás al Señor tu DIOS.»
>
> El Liberalismo renueva esta escena. Dice a la Iglesia: «Si eres de DIOS, si tienes la palabra de DIOS, no arriesgas nada con abandonar la cumbre del Templo: arrójate abajo,

ve a la muchedumbre que no viene más a ti, despójate de lo que le desagrada en ti, dile palabras que le guste oír, y la reconquistarás; ¡DIOS está contigo!» Pero las palabras que a la muchedumbre le gusta oír no son las palabras salidas de la boca de DIOS, y siempre está prohibido tentar al Señor.

«… Seguir la corriente» es a lo que se resumen estas famosas invenciones y estas grandes altiveces del Liberalismo católico.

¿Y por qué seguir la corriente? Hemos nacido y estamos bautizados y consagrados para remontar la corriente. Esta corriente de ignorancia y de felonía de la criatura, esta corriente de mentira y de pecado, esta corriente de lodo que lleva a la perdición, debemos remontarla y debemos trabajar en agotarla. No tenemos otra ocupación en el mundo.

CAPÍTULO UNDÉCIMO. LOS CONGRESOS ECLESIÁSTICOS.

Si el porvenir nuevo prometido a la Iglesia por los americanistas pide una espiritualidad nueva, ésta, a su vez, pide un clero nuevo que la enseñe y la haga practicar. Nuestros innovadores no han retrocedido ante esta conclusión, y han presentado al mundo, en la persona del P. Hecker, «el tipo no sólo del sacerdote estadounidense, sino del sacerdote moderno» (Padre Dufresne), «el ideal del sacerdote para el porvenir nuevo de la Iglesia», *Vida del P. Hecker*, Prefacio, VIII).

Para hacer sentir al clero la necesidad de un nuevo ideal e inducirlo a contemplarlo, importaba en primer lugar hacerle comprender que los eclesiásticos no son actualmente lo que deberían ser, y eso porque la Iglesia no los ha educado y dirigido convenientemente. Es lo que se hizo.

No temo decirlo: durante el siglo que se acaba, hombres que forman parte de la Iglesia han cometido el error de ser demasiado lentos en comprender las necesidades nuevas de su época, y en extender sobre ella la mano de la conciliación y la amistad. (Mons. Ireland, *La Iglesia y el siglo*.)

En su Exposición de la situación de la Iglesia frente a las dificultades, controversias y necesidades de nuestro tiempo, el P. Hecker dice:

La influencia de la Iglesia estuvo entonces llevada por las circunstancias a ejercitarse en algún detrimento de las virtudes naturales que, sabiamente dirigidas, hacen la virilidad del cristiano en el mundo.

Y en otra parte:

> Se me ha ocurrido que si la Iglesia no va directamente por delante de las verdaderas necesidades de la humanidad para satisfacerlas por todos los medios religiosos en su poder, debe achacarse a sí misma que los hombres busquen las diversiones profanas. Y es porque la Iglesia no hizo su deber que se formaron tantas sociedades laicas de reforma o antialcohólicas. Ella provee a la salvación del alma por medios espirituales tales como la penitencia, la Eucaristía y los otros sacramentos. Ahora le hace falta proveer a la salvación y transfiguración del cuerpo por sacramentos terrenales. (Vida, p. 101 -102.)

Se sabe cuán explotado ha sido este tema por nuestros supuestos demócratas cristianos en sus conferencias y sus revistas. Que baste con citar el Rev. P. Naudet:

> Ni una sola vez en este siglo —salvo quizás, pero tan poco, en 1848— el clero pareció darse cuenta de lo que reclamaba de él la situación presente. Intelectual y prácticamente, se ha quedado demasiado fuera del gran pensamiento moderno, y pudo decirse con razón que, ni desde el punto de vista de la ciencia, ni desde el punto de vista de la acción, supo ser de su tiempo. (*Vers l'avenir*, p. 50.)

Y en una conferencia a los obreros de Lieja, en 1893:

> La Iglesia conocía la democracia desde hace diecinueve siglos, pero estaba servida por hombres, y éstos, desde hace un tiempo demasiado largo, dejaron de comprender el papel de aquélla y el de ellos mismos.

Observemos de pasada que dichas palabras están en oposición directa con las siguientes, extraídas de la encíclica *Mirari vos*:

> En efecto, constando, según el testimonio de los Padres de Trento, que la Iglesia «recibió su doctrina de Cristo Jesús y de sus Apóstoles, que es enseñada por el Espíritu Santo, que *sin cesar* la sugiere toda verdad», es completamente absurdo e injurioso en alto grado el decir que sea necesaria cierta «restauración y regeneración» para volverla a su incolumidad primitiva, dándola nueva vigor, como si pudiera ni pensarse siquiera que la Iglesia está sujeta a *defecto*, a *ignorancia* o a cualesquier otras imperfecciones. Con cuyo intento pretenden los innovadores «echar los fundamentos de una institución humana moderna», para así lograr aquello que tanto horrorizaba a San Cipriano, esto es, que la Iglesia, que es cosa divina, «se haga cosa humana».

Así es, lo veremos cada vez mejor, *harían a la Iglesia toda humana*, si fueran escuchados y seguidos, los que sólo hablan de sus desfallecimientos y muestran celo por su «crecimiento» en la esperanza lanzarla a caminos nuevos donde encontrará —si hay que creerles—, su restauración y regeneración.

Estos caminos nuevos fueron trazados —dicen— por «un doctor, uno de quienes enseñan a series de generaciones humanas lo que tienen que hacer». DIOS lo «elevó a un estado de alma que está fuera del común pero que justifica la misión extraordinaria que le destinaba». (Prefacio, VI.) Esta misión era presentar al mundo en su persona «el tipo del *sacerdote moderno*, del sacerdote que hace falta a la Iglesia para recuperar el terreno perdido y retomar su marcha hacia adelante en el cumplimiento de su misión divina. (Vida, p. 392.)

Directores de seminarios dichosamente raros se dejaron seducir. Habían oído a Mons. Ireland decirles:

El *sacerdote del porvenir* es a quien recomiendo un estudio serio de la *Vida del P. Hecker*… Él es como si fuera el tipo que importaría ver reproducirse lo más posible entre nosotros… Sepamos conservar con amor las líneas principales que constituyen la personalidad de este hombre eminente, y *procuremos reproducirlas en la formación de nuestro futuro clero*. (*Intr*.)

Este Señores oyeron, creyeron y actuaron en consecuencia.

El P. Hecker, con «su puesta en obra de los medios humanos y políticos, sus sueños de regeneración social, su personalismo exagerado, su desdén por los usos más venerables de la Iglesia, su celo desbordante para las utopías democráticas y su repugnancia por las virtudes pasivas»[34], fue presentado pues a la admiración e imitación de los seminaristas en muchas diócesis. E incluso, para no quedarse en la teoría, se las alentó a organizarse en conferencias de estudios sociales. El Rev. P. Naudet había dicho:

> La formación del clero es demasiado exclusivamente clerical, y no suficientemente humana. Se acostumbra demasiado el joven hombre a no ver un día en su ministerio más que el papel sobrenatural, o más exactamente el lado puramente religioso». (*Vers l'avenir*, p. 68.)

---

[34] *La Revue canonique.*

Mons. Ireland había dicho antes de él:

> Hay tiempos en la historia de la Iglesia en que es necesario que se insista en el lado sobrenatural en la acción de la religión, y hay de los tiempos en que hace falta que esta instancia recaiga en el lado natural. (*L'avenir de l'Eglise aux États-Unis*.)

Transformar en este sentido los estudios clericales, dar, a costa del conocimiento profundo del orden sobrenatural, único que hace el sacerdote capaz de formar verdaderos cristianos, un lugar a las «cuestiones sociales», es decir a las cuestiones de orden temporal, es obedecer el impulso secreto dado en todas las cosas por la *Alianza Israelita Universal*. Ella vigila los seminarios y el movimiento de los estudios que se hacen allí; se esfuerza en llevarles su influencia, sobre todo en lo que concierne a la Sagrada Escritura. Para convencerse basta con leer las siguientes líneas sacadas del *Univers israélite* (V. p). 2 23, año 1867):

> Inaugurada por la científica y especulativa Alemania, la renovación de los estudios teológicos se aclimata en Francia que, gracias a su espíritu generalizador y expansivo, puede estar llamada a hacer por la *síntesis religiosa* lo que hizo un día por la reconstitución civil y política del mundo. Y todo israelita debe sentir el deseo de cooperar a esta obra, donde están empeñados nuestros intereses más sagrados.

¡Qué atención llaman tales palabras, saliendo de las tales bocas y sobre tal asunto!

Los estudios sociales tal y como se los ha emprendido en muchos seminarios sirven a estos malos designios. Allí sólo pueden hacerse en gran detrimento de la teología, porque apasionan a los jóvenes; son prematuros, y por consiguiente estériles, o más bien nocivos, pues, no encontrando luces que sin embargo son indispensables, las que da el conocimiento de los hombres y las cosas, sólo pueden extraviar; por fin, según el voto expresado al respecto por el Rev. P. Naudet y por Mons. Ireland, esos estudios forman sacerdotes en cuya alma el orden natural contrabalancea el orden sobrenatural. Nada más eficaz que tal formación clerical para alcanzar sobre seguro el fin mirado por la *Alianza Israelita Universal*.

Esperar que los seminarios dieran los frutos que debe producir esta nueva cultura levítica pareció muy largo a los americanistas de aquí y de allá. Para apresurar la maduración, para precipitar «la

marcha adelante», formaron, con los elementos salidos de las conferencias de los seminarios, círculos de estudios sociales, donde el fermento del catolicismo estadounidense pudo recibir una cultura más intensa. Luego quisieron sindicar estos círculos entre sí, y es así como fueron inventados los CONGRESOS ECLESIÁSTICOS.

El que fue elegido para lanzarlos sí que era el personaje a tomar entre mil. Su perfecta honradez como hombre y como sacerdote, el mandato legislativo del que acababa de ser investido y que atraía sobre él los ojos de todo el clero de Francia, su bonhomía mezclada de ingenuidad, su facilidad de palabra no estorbada por una ciencia teológica demasiado precisa, y por fin, y sobre todo, una comunidad de ideas ya manifestadas, no permitían vacilar.

Cuando había sido propuesta la convocatoria a París de un congreso de las religiones con motivo de la exposición de 1900, el Rev. P. Lemire se había apresurado a adherir y había respondedo al que era entonces el Padre Charbonnel:

> Con tal que la luz radie, *importa poco el candelero*. Decimos, si queréis, que una exposición es una manera de candelero. Hagamos brillar en él, pues las grandes claridades cristianas.

Más tarde, cuando el renegado Grenier fue enviado a la Cámara de Diputados por un capricho popular, y se presentó con el turbante y el albornoz con que hacía alarde de su apostasía, el mismo Padre venía a saludarlo por estas palabras: «Cualquiera que sea el color del vestido que llevamos, podemos entendernos». Y el otro le respondió: «Sí, para trabajar por una gran idea moral: DIOS y la humanidad».[35]

Si alguien acerca estas ideas y expresiones a las que son familiares a los americanistas, no se asombrará de que éstos hayan echado su ojo al personaje que los comprendía tan bien, para organizar los congresos por los cuales esperaban difundir estas mismas ideas en el clero de Francia.

Un acólito le fue dado, el Rev. P. Dabry, que recibió el título de secretario-general de los congresos eclesiásticos. Éste había mostrado más atrevimiento que su presidente en la propaganda de las ideas estadounidenses, pero ocupaba sólo

---

[35] Como ocurre en toda conversación captada al vuelo, ésta no fue reproducida por todos los reporteros en los mismos términos. Existe esta otra versión: «A pesar de la diferencia de nuestros trajes y de nuestras religiones, trabajamos igualmente por el bien del país». Estas palabras han sido publicadas en todos los periódicos. Un obispo pidió cuentas públicamente al autor, y éste no le respondió.

un lugar de redactor en el periódico del Rev. P. Garnier, lo que lo ponía menos en evidencia; por eso tuvo sólo el segundo rango. Fue él quien hizo conocer, en el *Univers*, los motivos de instituir este nuevo género de concilios. He aquí una frase de este artículo, con todos los signos de interrogación y de exclamación con que lo adornó el *Osservatore cattolico*:

> Con el paso de los tiempos, los verdaderos principios del evangelio, de la teología, del derecho canónico se han oscurecido (?) al punto de parecer una novedad a los ojos de muchos, también católicos; y los derechos secundarios (?) sustituyeron el derecho eterno (?) que, a causa de la oposición de ellos, ya no puede afirmarse sino difícilmente (??). Regresemos (???) al dogma sustancial, es decir a la verdad (!!!), y, según la palabra imprescriptible, la verdad nos libertará.

Es sabido que es en Reims que se celebró el primero y, sin duda, el último congreso eclesiástico. La ocasión elegida fue el centenario del bautismo de Clodoveo.

Fue precedido por diversos otros congresos o peregrinaciones que tenían todos, según el juicio de los demócratas cristianos, la misión «de defender *la causa*». «La causa, decía *le Peuple français*, es la organización de una nueva Francia, su educación cristiana, hombre por hombre;[36] es la aplicación de todo un pueblo al sentimiento de su dignidad y grandeza, a la conciencia de sus deberes y a la plena posesión de sus derechos.

Nada más que eso.

Los laicos no debían ser los únicos llamados a recuperar el sentimiento de su dignidad y grandeza, a retomar conciencia de sus deberes y a volver a la plena posesión de sus derechos. El clero también debía participar en este beneficio: no tenía menos necesidad que los laicos de aprender sus derechos y deberes. Hubo quien se lo dijera; hay quien se lo diga de nuevo.

> ¿No podía hacerse la peregrinación de los sacerdotes que irían a hacerse bautizar hombres [!!!¿], a sacudir las cadenas de un sistema odioso donde el vicario piensa sólo por el párroco y el párroco por el obispo y el obispo por el gobierno? Entre nosotros, la jerarquía mata al individuo.

Lo que seguirá es más instructivo todavía:

---

[36] Estos buenos demócratas no saben nunca, cuando hablan lo que dijeron un día antes ni lo que dirán un día después. Aquí piden «la educación cristiana» y «hombre por hombre». En otra parte dicen que la democracia no debe ser confesional y que la renovación social no puede ni debe hacerse «hombre por hombre», sino por leyes e instituciones que capten las masas en bloque.

> Reservemos siempre nuestra sumisión filial y el derecho de los superiores a intervenir.
>
> Pero, en estos límites, seamos audaces para pensar, para buscar y para ejecutar. Seamos seres vivos. No nos tomemos por un instrumento pasivo entre las manos de quienes mandan, sino como una fuerza inteligente y activa, etc.

El congreso eclesiástico no debía limitarse a llevar a la emancipación de los vicarios con respecto a sus párrocos y de los párrocos con respecto a sus obispos: debía ocuparse también de los seminarios. Productos todavía imperfectos de la nueva formación clerical, los miembros del congreso debían soñar pensar en procurar su beneficio en mejores condiciones a quienes vendrían después de ellos.

> ¿Por qué no podrían los sacerdotes examinar juntos, a la luz de su experiencia, en qué sentido debería ser modificada la enseñanza dada en los grandes seminarios? ¿Es esto revolucionario quizás? Los buenos cristianos de antaño, de audacias asombrosas y corajes virginales, encontrarían eso más bien anodino, en todo caso todo simplemente sabio.

Sobre estas bellas ideas fue redactado el programa del congreso de Reims, con circunspección, pero encerrando sin embargo todas las cuestiones que se refieren a la *organización* del clero, a la *acción* que debe ejercer, y a los *estudios* a las cuales debe entregarse; en una palabra, a todo lo que puede contribuir a su reforma.

El Revdo. Padre Dabry dijo en el *Peuple français* hasta dónde, en su pensamiento, debía ir esta reforma:

Veo pocas cosas en el ESPÍRITU GENERAL, en los *hábitos*[37], en el *método* de los católicos y hasta en toda la *organización eclesiástica* francesa, que no estén marcadas con el signo de la ruina.

El ALTAR, construido en el estilo del siglo decimoséptimo, *está destinado a ir a juntarse con el trono*.

EL EDIFICIO ENTERO TIENE QUE REJUVENECERSE y ponerse en armonía con los gustos y necesidades de las generaciones que vienen.[38]

Es sabido cómo el frío de la autoridad impidió en el congreso de

---

[37] Los *hábitos* son hijos de la *acción*, y el método hijo de la instrucción. Aquí están entonces, con la *organización eclesiástica*, las tres divisiones del programa.

[38] Sería equivocarse ver en estas palabras nada más que una ocurrencia: expresan una idea articulada y un fin perseguido. El mismo Padre Dabry, en el N° del 3 de febrero 1899 de su periódico *La Vie catholique*, aplaudiendo al discurso que el Rev. P. Lemire pronunció en la Cámara en la sesión del 31 de enero sobre el balance de los cultos, escribía: «Hace falta leer este discurso. Lo damos *in extenso* en el suplemento, lo mismo que la respuesta del Presidente del Consejo que rinde homenaje tan plenamente a lo que hay de elevado, de liberal y, digámoslo, de libertador, en las altas palabras del Padre Lemire. Es el primer picazo dado al sistema eclesiástico anticuado de 1802».

Reims la fermentación de estas ideas, fermentación que se produce necesariamente en toda asamblea de hombres entregados a sí mismos.

Es sabido también que esta misma autoridad, sorprendida una primera vez, no permitió una segunda experiencia.

El *Journal des Débats* llamó al congreso eclesiástico de Reims «el mayor acto de la Iglesia de Francia desde el Concordato». Podía ser ese el caso, porque si los congresos eclesiásticos se hubieran hecho periódicos, como era la intención manifestada de los organizadores, habrían transformado la Iglesia de Francia más radicalmente que el Concordato: su iniciativa no tendía a nada menos que a hacer de ella una Iglesia presbiteriana.

Anunciando, hace un año, la inutilidad de sus esfuerzos por obtener la reunión de un segundo congreso eclesiástico, «el presidente de la comisión de iniciativa» indujo a sus partidarios a suplir la falta de un congreso eclesiástico nacional con congresos restringidos. Estos congresos se hacen aquí y allí más o menos periódicamente; el momento de su reunión es generalmente el tiempo de las vacaciones, para que los seminaristas puedan acudir a instruirse. Es sabida la opinión respectiva de Mons. el arzobispo de Cambray; la manifestó en el retiro eclesiástico, y la *Semaine religieuse* estuvo autorizada a dar a conocerlo:

> Éstas son iniciativas tomadas fuera de todo derecho.
>
> Pertenece sólo a la autoridad convocaros para deliberar sobre cuestiones que le están reservadas. Lo hace en las conferencias reglamentadas por los estatutos diocesanos. Fuera de eso, cada eclesiástico puede presentar a su obispo sus pensamientos, sus dificultades, hasta incluso sus respetuosas observaciones. Pero en ningún sitio el derecho canónico autoriza nada de análogo a lo intentado actualmente.
>
> Tenéis mejores cosas que hacer, Señores, que acudir a tales invitaciones e ir a deliberar sobre cuestiones que están fuera de la competencia de quienes las proponen; es tomar parte, con una solicitud cada vez más grande, en las retiros mensuales donde estudiáis ante DIOS los medios de haceros cada vez más conformes a vuestro divino modelo.

En el mismo tiempo, Mons. el obispo de Nancy publicaba en la *Semaine religieuse* de su diócesis el siguiente dictamen:

> Pedimos a todos los eclesiásticos de nuestra diócesis no tomar parte, hasta nueva decisión, bajo forma alguna, en ningún congreso,

reunión o junta general de obras, cualesquiera que sean, sin una autorización dada a través de la *Semaine religieuse*, o sin una autorización personal otorgada por Nosotros o por los Sres. Vicarios generales.

Por un sentimiento de caridad no publicamos los motivos de esta medida; son por otra parte conocidos por el conjunto del clero. Resultan manifiestamente de ciertas publicaciones y de ciertos hechos recientes.

En todas las épocas de la historia de la Iglesia novedades más o menos peligrosas buscaron hacerse presentes en la Iglesia, pero en todas las épocas también hubo obispos para cumplir los deberes de su cargo: la vigilancia sobre estas novedades, el juicio público sobre su carácter, la represión de las que pueden ser nocivas.

Y siempre también el Soberano Pontífice ha cumplido con fidelidad el ministerio que le confiara Nuestro Señor JESUCRISTO de apacentar a los corderos y a las ovejas mismas. Es sabido que la Santa Sede hizo imponer al primero y único congreso eclesiástico un presidente para nada esperado y que había hecho «responsable» a Su Em. el cardinal Langénieux de lo que se haría allí.

Sobran entonces los temores de lo que pasa hoy, porque la Iglesia es siempre vigilante. Podrán perderse algunas individualidades —y desgraciadamente ocurrió así—, pero la Iglesia sólo saldrá de esta nueva prueba más pura, más hermosa y más fuerte. Y tampoco tenemos de qué escandalizarnos, pues lo que vemos actualmente, es la historia de todos los siglos predicha por el divino Salvador mismo.

CAPÍTULO DUODÉCIMO. EN REVOLUCIÓN.

Hemos seguido hasta aquí, en el curso de este estudio, dos movimientos paralelos.

Uno y otro parten de los mismos principios, los famosos principios de 89.

Los judíos nos han dicho: «El desarrollo y la realización de los *principios modernos* son las condiciones más enérgicamente vitales para la extensión expansiva y el más alto desarrollo del judaísmo» (concilio judío de 1869); y trabajan activamente y con gran éxito para propagar estos principios por la prensa y procurar su realización por las leyes que los Parlamentos votan bajo su dictado.

De su lado, los americanistas nos dicen: «Las ideas estadounidenses son las que DIOS quiere ver en todos los pueblos civilizados de nuestro tiempo». Ellos también trabajan activamente para hacer pasar estas ideas al orden de los hechos, no sólo en ellos, sino en nosotros.

Es que judíos y Americanistas creen unos y otros haber recibido una misión del Cielo. Los judíos no se equivocan: su conservación tan extraordinaria y los oráculos de los Libros santos nos dicen que su papel en la historia del mundo no ha acabado.

Los americanistas se hacen sin duda ilusión, pero esta ilusión la tienen y la anuncian. Mons. Ireland dice:

> La influencia de Estados Unidos se extiende a lo lejos entre las naciones, tanto para la solución de los problemas sociales y políticos como para el desarrollo de la industria y el comercio. No hay país del mundo que no tome de nosotros ideas y aspiraciones.
>
> El espíritu de la libertad estadounidense despliega su prestigio a través de los océanos y mares, y prepara el terreno para plantar allí las ideas y costumbres *estadounidenses*. Esta influencia crecerá con el progreso de la nación.
>
> El centro de gravedad de la actividad humana se desplaza rápidamente, y *en un porvenir que no está lejos, ESTADOS UNIDOS CONDUCIRÁ EL MUNDO*.

Y en otra parte:

> En el curso de la historia, la Providencia eligió alternativamente distintas naciones para que sirviesen de guía y de modelo al progreso de la humanidad. Cuando se abrió la época cristiana, era Roma todopoderosa la que llevaba la vanguardia. España tomaba la dirección del mundo en el momento en que Estados Unidos se aprestaba a entrar en la familia de los pueblos civilizados. *Ahora que empieza a despuntar en el horizonte la época más grande que se haya visto jamás, ¿qué nación va a elegir la Providencia para que guíe los destinos de la humanidad?*
>
> ESTA NOBLE NACIÓN LA VEO APARECER ANTE MÍ. Gigante de estatura, graciosa en todos sus rasgos, llena de vida en la frescura y la mañana de su juventud, digno como una matrona en la prudencia de su paso, cabellos ondulantes *al soplo querido de la libertad*, es ella, no puede dudarse viéndola, quien es la reina, la conquistadora, la dueña, la INSTITUTRIZ DE LOS SIGLOS VENIDEROS. El Creador ha confiado a su guarda un inmenso continente cuyas riberas bañan dos océanos, un continente rico en todos los dones de la naturaleza y

que posee a la vez minerales útiles y preciosos, un suelo fértil, un aire salubre y el ornato de espléndidos paisajes. Durante largos siglos mantuvo en reserva este país de predilección, esperando el momento propicio, en las evoluciones de la humanidad, para darlo a los hombres cuando serían dignos de recibirlo. Sus hijos le vinieron de todos los países, trayendo con ellos los frutos más maduros de reflexión, trabajo y esperanza. Añadieron altas inspiraciones e impulsos generosos, y de esta manera construyeron un mundo nuevo, un mundo que encarna en sí las esperanzas, ambiciones y sueños de los sacerdotes y visionarios de la humanidad. Su audacia en la persecución del progreso, las ofrendas que aporta al altar de la libertad, parecen ilimitadas; y por todas partes, en su vasta extensión, la prosperidad, el orden y la paz despliegan sus alas protectoras.

¡LA NACIÓN DEL PORVENIR! ¿necesito nombrarla? Nuestros corazones tiemblan de amor por ella.

Oh mi país, eres tú,
Dulce tierra de libertad,
eres tú mismo que canto.

¡Quiera DIOS que este oráculo sea falso! Porque si verdaderamente Estados Unidos es «la nación del porvenir», si está llamado a «conducir el mundo», «a guiar los destinos de la humanidad» «al soplo querido de la libertad», «en la persecución de un progreso que parece ilimitado», y si este progreso es el único mencionado aquí, «el desarrollo de la industria y del comercio, la solución de los problemas sociales y políticos» según los principios de 89, es decir el progreso material y la independencia del hombre, el mundo verá, no la época «más grande» sino la más desastrosa que se haya visto jamás.

De todos modos, los judíos, para conseguir cumplir su destino, «penetran en todos los pueblos y quieren penetrar en todas las religiones»; se emplean en hacer desaparecer Papas y Césares para establecer sobre las ruinas de las patrias y religiones «un israelitismo liberal y humanitario».

Los pensamientos de los americanistas no van tan lejos. Sin embargo nos dicen: «Es el privilegio que DIOS dio a Estados Unidos destruir estas tradiciones de celos nacionales que perpetuáis en Europa, para fundirlas todas en la unidad estadounidense». Y por otra parte, no dejan de exhortarnos a «bajar las barreras» que impiden a infieles, racionalistas y protestantes entrar en tropel en la Iglesia. Ya en

1861 —coincidencia curiosa— los *Archivos Israelitas* hablaban, ellos también, de «hacer caer las barreras que separan lo que debe reunirse un día».

Siendo uno mismo el punto de partida y paralela la marcha, parece pues que por ambas partes deba llegarse, si no al mismo fin, por lo menos a los mismos resultados. El fin de los *Archivos Israelitas* éstos lo determinan así: «Hacer reconocer que todas las religiones cuya base el la moral y cuya cumbre es DIOS, son hermanas y deben estar unidas entre sí». (*Arch. Isr*., XXV, p. 514 a 520.) ¿No parece que estas palabras hayan trazado treinta y cinco años antes el programa del congreso de las religiones, tal y como Mons. Keane debía formularlo:

¿Por qué no acabarían los congresos religiosos en un congreso internacional de las religiones donde *todos vendrían a unirse en una tolerancia y caridad mutuas* y donde TODAS LAS FORMAS DE RELIGIÓN se levantarían juntas contra todas las formas de irreligión?

¿Queremos decir que hay acuerdo entre judíos y Americanistas para sustituir al catolicismo esta «Iglesia universal» y esta «religión democrática» cuyo advenimiento es preparado por la *Alianza Israelita Universal*? No desde luego. Pero todas las veces que un error se produjo en el mundo, siempre hubo quienes lo inventaron y quienes se dejaron seducir por el lado especioso que presentaba. Cegados por las apariencias de belleza y bondad, de verdad y justicia de que todos los errores retienen algo y de que saben engalanarse, éstos fueron con ojos cerrados al abismo cavado por aquéllos.

Quienes inventa los errores de doctrina o conducta, están a menudo muy lejos de ver antes que nada adónde serán arrastrados ellos mismos y adónde arrastrarán a los demás. De Maistre hacía esta observación a propósito de los solitarios de Port-Royal que eran, dice, «en el fondo gente muy honrada aunque extraviada por el partidismo», y ciertamente estaban muy lejos, lo mismo que todos los innovadores del universo, de prever las consecuencias de un primer paso. Los americanistas son seguramente gente tan honrada como aquellos Señores de Port-Royal; pero, como ellos, son y quieren ser innovadores, no sólo para ellos y en ellos, sino en todos y por todas partes: tienen, dicen, «que dar al mundo entero una gran lección».

¿Adónde nos arrastrarán si los escuchamos? ¿Cuáles pueden ser las consecuencias de la acción que quieren ejercer?

No es muy difícil entreverlo. Ellos se adornan con estos principios a los cuales los judíos atribuyen la preponderancia que su raza tomó en Francia y por todas partes; ellos pretenden tener la misión de diseminarlos en el mundo. ¿No temen ayudar a Israel a alcanzar el fin que persigue: sembrar la indiferencia religiosa en todos los corazones para hacer encallar el mundo en el israelitismo liberal y humanitario?

La evolución religiosa que saludan y que esperan; la formación nueva del clero y la organización de congresos eclesiásticos independientes de la autoridad, en vista de secundar esta evolución; la reunión de congresos de las religiones donde la Iglesia de JESUCRISTO es puesta en pie de igualdad con todas las sectas: ¿qué podría ser más favorable a los designios de Israel y más apropiado para encauzarnos suavemente hacia la Jerusalén de nuevo orden?

¿No hay allí materia de reflexión para quienes, más inconsideradamente, prestaron oídos a los sembradores de novedades? Pero otra consideración, tal vez más capaz aún de conmoverlas, llama su atención.

La mala semilla, como la buena, fructifica tanto más cuanto mejor preparado encuentra el terreno donde se la echa.

¿En qué estado el mundo se encuentra actualmente? ¿Qué disposiciones aporta con respecto a los designios de los judíos y las ideas estadounidenses?

Ya dijimos que sólo está demasiado impregnado de los principios de 89 y que todo conspira a intoxicarlo de ellos más todavía. Pero necesitamos avanzar más lejos en la consideración del estado actual del mundo si queremos hacernos una justa idea de la grandeza e inminencia del peligro judío y de la imprudencia que hay en darle, actualmente, una ayuda, por débil que sea.

Desde hace un siglo entramos y venimos evolucionando en un período de la historia del mundo que recibió un nombre sin precedentes: *La Revolución*.

¿Qué es la Revolución? ¿Es un hecho, una fecha, una forma de gobierno? ¿Es 1789, 1830, 1848 o 1871? No. Los acontecimientos que señalaron estas diferentes épocas son meros efectos cuya causa es la Revolución.

La Revolución no es tampoco uno u otro de estos jefes llamados Mirabeau, Danton, Robespierre, Garibaldi, Gambetta. Éstos son hijos, instrumentos de la Revolución, pero no pueden personificarla.

La Revolución no es tampoco necesariamente la República. Considerada *en su esencia*, la República puede ser legítima y tan pura de toda alianza con la Revolución como la forma monárquica.

El principio generador de la Revolución es *La Declaración de los Derechos del hombre* con la que se pretendió establecer la independencia del hombre con respecto a todo poder humano y divino. La Revolución es la idea, el espíritu, la doctrina, en cuya virtud el hombre sustituye en todo con su voluntad y pasiones los derechos de DIOS.

Quien lea los textos y discursos de los jefes revolucionarios quedará convencido de la justeza de esta definición. «La Revolución —decía Blanqui— es una sola cosa con el ateísmo». Otros dijeron: «La Revolución es la lucha entre el hombre y DIOS; es el triunfo del hombre sobre DIOS».

Los hombres cortos de vista creen que la Revolución empezó en 1789 y que terminó con el consulado nacido en 1802: se equivocan. Hace falta decir todavía hoy y sobre todo hoy lo que J. de Maistre decía bajo la Restauración:

> Este Bacante a la que llaman la Revolución francesa, todavía no ha hecho más que mudarse de traje.

Y en otra parte:

> La Revolución está levantada; y no sólo está levantada, sino que marcha, corre y cocea. La única diferencia que percibo entre esta época y la del gran Robespierre, es que entonces las cabezas caían y HOY DAN VUELTAS.

Dice además:

> ¡Cuántas veces, desde el origen de esta espantosa revolución, tuvimos todas las razones del mundo para decir: *Acta est fabula!...* ¡Que lejos estamos del último acto o de la última escena de esta espantosa tragedia!… Nada anuncia el fin de las catástrofes y todo anuncia, al contrario, que deben durar… Las cosas se arreglan para el trastorno general del globo… Lo que se prepara en el mundo ahora es uno de los más maravillosos espectáculos que la Providencia haya dado jamás a los hombres. Es el combate a ultranza del cristianismo y el filosofismo. —Lo que hemos visto y que nos parece tan grande, no es, empero, más que un preparativo necesario. ¿No hace

> falta fundir el metal antes de echar la estatua? Estas grandes operaciones son de una duración enorme. Tenemos quizás para dos siglos. (*Passim*.)

Hace un siglo que estas palabras proféticas fueron escritas. ¡Qué no hemos visto desde entonces, y qué no debemos ver todavía!

No, la Revolución no se ha acabado; y no se ha acabado porque aún no ha llegado a término: no ha realizado todavía sus designios propios ni el designio que DIOS tenía permitiéndola. Sus designios propios consisten en el aniquilamiento del cristianismo. De Maistre dice:

> La Revolución francesa ha recorrido sin duda un período cuyos momentos no se parecen todos; sin embargo su carácter general no ha variado… Este carácter es un carácter satánico que la distingue de todo lo que se ha visto y quizás de todo lo que se verá. Es una insurrección contra DIOS.

Desde hace un siglo esta definición no ha dejado de justificarse cada vez mejor. La insurrección contra DIOS y contra su Iglesia es siempre la característica del movimiento revolucionario: las leyes canallescas están para atestiguarlo.

Estamos en revolución. ¡Cuán circunspectos debería hacernos este solo hecho para no decir nada, no hacer nada que pudiere de alguna manera favorecer un movimiento que no es nada menos que una insurrección contra DIOS!

Esta circunspección no nos es menos imperiosa si, después de considerar lo que la Revolución es en el espíritu de los hombres que la hacen y de Satanás que los inspira, nos volvemos del lado de DIOS y nos preguntamos en qué designios puede haberla permitido.

Todos los espíritus superiores que estudiaron este siglo juzgaron que la Revolución marcaba una fase decisiva de la humanidad.

No podemos dar aquí que más que algunas migas de los pensamientos de algunos sobre este punto; bastarán para el fin que nos proponemos. Llamando a estos testigos de todos los campos, comprobaremos que todos tienen una misma voz, que hacen oír las mismas previsiones. Proudhon dice:

Hemos llegado a una de las épocas donde la sociedad desdeñosa del pasado está atormentada por el porvenir[39]… Pide un signo de

---

[39] ¡Porvenir! ¡Porvenir! gritan los americanistas en seguimiento de Lamennais. *¡Hacia el porvenir!* (título de una obra del Rev. P. Naudet), se abalanzan los demócratas, y con aspiraciones más audaces los socialistas. Y los verdaderos hijos de

salvación o busca en el espectáculo de las revoluciones, como en las entrañas de una víctima, el secreto de sus destinos.

Chateaubriand:

Todo anuncia que una gran revolución general se opera en la sociedad humana, y los que debería estar más persuadidos de ello parecen creer que todo va como hace mil años.

Guizot:

La sociedad ofrece la imagen del caos tan bien definido por estas palabras: Cada cosa no está en su lugar y no hay un lugar para cada cosa.

Lamennais:

Estamos en la espera de grandes acontecimientos, ciertos en sí mismos, inciertos sólo en cuanto a la época en que se producirán.

Ballanche:

Hemos llegado a una edad crítica del espíritu humano, a una época de fin y de renovación.

Pero J. de Maistre es a quien hay que oír; nadie como él se aplicó a estudiar el estado actual del mundo, nadie lo ha escudriñado con un genio más poderoso. Aquí también sólo podemos dar algunas frases tomadas de aquí y de allá.

Todo anuncio que Europa toca a una revolución de la cual la que hemos visto sólo fue el terrible e indispensable preliminar. (*Del Papa*.)

Por mucho tiempo tomamos la Revolución francesa por un acontecimiento. Nos equivocábamos: es una época. (*Carta al Sr. de Costa*.)

Todo lleva a creer que los asuntos de Francia (y la liberación de los judíos era uno de los que debían tener consecuencias más graves), se atan a acontecimientos generales e inmensos que se preparan y cuyos elementos son visibles a quien mira bien; pero este misterioso abismo me hace perder la cabeza. (*Carta a su hija Constancia*.)

Tenemos que mantenernos listos para un acontecimiento inmenso en el orden divino hacia el cual marchamos con una velocidad acelerada que debe sacudir a todos los observadores.… franquear todos los obstáculos. (*Veladas de San Petersburgo*.)

El universo entero está en trabajo. (*Carta al Sr. de Rossi*.)

Estamos en una de las más grandes épocas del universo. (*Al mismo*.)

Esto es lo que ven y piensan los espíritus superiores. Los demás, como dice Chateaubriand, parecen

---

DIOS elevan al mismo tiempo hacia el Cielo su oración más ardiente que nunca: *¡Adveniat regnum tuum! ¡Veni, Domine Jesu!*

creer que todo va como hace mil años.

¿Cuál es entonces «el acontecimiento divino hacia el cual marchamos con una velocidad acelerada?» ¿En qué debe acabar «la conmoción general» que está cumpliéndose desde hace un siglo?

¿De qué «está en trabajo el universo»?

Es el secreto de DIOS en cuanto al resultado final; pero ya vemos dibujarse algo muy distintamente.

> La Providencia, preparando no sé qué de inmenso, viene aplicando tan terribles trastornos y tan horrendas calamidades para triturar y modelar a los hombres para hacerlos propios para formar la UNIDAD FUTURA. Es imposible desconocer el movimiento divino al cual cada uno de nosotros está obligado a cooperar en la medida de sus fuerzas». (T. VIII, p. 442.)

> El Providencia no tantea nunca y no es en vano que agita el mundo. Todo anuncia que marchamos hacia una GRAN UNIDAD que debemos saludar desde lejos». (IV, 127.)

> Por mucho tiempo sólo veremos ruinas. *No se trata de nada menos que de una FUSIÓN del género humano*… Lo que hay de seguro es que el universo marcha hacia una GRAN UNIDAD que no es fácil percibir ni definir». (XI, 33.)

> Nada más sublime que la obra que se ejecuta bajo nuestros ojos en el universo y nada tan vil como los obreros. (X, 468.)

¿Quién no admiraría el poder de este genio que, en medio de la confusión, de los horrores y de las ruinas de 93 y de los años que siguieron, sabía ver en tan neta claridad el movimiento impreso al género humano, y designarlo con seguridad tan firme? Todo lo que ha pasado desde hace un siglo, ¿no vino a confirmar estas vistas y manifestar cada día más el designio de la Providencia de acercar unos a otros los miembros dispersos de la familia humana?

De Maistre sabía descubrir esta marcha hacia la unidad hasta en las más mínimas cosas. Hablando accidentalmente de los alimentos nuevos que Asia enviaba a Europa, hacía decir a uno de los interlocutores de las *Veladas de San Petersburgo*:

> No hay azar en el mundo, y sospecho desde hace mucho tiempo que la comunicación de alimentos y de bebidas entre los hombres, se debe de cerca o de lejos a alguna obra secreta que se opera en el mundo a nuestras espaldas.

Otra vez, atribuía al mismo designio la dispersión operada por la Revolución:

> No pienso nunca sin admiración en esta tromba política que ha venido a arrancar de sus lugares a millares de hombres destinados a no conocerse nunca, para hacerlos arremolinarse juntos como el polvo de los campos.

Añadía:

> Si la mezcla de los hombres es notable, la comunicación de las lenguas no lo es menos.

Y citaba esta frase de un libro que acababa de tomar en la Academia de San Petersburgo:

> No vemos todavía de qué sirven nuestros trabajos sobre las lenguas, pero pronto nos enteraremos. No es sin un gran designio de la Providencia que lenguas absolutamente desconocidas en Europa hace dos siglos hayan sido puestas al alcance de todo el mundo hoy día. Es lícito ya sospechar este designio.

Y más lejos:

> Añadid que los más largos viajes han dejado de asustar la imaginación; que el Oriente entero cede manifiestamente al ascendiente europeo; que la Media Luna, prensado sobre sus dos puntos, en Constantinopla y en Delhi, debe necesariamente estallar por el medio; que los acontecimientos han dado en Inglaterra quinientas leguas de fronteras con el Tibet y China, y tendréis una idea de lo que se prepara… Todo anuncia que marchamos hacia una gran unidad que debemos saludar desde lejos, para servirme de un giro religioso.

El movimiento de los espíritus no lo conmovía menos. Escribía en 1818:

> Todos los espíritus religiosos, cualquiera que sea la sociedad a la que pertenezcan, sienten en este momento la necesidad de la unidad sin la cual toda religión se escapa como humo.

Esta necesidad de unidad religiosa se ha extendido y acrecentado en poder desde que estas líneas fueron escritas. No sólo se han multiplicado los regresos al redil: ¿no se ha visto a un partido poderoso pedir la incorporación en bloque de la iglesia anglicana en la Iglesia Católica? ¿No se han manifestado vistas semejantes en Rusia? Y las aspiraciones de los neocristianos y el proyecto judío de una «religión universal», si no proceden de esta misma necesidad que, de día en día, se hace más imperiosa, por lo menos se apoyan en ella.

Hace ochenta, noventa, cien años que J. de Maistre dirigía las miradas de sus lectores al impulso que la

divina Providencia daba entonces al mundo. Era sólo una partida: luego, el movimiento se aceleró, no sólo desde el punto de vista religioso, como acabamos de decir, sino, ¡en todos los sentidos! Cuando de Maistre hablaba así, no podía sospechar el vapor ni la electricidad ni el empleo que de ellos se haría para poner todos los puntos del universo, y puede decirse a todos los hombres, en comunicaciones tan frecuentes como rápidas loa unos con los otros. Por nuestra parte hemos visto la extensión prodigiosa de la industria y del comercio internacional. Hemos asistido al descubrimiento de las últimas tierras ocultas a los ojos de la civilización y a su entrada tan rápida en el movimiento europeo. Vemos África penetrada por todas partes y la raza de Cam entera capturada por la de Jafet. Vemos por fin un trabajo análogo hacerse en los espíritus: la política tiende a la unidad por la fundación de las grandes monarquías o de las repúblicas universales, la industria por las sociedades anónimas, la economía política por la asociación, la mutualidad, y también por el socialismo; el amor de la patria se debilita, ya no se habla más que de universal fraternidad y de ideas humanitarias.

Si fue posible a de Maistre hace casi un siglo afirmar un movimiento de concentración del género humano, este movimiento se impone a los espíritus más desatentos, y puede decirse que esta concentración llegará a término.

Más que nunca la humanidad quiere ser una, según el voto del poeta: *Et cuncti gens una sumus*.

He aquí el hecho saliente de este siglo que hombres de genio habían previsto y anunciado desde los primeros síntomas y que vemos cumplirse. Aquí tenemos en el orden natural el hecho más considerable, quizás, que se haya producido desde el origen del mundo. Este hecho, no podemos dudarlo, se conecta íntimamente a alguna obra secreta que se prepara y se opera ya en el mundo de las almas. Pues, como dice de Maistre, para todo hombre que tiene el ojo sano y quiere mirar, no hay nada tan visible como el nexo de los dos mundos.

Para los judíos este algo será «la Jerusalén de nuevo orden», «la Iglesia democrática», «la Iglesia universal» donde, «todas las barreras rebajadas», los hombres se encontrarán del Oriente y Occidente en «el librepensamiento religiosa».

Los verdaderos cristianos esperan que este algo sea en efecto

la Iglesia universal, pero la verdadera Iglesia de DIOS, justificando desde entonces su nombre de católica ya no sólo porque se extiende del origen del mundo a su fin y de una extremidad a otra de la tierra, sino porque abrazará en efecto en su seno a todas las naciones y hará reinar sobre ellas todas la fe en todas sus enseñanzas, la obediencia a todas sus leyes, la misma divina caridad.

Una vez más, ¡qué circunspección no debe mostrar el cristiano digno de este nombre en la horapresente para no decir nada, no hacer nada que pueda, de cerca o de lejos, inclinar la balanza de los destinos del mundo hacia la solución judía! Nunca ha sido más necesario hacer pasar por el tamiz de la fe las novedades que se presentan, pues nunca las consecuencias que pueden acarrear han parecido más temibles.

Esta necesidad se impondrá más aún, esperamos, al espíritu que quiera terminar de considerar con nosotros el estado presente de la sociedad y del mundo.

CAPÍTULO DECIMOTERCERO. ANTICRISTIANISMO.

En el estado actual de Europa y del mundo al pensador más audaz no puede ocurrírsele pronunciarse sobre el porvenir; apenas se atreve a conjeturar.

> ¿Qué somos, débiles y ciegos humanos, y qué es que esta luz temblorosa que llamamos Razón? Cuando hemos reunido todas las probabilidades, interrogado la historia, discutido todas las dudas, todavía no podemos abrazar más que un nubarrón engañoso en lugar de la verdad. ¿Qué decreto ha pronunciado este gran Ser ante quien no hay nada grande? ¿Dónde y cuándo acabará la sacudida? ¿Es para reconstruir que ha volcado, o sus rigores son sin retorno? ¡Ay! una nube sombría cubre el porvenir y ningún ojo puede penetrar estas tinieblas. (*Consid*. 112.)

Así hablaba J. de Maistre entre 1790 y 1794, es decir a los comienzos de la Revolución. Y sin embargo hasta sus últimos días se aplicó a escudriñar las diferentes manifestaciones de esta revolución para sacar pronósticos de porvenir.

Un elemento considerable de apreciación le faltaba.

No veía lo que está ante nuestros ojos ahora.

Una nación que no está, como las demás, encerrada en un territorio determinado, que es esencialmente *cosmopolita*, dispersa dentro de todos los pueblos, que no se confunde con ninguno de ellos, que

guarda en medio de su diversidad su nacionalidad, su individualidad y su originalidad, se levanta de su larga humillación y se muestra en seguida preponderante en todo y por todas partes. Como lo decía uno de los suyos, converso al cristianismo, el P. Ratisbonne[40]:

> Los judíos tienen en esta hora apretada como en una red a toda la sociedad cristiana.

Se podría decir casi el mundo entero.

Gracias a su ubicuidad, la nación judía contribuye poderosamente a poner los pueblos en relaciones mutuas, a operar la fusión del género humano en el orden de los intereses temporales.

Pero su acción no se limita a eso: la lleva también al orden de las ideas, y hemos visto en qué sentido. Si ella coopera a los designios de DIOS contribuyendo, en amplia parte, a la obra de unificación del género humano, se esfuerza en hacer acabar esta unificación no en el reino de Nuestro Señor JESUCRISTO sobre todos los pueblos y sobre todos los hombres, sino al contrario en arrancarle las almas y las naciones que se pusieron bajo su ley para confundirlas todas en un israelitismo liberal y humanitario.

¿Puede esperar el éxito?

Hemos visto que tiene entre las manos los más poderosos medios y que usa de ellos. Hemos visto que, gracias sobre todo a su acción tan general como incesante, la indiferencia religiosa gana terreno todos los días, y hace progresar hacia la «Jerusalén de nuevo orden» que sus adeptos esperan con ansia.

Para llegar a este fin, trabajan por un lado en aniquilar todo patriotismo, por otra parte en destruir toda convicción religiosa. Bajo su dirección, la prensa se emplea en esta labor todos los días, en todo el mundo, con un ardor infatigable, mediante el sofisma, mediante la divulgación de los hechos que juzga favorable a su causa y la falsificación de aquellos que le son contrarios, y sobre todo mediante la corrupción de las costumbres. Luego, cuando el trabajo avanzó bastante en un punto u otro, los legisladores, a los cuales mandan las sociedades secretas, llegan a encorvar a todos los ciudadanos bajo el yugo de una nueva ley que tendrá por efecto restringir más, restringir siempre, el campo donde la libertad cristiana podía moverse, y con eso preparar generaciones cada vez más

[40] *Question juive*, p. 9, an. 1868.

indiferentes y cada vez mejor dispuestas a entrar en el molde del israelitismo liberal y humanitario.

Ya de Maistre observaba que

> el protestantismo, el filosofismo y mil otras sectas más o menos perversas o extravagantes habían disminuido prodigiosamente las verdades entre los hombres.

Y añadía:

> El género humano no puede quedar en el estado en que se encuentra. (*Del Papa*, XXXVII.)
>
> Si no se opera una revolución moral en Europa, si el espíritu religioso no es reforzado en esta parte del mundo, el nexo social queda disuelto. No se puede adivinar nada, y hace falta esperarse todo». (*Consid. 26*.)

Cincuenta años más tarde, Blanc de Saint-Bonnet, observando que el mal no hacía sino progresar, decía:

> El mundo parece estar en vísperas de acabar o de sufrir una transformación religiosa.… El protestantismo, el liberalismo y el socialismo son nuestros tres grandes pasos hacia el abismo. (*Restauration française*, 457 -8.)

¿Qué diremos hoy?

Ciertamente el mundo encierra todavía ahora, en gran número, almas admirables; pero ya en ningún sitio la sociedad humana rinde a DIOS el culto social que le es debido, y la indiferencia religiosa gana cada día terreno. En la sociedad como en las almas, la obra perseguida por Israel ha adelantado a un punto que pocos hombres pueden captar, porque los exteriores parecen siempre un poco los mismos hoy que ayer: cuando las convicciones caen, los hábitos guardan todavía durante algún tiempo una sombra engañosa de ellas.

Por otra parte, los hábitos están para decir hasta qué punto baja en las almas el imperio que la religión saca de las convicciones. ¡Véase cómo los crímenes se multiplican y cómo los criminales crecen en maldad! Todos los días las hojas públicas nos presentan tipos nuevos de criminalidad y nos traen relatos que superan en horror aquéllos de la víspera. Resulta que la niñez misma conoce todas las formas del mal y no se arredra ante nada.

¿Adónde nos lleva esto? Hay que decir con Maistre:

No se puede adivinar nada y hay que esperarse todo… Las circunstancias en que estamos no es parecen a nada y no pueden ser juzgadas por la historia… Lo que hay de seguro es que el mundo no puede quedar donde está. Marchamos a grandes pasos hacia…

¡Ay! ¡mi DIOS, qué agujero! la cabeza me da vueltas.

El espanto que sentía este hombre de genio en el medio mismo de aquel período que se quiso poder decorar con el nombre de Restauración, ¡con qué poder se impone hoy a toda alma capaz de ver y reflexionar!

La obra empezada hace un siglo, ¿va a acabarse? No se ve en el mundo nada que intente frenarla actualmente. Los católicos no se defienden más. Desde veinte años todos los atentados han sido cometidos contra ellos, contra su religión, contra su DIOS. Han protestado en primer lugar en vanas palabras, hoy ya no tienen siquiera el ánimo de elevar la voz.

Humanamente hablando, la obra se seguirá pues, porque no encuentra más oposición, porque hasta se osa decir que ya no debe encontrarla de parte de aquéllos mismos que tienen entre las manos los destinos del país.

¿En qué va a acabar eso?

¡Ay! aquí es donde el corazón tiembla y la pluma vacila.

Los judíos, cuyo poder se hizo tan formidable en tan poco tiempo, ¿verán sus esperanzas cumplirse? ¿Lograrán arrancar de los corazones lo que queda todavía de patriotismo? ¿Lograrán, después de rechazar la religión en los templos, privar de ella las almas? Y después, cuando el terreno haya sido preparado así, ¿verán surgir del medio de ellos el mesías que desde hace tantos siglos esperan con ansia para reducir el mundo a servidumbre? Es cierto que en ninguna época de la historia los tiempos fueron más favorables a su dominio. El mundo político, el mundo económico y comercial, las sociedades secretas y los judíos, trabajan con un infatigable ardor en la *unidad cosmopolita*. La masonería sólo habla de los derechos del hombre en general; tiende a reemplazar la patria particular de cada pueblo por una grande y universal patria que sería la de todos los hombres.

Ahora esta unidad clama por una cabeza.

¿Y esta cabeza qué sería, cuando el cristianismo expulsado del gobierno y de la educación de los pueblos, rechazado de la familia y de la conciencia individual por la licencia creciente de las costumbres y los apetitos de una codicia sin freno, se vería por todas partes proscrito, deshonrado, vilipendiado?

Los judíos apoyados en sus tradiciones responden: «Esta cabeza

del mundo será nuestro mesías cuya aparición es inminente».

Y lo que no nos permite otorgar a estas esperanzas una mera atención distraída, es que al lado de las tradiciones judaicas hay tradiciones cristianas que nos anuncian el reino universal de un anticristo.

El apóstol San Juan hablaba de él ya antes del fin del primer siglo: «Habéis aprendido que un anticristo debe venir; y ya hay varios anticristos». Precursores o esbozos del último anticristo han aparecido sucesivamente en el curso de los siglos. El último, el verdadero, el que llevará en su única persona la síntesis perfecta de todas las inspiraciones anticristianas que han brotado en el mundo desde hace dieciocho siglos, ¿está cerca? Es posible.

Una conmoción profunda se impone a quien, después de cotejar los caracteres que la tradición judaica da a su mesías y los que la tradición cristiana da al anticristo, oye a los judíos decir: «Los tiempos están cerca», y ve la transformación que se opera en el mundo desde hace un siglo y que se acelera de día en día.

¿Su tiempo es tan cercano como lo creen? Nosotros no sabemos nada. Nadie en el mundo puede saberlo.

Sí se sabe es los Apóstoles creyeron deber anunciarlo a los contemporáneos mismos de Cristo y que los Padres quisieron que los cristianos de su tiempo lo temieran. Sí se sabe, más cerca de nosotros, que San Vicente Ferrer hizo milagros para establecer que era uno de los ángeles encargados de advertir desde lejos a los pueblos de su aparición. Y se sabe que Pío IX leyó en el secreto de La Salette la palabra: anticristo[41].

Lo que es no menos cierto es que desde los primeros días del cristianismo el anticristo es una *realidad* futura, asegurada; que su aparición es necesariamente un hecho *en vía de formación*, que va llegando a nosotros por rutas que, día a día, los acontecimientos le construyen; y que estamos actualmente en un estado de *anticristianismo*, es decir en el estado en que es necesario que él encuentre el mundo para ser aceptado.

¡Si este hombre apareciera hoy, cuántos, en el estado actual de los espíritus, lo aclamarían!

---

[41] Cuando, por orden de Mons. Bruillard y en presencia de los dos vicarios generales de Grenoble, del Sr. canónigo Taxis y del Sr. Dausse, ingeniero civil, Melania escribió su secreto para que fuera enviado al Papa Pío IX, preguntó el significado de la palabra *infaliblemente* y la ortografía de la palabra anticristo.

Los masones al igual que los judíos se verían en el colmo de sus votos. Y esta multitud que las sociedades secretas ha seducido en los dos mundos; todos los que han aprendido, en las escuelas neutras, a renegar a Cristo; todos los que la prensa ha llenado de ideas falsas y sentimientos viciosos; todos aquellos en cuyo corazón se sopla, hoy más que nunca, la codicia y la envidia; todos los que sueñan con el trastorno de las instituciones y sociedades cristianas, ¿no se colocarían bajo su estandarte? Y luego vendrían los tímidos, los flacos, todos aquellos a quienes el ejemplo arrastra y la amenaza asusta, es decir, el resto de la multitud, pues nunca los caracteres fueron más débiles; nunca la verdad, única que da al alma su fuerza, tuvo menos imperio sobre el gran número. ¿Qué digo? Innegablemente oímos esta voz:

> No hablemos a la multitud, al menos por ahora, de las esperanzas eternas, que no nos escucharía; no le hablemos de sus deberes, que haría oídos sordos. Enseñémosle a reclamar de los derechos, aguzará la oído; prometámosle la felicidad en la tierra, que nos seguirá.

Con qué ardor las muchedumbres así preparadas se echarían en los brazos del hombre que concentraría en sí todo el poder de Israel y que vendría decir a todos:

> Soy el apóstol y el príncipe de la fraternidad universal[42], mi misión es unir a los hombres, unificar a los pueblos y llenarlos de los bienes de la tierra. ¡Retírese CRISTO, este austero y sombrío enemigo del hombre! El gozo de todos los bienes y de todas las voluptuosidades es la ley suprema de la humanidad que hasta hoy fue desconocida y ultrajada por los trapaceros que, bajo el signo detestable de la cruz, han tiranizado la tierra.

No hay que engañarse, los caracteres del mesías talmúdico son los caracteres del anticristo. El mismo siniestro personaje es anunciado por ambas partes[43]: un hombre de raza judía, convertido en rey de los judíos, concentrará en su corazón, en sus discursos y en sus obras todo lo que la malicia de los siglos pudo oponer a Nuestro Señor JESUCRISTO y a su Iglesia; y DIOS, para el cumplimiento de sus misteriosos designios, le dejará

---

[42] Es sabido que la liberación de la humanidad y la fraternidad universal son las dos contraseñas de la masonería.

[43] Una palabra muy significativa de Nuestro Señor JESUCRISTO parece favorecer la opinión acreditadísima de que el anticristo sería el mesías esperado y aclamado por los judíos: «Pues yo vine en nombre de mi Padre, y no me recibís; si otro viniere de su propia autoridad, a aquél le recibiréis». Joan. V, 43.

tomar, sobre todo el universo, por un tiempo, el imperio más temible.

Los judíos afirman que su advenimiento está cercano[44]; y de hecho, desde hace un siglo, hemos entrado, no en una crisis cualquiera, sino en la REVOLUCIÓN. Ahora bien, el carácter más impactante y más esencial de la Revolución es la insurrección del hombre contra DIOS y contra su CRISTO, es el ANTICRISTIANISMO, es decir un esfuerzo más grande que los intentados hasta aquí para destruir la obra del Cristo en las costumbres, en las leyes, en las instituciones y hasta en la Iglesia misma: el liberalismo católico no es otra cosa, en efecto, que el espíritu revolucionario que trata de introducirse en la Iglesia misma.

Este anticristianismo que reina en las sociedades, que vive en tantos corazones, ¿debe acabar por encarnarse próximamente en el anticristo personal? ¿El reino del último de los anticristos será la final de la Revolución? No lo sabemos. En cada uno de los asaltos que, desde hace dieciocho siglos, las puertas del infierno libraron a la obra divina, los espectadores dijeron: Es el último; con él vendrá el fin, pues Satanás no podrá encontrar nada que supere lo que sufrimos. Pero decir siempre: No hay nada más allá», es equivocarse siempre. Después de un momento de descanso, el asalto se reanuda más terrible y más seductor. Habrá sin embargo un último. Y el que sufrimos actualmente tiene el carácter de anticristianismo en grado supremo; y quienes se esfuerzan en rechazarlo se hacen cada vez más infrecuentes y son cada vez más reducidos a la impotencia.

¿Cuál es el deber en tal estado de cosas?

El primer deber, el más urgente, más necesario, es munirse uno mismo del escudo de la fe, luego trabajar, cada uno según su poder, a mantener la integridad de la fe en el mundo.

> ¡Oh Timoteo!, guarda el depósito de la fe que te he entregado, evitando las novedades profanas en las expresiones o voces, y las contradicciones de la ciencia que falsamente se llama tal, ciencia vana que profesándola algunos vinieron a perder la fe. (I Tim. VI, 20-21.)
>
> Pero el Espíritu Santo dice claramente que en los venideros tiempos han de apostatar algunos de la fe, dando oídos a espíritus

[44] En su número del 7 de enero de 1899, la *Croix* refería esta palabra de un judío:
«Es nuestro imperio que se prepara; es el que llamáis anticristo, el judío temido por vosotros, que aprovechará todos los nuevos caminos para hacer rápidamente la conquista de la tierra».

falaces y a doctrinas diabólicas. (I Tim. iv, 1.)

Ha sido así desde siempre, es así igualmente hoy día. Y si, a pesar de la advertencia del apóstol, «las novedades profanas» siguen serpenteando, las defecciones se multiplicarán, pues nunca hubo medio intelectual, social y político, mejor preparado para hacerlas brotar. Cuidemos pues a «tratar el misterio de la fe con limpia conciencia», (I Tim. III, 9, acordándosenos que «la prueba de nuestra fe produce la paciencia» (Sant. I, 3), que «la tribulación ejercita la paciencia, la paciencia sirve a la prueba de nuestra fe, y la prueba produce la esperanza de los bienes eternos». (Rom. v, 3-5.)

Pero no solamente en nuestra alma debemos guardar, con una vigilancia más atenta que en tiempo ordinario, la integridad y pureza de la fe; debemos hacerlo en la sociedad y en la Iglesia. Para ella no hay esperanza de victoria más que en esta integridad y pureza: *Haec est victoria quæ vincit mundum, fides nostra*. La fe, y la fe sola es lo que ha dado y no deja de dar a la Iglesia la victoria sobre el mundo.

Cuando eso sea olvidado, tocará entonces la hora de la derrota final: «Cuando viniere el Hijo del hombre, ¿os parece que hallará fe sobre la tierra? (Luc, XVIII, 8.)

Hoy sobre todo, entonces, en este supremo asalto librado a la sociedad cristiana por el anticristianismo bajo todas sus formas, retírense los compromisos con la incredulidad y las concesiones al error, aún con miras a procurar la expansión de la Iglesia; retírense las mutilaciones del dogma, las atenuaciones de lo sobrenatural, los facilismos de toda naturaleza, aún bajo el pretexto de su avance interior. Ilusiones generosas en su intención, pero ilusiones que la historia así como la enseñanza de nuestros padres condena, y que, si se acentúan, si perseveran, conducirían a la catástrofe final.

CAPÍTULO DECIMOCUARTO. ALGUNOS RESPLANDORES.

El anticristianismo, que tomó nacimiento con la Iglesia y que desde entonces no dejó de minar sordamente la obra del divino Salvador o trabajar abiertamente para destruirla, tomó con la Revolución un poder y una universalidad que no había tenido nunca; al punto que los judíos, que mantienen activa esta guerra desde hace mil ochocientos años, exultan y dicen que la hora del triunfo tocará por fin para ellos, mientras

que, de nuestro lado, hombres eminentes se preguntan si la hora de los últimos esfuerzos del infierno no ha llegado.

Tal perspectiva es muy propia para sembrar el desaliento si no la desesperación en las almas.

Y sin embargo, hoy como en el pasado, no debemos cerrar nuestros corazones a la esperanza; deberíamos esperar, aún cuando tuviéramos la certeza que «el hombre de pecado» aparecerá y reinará sobre toda la superficie de la tierra.

En primer lugar, aún entonces será lícito a cada uno hacer su salvación; y todos los que quieran recibirán gracias proporcionadas a la grandeza de la prueba. Entonces como hoy, las aflicciones serán cortas, y no sólo cortas, sino ligeras en comparación «del peso eterno de gloria que supera toda medida» con que serán recompensados los perseverantes.

Corta para cada uno, la suprema prueba lo será también para el mundo. Según una interpretación bastante común de un pasaje de las Sagradas Escrituras, el reino del anticristo nacido no durará más que tres años y medio. Está bien cuando se podrá decirse con el Salmista:

> Vi yo al impío sumamente ensalzado, y empinado como los cedros del Líbano. Pasé de allí a poco, y he aquí que no existía ya; le busqué, más ni rastro alguno de él pude hallar.

Y si cada fiel podrá contar entonces con la gracia de DIOS, la santa Iglesia podrá, en esta lucha suprema, contar con una asistencia de la Santísima Virgen más poderosa que nunca. Lo que nos da la seguridad de ello, es que el tiempo del anticristo debe ser el término de la guerra a muerte, declarada desde el tiempo de los Apóstoles, entre la raza de la Mujer y la raza o sinagoga de Satanás, guerra anunciada desde el comienzo del mundo por estas palabras: «Pondré enemistades entre tú y la Mujer, entre tu raza y la suya». La Mujer es la Iglesia, pero es también María, Madre de DIOS. Y si la Iglesia puede decir en su oficio que María sola ha triunfado sobre todas las herejías, *cunctas haereses sola interemisti in universo mundo*, ¿cuál no será el poder de su intervención en esta suprema batalla?

Ya ahora, contra el esfuerzo satánico que sufrimos hoy, esta intervención es manifiesta.

En el momento en que la Revolución iba a entrar en la fase actual, cuando se preparaba la

guerra de Italia que tenía como fin la destrucción del poder temporal de los Papas y que debía tener como consecuencia el rebajamiento de la Francia católica, la hegemonía de la Prusia protestante y el triunfo de la judería y de la masonería, en ese mismo momento, al fin de 1854, *signum magnum apparuit in cœlo*, un gran signo apareció en el cielo de la Iglesia: una mujer envuelta del sol, María adornada de la gracia santificante desde el primer instante de su existencia, ¡María concebida sin pecado! Y desde entonces la inmaculada se quedó en nuestro cielo, multiplicando los milagros para decirnos: ¡No temáis nada, estoy con vosotros! Y hoy que los días se han vuelto más malos y las tinieblas más espesas, la voz del Soberano Pontífice, la voz de la atalaya situada por DIOS en la cofa de la barca de Pedro no deja de gritarnos: *Respice stellam, voca Mariam*. ¡Levantemos las miradas! ¡a la estrella! ¡y que de los corazones se eleve poderosa la oración a María! Cada año él invita al mundo entero a recitar el Rosario; cada mañana, en el momento más solemne del día, después de la celebración del santo sacrificio de la misa, él manda decir, sobre toda la superficie de la tierra, la oración donde María es invocada con san José el patrón de la santa Iglesia y san Miguel el adversario, el vencedor de Satanás.

Así pues, ni nosotros ni la Iglesia estamos actualmente sin socorro, y lo estaríamos menos todavía si la prueba debiera alcanzar el apogeo predicho desde el comienzo. Pero además no estamos sin alguna esperanza de ver tiempos los mejores suceder a la prueba.

Se cree generalmente que el reino del hombre de pecado debe ser la última escena de la vida del mundo y que su derrota y su muerte deben preceder inmediatamente el segundo advenimiento de Nuestro Señor JESUCRISTO, aquel en que él vendrá, en gran majestad, a juzgar a los vivos y los muertos.

Es posible que así sea, pero no es cosa cierta.

El sentimiento de varios intérpretes del Apocalipsis, sentimiento seriamente fundado en razón, es que el reino del anticristo no será el prefacio del juicio último sino el último esfuerzo del infierno para oponerse al reino universal y en adelante pacífico de Nuestro Señor JESUCRISTO en el mundo rescatado por su sangre.[45]

---

[45] Para hallar más desarrollos, ver entre otros los artículos publicados por el P. Gallois, de los Hermanos Predicadores, aparecidos en la *Revue byblique* y reunidos en un volumen en Lethielleux, bajo este título: *L'Apocalypse de saint Jean, ordonnance et interprétation des visions allégoriques et prophétiques de ce livre*.

Desde Pentecostés la Iglesia luchó penosamente contra el judaísmo, contra el paganismo, contra el mahometismo, contra el protestantismo y todas las herejías que lo precedieron, y hoy contra la Revolución. La iniquidad parecerá triunfar finalmente con el anticristo; pero a su vez él será aplastado y aniquilado. Entonces los judíos, que habían puesto en él toda su esperanza, abrirán los ojos, y viendo el triunfo del verdadero Cristo, lo reconocerán por el Mesías prometido a sus padres; se convertirán en masa, y su ejemplo y sus predicaciones volverán a llevar a la Iglesia todos los pueblos que la hayan abandonado y aquéllos mismos que todavía no habían llegado a ella. Al mismo tiempo el dragón, el príncipe de los demonios, será encadenado por largos siglos[46]. Nuestro Santo Padre el Papa nos hace pedir esta derrota de Satanás y el triunfo del Santa Iglesia todos los días. El triunfo, es decir la renovación de la sociedad cristiana, la perfecta maduración de los principios del evangelio en todos los pueblos. Triunfante de todos sus enemigos, la Iglesia se desplegaría con magnificencia, sin dejar entre tanto de ser siempre idéntica a sí misma. Esencialmente inmutable, conservaría en su integridad sus dogmas, su disciplina, su autoridad, su jerarquía, sus sacramentos y sus prácticas; pero el imperio de sus leyes se extendería a todo el universo. Sería, como dice el Sr. Pradié en su libro: *El mundo nuevo* o *el mundo de Jesucristo*, el mismo grano de mostaza con sus elementos primitivos depositados por el Verbo encarnado dentro del hombre y fecundados por el Espíritu Santo en Pentecostés, pero desarrollados y madurados según toda la extensión de la oración del divino Salvador al Padre celestial.

El pecado no desaparecerá de la tierra, habrá siempre mezcla de buenos y malos, pero, como la sociedad estará organizada y regida según las leyes del evangelio, los buenos predominarán durante este feliz período que se prolongará durante mil años, es decir durante un tiempo tan largo como indefinido. Y así el nivel pasado sobre el mundo por la Revolución, por las conquistas de la ciencia y por el anticristo, sólo daría a la tierra la preparación final que debe sufrir para presentar un suelo propio para las construcciones divinas.

Por tan terribles trastornos y tan horrendas calamidades, la

[46] Compárese con el texto del Apocalipsis aquí aludido la oración que se dice todos los días después de misa y que termina con este pedido: «Y tú, Príncipe de la milicia celestial, arroja al infierno con el divino poder a Satanás y los demás espíritus malignos que andan dispersos por el mundo para la perdición de las almas».

> Providencia, preparando no sé qué de inmenso, habrá triturado y modelado en cierto modo a los hombres para hacerlos aptos para la UNIDAD FUTURA. (de Maistre, VIII - 442.)

De todos modos, esté o no esté cercano el reino del mesías talmúdico, llamado también el anticristo, parece bien que después que la Revolución se haya degollado de sus propias manos, lo cual no puede tardar mucho más, se conceda a la tierra una larga época de paz y de prosperidad espiritual.

No transcribiremos aquí las profecías del antiguo Testamento, ni los votos que la santa Liturgia pone sobre nuestros labios cada año del Adviento a la Epifanía, pidiendo la venida del reino de Nuestro Señor JESUCRISTO a todo el mundo y a todos los pueblos.

No repetiremos la gran promesa del Sagrado Corazón anunciando este reino para el tiempo presente ni los presentimientos de los santos para la época que seguiría a la definición de la Inmaculada Concepción, no queremos aquí apelar a las luces sobrenaturales, sino sencillamente a las de la razón.

Escuchemos en primer lugar al hombre de este siglo cuya inteligencia se ha mostrado tan sagaz para sacar de los acontecimientos contemporáneos previsiones sobre un próximo porvenir, que ha podido ser llamado el profeta de los tiempos presentes.

J. de Maistre, que había asistido a la orgía revolucionaria de 93, que había visto la Revolución coronada en la persona de Bonaparte subyugar a Europa, que había llorado comprobando que la restauración de los borbones, lejos de aniquilar el espíritu revolucionario, lo consolidaba y que, desde entonces, anunciaba con una imperturbable seguridad los trastornos de que fuimos testigos en 1830[47], en 1848, en 1870 y los que la situación actual prepara infaliblemente, J. de Maistre no desesperaba; y no sólo no desesperaba, sino que anunciaba, con igual seguridad, el triunfo del Santa Iglesia, el fin de los cismas y herejías; afirmaba que la obra de unificación operada en el mundo paralelamente al desarrollo del espíritu revolucionario, y por este espíritu mismo, acabaría en la realización de la promesa hecha por Nuestro Señor JESUCRISTO la víspera de su muerte: «No habrá más que un solo rebaño bajo un solo Pastor».

---

[47] Escribía en medio de 1820: «La familia real será una vez más expulsada de Francia». (T. XIII, 133, y XIV, 284.) Decía en otra parte: «Es infinitamente probable que los franceses nos den una tragedia más». (T. XIV, 156.) Desgraciadamente una sería poco.

Cuando el suelo de Francia estaba todavía todo húmedo de la sangre de su clero, de su aristocracia y de lo que había de mejor en el pueblo, él decía:

> Cuando dos partidos se chocan en una revolución, si uno ve caer por un lado víctimas valiosas, puede apostar que este partido acabará por prevalecer, a pesar de todas las apariencias contrarias. (*Obras*, 1, 239.)

Los mártires de la Revolución, sus expiaciones, sus méritos y sus oraciones eran uno de los motivos de su confianza, pero tenía muchos más; en el medio mismo de esta «época terrible donde la razón parecía prohibir la esperanza, y donde la esperanza misma se convertía en un tormento para las almas de verse tan postergada en el porvenir», escribía en 1794 al Sr. conde de Beauregard:

> Estoy persuadido de que todo esto acabará, y lo que es más, creo que *todo lo que vemos nos lleva AL BIEN* por caminos desconocidos. Esta idea me consuela de todo.
>
> Muy pocos hombres son capaces de comprender el prodigio adorable que forzará al mal a limpiar con sus propias manos el lugar que el eterno Arquitecto ya ha medido con su ojo para sus maravillosas construcciones. (1, 307)

Esté muy seguro de que el partido satánico (salido a la escena hace tres siglos y más con el Renacimiento seguido de la Reforma seguida de la Revolución), sucumbe, que toca a su fin, y que juega de su resto. La impaciencia nos es muy natural pues sufrimos; hace falta sin embargo tener bastante filosofía para domar los primeros movimientos. Los minutos de los imperios son años del hombre. (XIV, 163.)

Toda revolución es larga, y larga en la medida en que es vasta, también en la medida de la masa de los elementos puestos en fermentación y de la grandeza del efecto que debe resultar. (X, 470.)

Si hay alguna cosa desdichadamente evidente, es la inmensa base de la Revolución actual que no tiene otros límites que el mundo. (XI, 352.)

Pero la reacción que debe ser igual a la acción, la duración misma de los males anuncia a Ud. una contrarrevolución de la que no tiene idea. (I, 21.)

Tiemblo como Ud., lloro como Ud. sobre todo lo que pasa, y experimento momentos de desaliento pero luego me levanto. (*Ibídem*. 194.)

¿Qué pasará? DIOS solo lo sabe, y quizás también el diablo tiene el secreto. En cuanto a mí, estoy

siempre lleno de esperanzas. Siempre son las mismas. (VIII, 110.)

La Revolución que es completamente satánica, no puede ser matada verdaderamente sino por el principio contrario. La contrarrevolución será angelical, o no la habrá, pero esto no me parece posible. (XIV, 149.)

Mil razones me prueban que tocamos a una revolución moral y religiosa (la verdadera revolución, de la cual la de 93, vigente hasta hoy, sólo fue el espantoso prefacio) sin la cual el caos no puede ceder a la creación… Todavía no vemos nada porque hasta aquí la Providencia no hizo más que limpiar el lugar; pero nuestros hijos exclamarán con una respectuosa admiración: Fecit magna qui potens est». (XIII, 169.)

Cuando vean lo que resultó de la conjuración de todos los vicios, se prosternarán llenos de admiración y agradecimiento». (X, 444.)

Hay, en esta inmensa revolución, cosas accidentales que el razonamiento humano no puede captar perfectamente: pero hay también una marcha general que se hace sentir a todos los hombres que fueron capaces de procurarse ciertos conocimientos. *Todo al final se tornará hacia lo mejor*. (XIII, 176.)

Esta inmensa y terrible revolución fue empezada con un furor que no tiene ejemplo contra el catolicismo y a favor de la democracia. El resultado será a favor del catolicismo y contra la democracia[48]. (IX, 467.)

No hay castigo que no purifique, no hay desorden que EL AMOR ETERNO no torne contra el principio del mal. Es dulce, en medio del vuelco general, presentir los planes de la Divinidad. (I, 40.)

Me parece que la Providencia diga: *Ecce nova facio omnia*. (X, 405.)

Saludo este porvenir que no debo ver. (XIV, 233.)

Este *nova facio*, este nuevo orden de cosas, no era otra cosa en su pensamiento y esperanzas, que la unión del género humano en la misma fe religiosa, bajo la conducción de una sola y misma Iglesia, gozando en plenitud de su catolicidad.

¡Ya él veía los elementos de esta unidad prepararse, y cuánto más adelantada está hoy día la obra!

Él recogía con alegría los síntomas ya sensibles de una vuelta

[48] Hoy esta palabra se ha vuelto tan equívoca que debe emplearse distinguiendo cada vez. De Maistre no quiere decir que la contrarrevolución será hecha contra el pueblo, sino que pondrá fin a la herejía que pretende que el poder viene de él y no de DIOS, y que desde hace un siglo se esfuerza en constituir la sociedad sobre este error capital.

a la unidad católica en Europa. Decía:

> Todos los espíritus religiosos, pertenecientes a cualquier secta, sienten en este momento la necesidad de la unidad… Pero que esta unidad sólo pueda operarse por nosotros (católicos), es una verdad que, aún siendo incontestable, no puede ser admitida sin una larga y terrible resistencia, pues choca contra todos los géneros de orgullo y todos los prejuicios imaginables». (XIII, 218.)

Desde que estas líneas se escribieron, la necesidad de la unidad se ha hecho sentir de una manera más imperiosa y general. Sería demasiado largo dar aquí las pruebas; están por otra parte en los acontecimientos que se cumplen diariamente dentro de las sectas separadas. Los errores del cisma y de los herejía se hacen cada vez más manifiestos a los ojos de quienes estudian, y éstos se hacen cada vez más sinceros y numerosos; los prejuicios desaparecen poco a poco, aún dentro de las muchedumbres.

Nunca se vieron tantas conversiones en las filas de la sociedad más notables por la ilustración de la ciencia, de la nobleza, y aún de los cargos eclesiásticos, y eso en los países más visibles a los ojos del mundo. Nunca tampoco las llamadas de la Santa Sede a los «hermanos separados» fueron más acuciantes, y nunca se produjeron en circunstancias más favorables para ser escuchadas.

Y lo que hace a esta llamada más particularmente oportuna, es el estado de descomposición en que se encuentran todas las sectas. Lo que la Revolución hizo en la política, la ciencia lo opera dentro de las falsas religiones: las disuelve todas, actualmente, para dejar el campo libre al evangelio de JESUCRISTO.

Aunque la herejía luterana mucho se afirme en los Lugares Santos con toda la pomposidad del poder imperial, Guillermo II no hará olvidar que el luteranismo ya no es más que el fantasma de una religión. Todos los esfuerzos del potentado para galvanizar a este cadáver sólo manifestando su disolución.

La iglesia anglicana no está en mejor estado. El «*disestablishment*» ha empezado y se acabará rápidamente, pues ya se ha convertido en la principal *platform* de la lucha de los partidos. Las sectas abundan, se multiplicarán al infinito cuando la mano del estado deje de sostener la Iglesia nacional y sus bienes hayan sido dispersados.

La ciencia, este disolvente infalible de todo lo que no es el oro puro de la verdad, todavía no ha

hecho en las Iglesias orientales el estrago que ha producido en Alemania e Inglaterra. De Maistre había predicho este orden: «Los cismáticos sólo regresarán a la unidad después de los protestantes», (*Del Papa*, cap. 2, liv. IV). Pero Rusia ya está muy afectada, y arrastrará a sus satélites.

Y si pasamos de los pueblos cristianos a los pueblos infieles, ¿qué vemos? Los judíos se hacen adrede librepensadores y con un fin confesado que hemos constatado. El islamismo, el budismo, el brahmanismo y el confucianismo están trabajados igualmente por el espíritu nuevo. El fetichismo por fin es perseguido infatigablemente a sus retiros más tenebrosas.

Cuando el libre examen y los principios de 89 hayan acabado de dar la vuelta del mundo —lo que está muy cerca de cumplirse—, no quedará de pie sobre la tierra más que la Santa Iglesia Católica; todo el resto estará en disolución, y todas las miradas se volverán hacia el faro luminoso que Nuestro Señor JESUCRISTO vino a poner en el centro del mundo.

¡A ella los despojos de las naciones!

Mientras que el soplo venido de los abismos infernales hace su obra y pasa a ser, contra la espera de Satanás y por la virtud del Altísimo, un medio de preparación evangélica, el soplo venido del Cenáculo se hace sentir más cálido y potente y se difunde por todas partes.

Nunca el celo para la conversión de los infieles fue tan grande en la Iglesia, excepto en los tiempos apostólicos. Todas las órdenes religiosas rivalizan en ardor por ir a predicar el evangelio a las comarcas más alejadas; y, lo que no se había visto nunca, las mujeres mismas se hacen misioneras, desafiando con un coraje superior a su sexo todos los peligros para ir a llevar, a los ojos encantados de los infieles, el espectáculo de las virtudes cristianas y las luces de la fe que las inspira.

Y mientras los apóstoles trabajan, los fieles rezan. *¡Adveniat regnum tuum!* Nunca este grito del divino Salvador, puesto por él en nuestros labios, salió más ardiente de más corazones.

Pero, se dirá, si la fe es predicada a los infieles y si se manifiestan en los países protestantes y cismáticos deseos de unión religiosa, existe dentro del catolicismo la indiferencia que Ud. ha mostrado creciente, existe la incredulidad manifiesta, y por decirlo todo el

odio de la religión, el odio del sacerdote, el odio de DIOS mismo que día tras día hace los más lamentables progresos!

Es verdad. Pero para ver si estos progresos no serán detenidos, consideremos separadamente la incredulidad científica, la indiferencia religiosa, y el odio satánico, para llamarlo por su verdadero nombre.

La incredulidad tomó desde el siglo decimoctavo su punto de apoyo en la ciencia. Llegó a su apogeo en los primeros años del siglo presente. Está en retroceso en toda la línea actualmente. En todos los órdenes de ideas y de hechos la verdad se hace dueña del error, y con un poder tanto más fijo y firme, cuanto que los fundamentos mismos habían sido puestos al desnudo por los adversarios. Así ocurre con todas las ciencias que se relacionan con la teología como con la filosofía, con las ciencias naturales como con las ciencias morales, con la historia como con la economía política. Haría falta otro libro para probar lo que afirmo, pero quienes se mantienen al corriente del movimiento científico saben que digo la verdad. De Maistre había previsto bien este triunfo que sólo está comenzando, pero que se vuelve más consolador de día en día. Había dicho que los esfuerzos de la crítica científica acabarían en tres cosas: el triunfo de la ciencia verdadera sobre la ciencia falsa, la disolución de las iglesias separadas, y la exaltación de la Iglesia Católica. Decía sobre el primer punto:

> Los científicos europeos son en este momento especies de conjurados que hicieron de la ciencia una clase de monopolio y no quieren absolutamente que se sepa *más* o *de otra manera* que ellos. Pero esta ciencia será incesantemente deshonrada en breve por una posteridad *iluminada*, que acusará justamente a los adeptos de hoy de no haber sabido sacar de las verdades que DIOS les había entregado las consecuencias más preciosas para el hombre. Entonces toda la ciencia cambiará de cara. (V, 238.)

Ella ya es irreconocible. Basta comparar las conclusiones actuales de la ciencia en química y biología, en astronomía y geología, en historia y ciencias morales, etc., etc., con lo que eran hace cincuenta años, para ver el inmenso progreso que se ha hecho. Ahora bien, este progreso vale todo en honor y favor de la religión. El Sr. Brunetière lo comprobaba recientemente. Dice:

> Hoy ya no admitimos, como se lo hacía hace solo veinticinco años,

> que la no-creencia o la incredulidad sea una prueba de libertad, de amplitud, de extensión de espíritu. La negación de lo sobrenatural pasaba en aquel tiempo por la condición misma del espíritu científico… *y estamos condenados a ver lo sobrenatural reaparecer en la circunferencia de nuestro saber*. Se ha reconocido que la fe más sincera como la más humilde y más alta y la ciencia más extensa, y por decirlo todo más *moderna*, podían coexistir en el mismo cerebro.

Sobre los otros puntos, la disolución de las Iglesias separadas y la exaltación de la Iglesia Católica, de Maistre decía:

> Todas las Iglesias separadas de la Santa Sede al comienzo del siglo XVI, pueden compararse a cadáveres helados cuyo frío ha conservado las formas. Este frío es la ignorancia… Pero en cuanto el viento de la ciencia, que es caliente, venga a soplar sobre estas Iglesias, pasará lo que debe pasar según las leyes de la naturaleza: las formas antiguas se disolverán y quedará sólo polvo… Si la fe antigua reina todavía en tal o tal país separado, la ciencia no ha llegado todavía, y si la ciencia ha hecho su entrada, la fe ha desaparecido de allí; lo que no se entiende de un cambio súbito sino gradual. Aquí tenemos pues la ley tan segura y tan inviolable como su autor: NINGUNA RELIGIÓN, EXCEPTO UNA, PUEDE SUFRIR LA PRUEBA DE LA CIENCIA.
>
> Este oráculo es más seguro que el de Calchas.
>
> La ciencia es una especie de ácido que disuelve todos los metales, *excepto el oro*… Lo juro por la eterna verdad y ninguna conciencia europea me contradirá: *La ciencia y la fe nunca se aliarán fuera de la unidad*. (II, 451-453.)
>
> ¡Esperad, esperad que la afinidad natural de la religión y la ciencia las reúna en la cabeza de un solo hombre de genio! (V, 237.)

Y el brillo que la verdadera ciencia echará sobre la verdadera religión será tal que ningún ojo sano podrá defenderse.

El hombre de genio no ha aparecido todavía: es que los elementos de su obra no están todavía todos reunidos. El genio es necesariamente individualidad; Los especialistas y las Universidades católicas le preparan las vías actualmente, pueden sólo eso. ¿Y luego, antes de que venga, no hace falta que la tierra sea fortalecida? El desorden actual de los espíritus y de las instituciones no le sería propicio. DIOS lo hará parecer a su hora y esta hora sin duda ya no está muy lejos.

Pero la religión tiene que vérselas en nuestro tiempo con otros dos enemigos: la indiferencia

religiosa y el odio satánico inspirado por Lucifer. Triunfará de ellos, como la crítica científica.

Y en primer lugar la indiferencia.

Si uno se contenta con mirar a la superficie de las cosas, se persuadirá de que esta indiferencia se acrecienta de un modo desesperante de día en día: hay en eso alguna ilusión.

La indiferencia religiosa ya no tiene hoy el carácter que tenía en el tiempo en que Lamennais la sacudió y la despertó con su poderosa palabra. Entonces era el sueño en la ignorancia, hoy este sueño ha perdido su calma: el neocatolicismo por un lado y el espiritismo por el otro nos revela las agitaciones e inquietudes que lo trabajan. ¡Ojalá sean el anuncio del despertar y de la nueva entrada en funciones de la plena luz!

Otro género de indiferencia se manifiesta ahora, es el abatimiento, es el desaliento de quienes saben y ya no tienen ganas de actuar. No osan más nada, y se osa todo contra ellos. Han perdido completamente la conciencia de la fuerza que da ánimo. El último acto de virilidad católica y francesa fue dado por los dignos magistrados que rompieron su carrera antes que prestarse para obras que su conciencia reprobaba. Me equivoco: hay otro más reciente, enteramente actual, y nos lo dan, para nuestro vergüenza, las mujeres, las santas religiosas que esperan en la paz de DIOS la ruina no sólo de sus casas, sino —lo que es mucho más cruel para su corazón— la ruina de sus obras, antes que traicionar los intereses sagrados que tienen confiados. Fuera de ellas y de las congregaciones de hombres que tomaron las mismas resoluciones, no hay más resistencia al mal, y el desarme es tal que las protestas platónicas mismas han dejado de hacerse oír. Sobre nuestra Francia católica sitiada por el ejército de Satanás con una habilidad, perfidia y poder que ningún siglo conoció, se ha hecho un silencio de muerte. El público mira, el enemigo se burla y va adelante a pasos contados, seguro del aniquilamiento del catolicismo en Francia.

Osamos decir que se equivoca.

Llegará un momento en que la masa de la población clamará ayuda a la religión. Viéndose al punto de tocar el fondo del abismo —si no está escrito que deba perderse allí—, se echará en los brazos del único que puede salvarla, Nuestro Señor JESUCRISTO.

Ya en 1810 J. de Maistre decía considerando el estado del mundo: «No hay más religión sobre la tierra: el género humano no puede

quedar en este estado». (V, 231.) en 1810 había como hoy hombres de fe y piedad, pero la religión había perdido prácticamente todo *imperio* sobre los más y sobre la sociedad. A pesar de algunas apariencias contrarias este imperio se ha debilitado más. Tanto, que, sintiendo su impotencia y aceptándola, se formó una escuela para decir: No hablemos al pueblo de las esperanzas eternas, ya no es capaz de oír este lenguaje; prometámosle los bienes de este mundo, y luego veremos. El freno de la religión ya no es aceptado por los individuos en la persecución de la fortuna; a duras penas es tolerado en las familias para las relaciones conyugales; está absolutamente excluido del gobierno de los pueblos.

¿Qué resultó de allí? Lo que vemos y lo que estamos llamados a ver: un desbordamiento de crímenes incalculables en número, inauditos en horror, la familia disuelta, la sociedad sacudida hasta en sus fundamentos, amenazada de una ruina inminente.

> No más clase intermediaria, como en 89, para amortiguar el choque; la Revolución lanzará su grito: *¡¡Los que no tienen contra los que tienen!!* Un populacho hambriento, devorado por la envidia, acribillado de vicios, se levantará contra la gente de bien. Tan vasta como el orgullo, e igualmente despiadada, se derramará la rabia de quienes no son nada… Ni el ascendiente destruido del sacerdote, ni el del mérito detestado hoy, ni las antiguas costumbres ahora olvidadas, ni las leyes a esta hora aborrecidas, ni la propiedad convertida en objeto de envidia, no hay nada que pueda amortiguar la caída espantosa.
>
> Entonces la indiferencia cesará. O bien el género humano perecerá de las secuelas de su rebelión contra DIOS, o bien, abandonado con la ceguera sistemática del orgullo al torrente de los errores, principio de las desdichas en que se verá sumergido, se esforzará en subir hacia su Salvador y su DIOS. Ya ahora una muchedumbre de hombres están asustados de lo que ven y espantados de lo que oyen; pero querrían salvarse sin DIOS: han puesto allí su punto de honor. Y DIOS los dejará tomarse con calma las lecciones que los acontecimientos contienen. Estas terribles lecciones harán fulgurante la luz y todos estarán forzados a tender los brazos hacia CRISTO, única esperanza de salvación.

El Sr. Blanc de Saint Bonnet, de quien que pedimos las palabras que preceden, decía ya en 1850:

> Hemos llegado a la última crisis: a aquella donde los hombres dejan de

> hablar de la salvación de los gobiernos para ocuparse sólo de la salvación suprema de la sociedad… Fundada sobre quimeras y sostenida por la impostura, la Revolución conduce a los pueblos a su pérdida y la humanidad a su fin… El cristianismo reconstruirá la sociedad moderna, o la verá volar en pedazos… Si los hombres retoman la sociedad, reconstruirán piedra a piedra el cristianismo sin saberlo. En el lugar de cada error la necesidad los obligará a aportar una verdad. Cuando todas hayan sido recolocadas, se encontrará haberse instituido el cristianismo mismo. Esta revolución reproducirá lo que todos los buenos filósofos y los más grandes legisladores no habrían traído nunca: El cristianismo en la vida civil y política.

Ya vemos dibujarse los primeros lineamentos de esta reconstrucción. Y en medio del desorden actual es una alegría muy grande ver a hombres que no pertenecen a la Iglesia llevados a constatar en muchos puntos la verdad de los dogmas evangélicas y la imperiosa necesidad de hacer entrarlos en la vida práctica de los individuos, de las familias y de los pueblos si quiere escapar de las últimas catástrofes.

Si ya ahora se ve a la ciencia acoger la luz, si la indiferencia empieza a salir de su torpor bajo la presión de los acontecimientos, el orgullo no se rinde y el odio no desarma.

Hay actualmente en el mundo odio contra DIOS, y la resolución de trabajar sin descanso por aniquilar la religión sobre la tierra.

Este odio no es sólo el hecho de algunos monstruos. Es el ligamento de una sociedad que extiende su red en el mundo entero, que pone en el corazón de millares o más bien millones de individuos, con un orgullo satánico, un celo de seducción tan hábil como tenaz, tan extenso en sus medios de acción como ufano de los efectos que producen en todas las clases de la sociedad.

Para eso no hay ningún remedio. DIOS solo puede triunfar en su omnipotencia y en su infinita misericordia. Donoso Cortés dice:

> Yo tengo para mí por cosa probada y evidente que el mal acaba siempre por triunfar del bien acá abajo, y que el triunfo sobre el mal es una cosa reservada a DIOS, si pudiera decirse así, personalmente.
>
> Por esta razón no hay período histórico que no vaya a parar a una gran catástrofe. El primer período

histórico comienza en la creación y va a parar al diluvio. Y ¿qué significa el diluvio? El diluvio significa dos cosas: significa el triunfo *natural* del mal sobre el bien y el triunfo *sobrenatural* de DIOS sobre el mal por medio de una acción *directa, personal y soberana*.

Empapados todavía los hombres en las aguas del diluvio, la misma lucha comienza otra vez: las tinieblas se van aglomerando en todos los horizontes; a la venida del Señor, todos estaban negros; las nieblas eran nieblas palpables; el Señor sube a la Cruz, y vuelve el día para el mundo. ¿Qué significa esa gran catástrofe? Significa dos cosas: significa el triunfo *natural* del mal sobre el bien, y el triunfo *sobrenatural* de DIOS sobre el mal, por medio de una acción *directa, personal y soberana*.

¿Qué dicen sobre el fin del mundo las Escrituras? Dicen que el anticristo será el dueño del universo, y que vendrá entonces el juicio último con la última catástrofe[49]. ¿Qué significará esta catástrofe? Como las demás, significará el triunfo *natural* del mal sobre el bien y el triunfo *sobrenatural* de DIOS sobre el mal, por medio de una acción *directa, personal y soberana*.

¿Podemos esperar esta intervención divina, directa y soberana para poner fin a la Revolución? De Maistre la esperaba, y no veía ninguno otro medio para llegar a ese término. En 1819 escribía al Rev. P. Vuarin:

> Tiemblo como Ud., lloro como Ud. sobre todo lo que pasa, y siento momentos de desaliento que le he dado a conocer; pero luego me levanto, y le participo las ideas consoladoras que se me presentan.

Ya había escrito en el mismo sentido al Sr. de Beauregard:

> Estoy persuadido de que todo eso acabará, y lo que es más, creo que todo lo que vemos nos lleva al bien por caminos desconocidos. Esta idea me consuela de todo. (IX, 60.)

> Podrán pasar cosas que despisten todas nuestras especulaciones; empero, sin pretender excluir ninguna falta ni desdicha intermediaria, siempre me mantendré seguro de un final ventajoso. (XIII, 64.)

> No dudo para nada de algún acontecimiento extraordinario, pero la fecha es indescifrable. (X, 405.)

> El mal es tal que anuncia evidentemente una EXPLOSIÓN DIVINA.

[49] Hemos dicho que varios intérpretes del Apocalipsis piensan que la derrota del anticristo será, no el último acto del mundo, sino el fin de la época de las persecuciones. No por eso es menos verdadero lo que dice Donoso Cortés, pues el apóstol san Pablo nos dice que «Y entonces se dejará ver aquel perverso, a quien el Señor JESÚS matará con el resuello de su boca, y destruirá con el resplandor de su presencia ». (II Tes II, 8.)

¡Si la extensión y profundidad del mal dan, acrecentándose, una esperanza mejor fundada de la intervención directa de DIOS, ¡cuánto más probable es esta intervención hoy que en 1818!

A nosotros nos toca apresurar este feliz momento por nuestras oraciones y por la acción de un celo tan valiente como iluminado, cada uno en la esfera que la Providencia le haya trazado. El Rev. P. de Broglie decía últimamente:

> Depende de nosotros, por nuestro coraje, por el ejercicio de nuestro libre albedrío, apresurar la victoria y hacerla más completa; la salvación de la sociedad, como la salvación individual, no se cumple sin el socorro de la libertad. Pero, por otra parte, ni la época ni la extensión de la liberación depende totalmente de nosotros. Está también la parte de la Providencia, que elige sus días y sus horas y que no podemos forzar a realizar nuestros deseos por legítimos que sean.
>
> Quizás quedemos asombrados nosotros mismos de la rapidez de esta liberación. Quizás deberemos decirnos, con una alegre sorpresa, como antaño el pueblo de Israel comprometido en una lucha semejante por la misma causa: ¿Cómo ha sido rota la vara del exactor? ¿Cómo ha cesado el tributo que el vencedor nos había impuesto?
>
> Quizás, por el contrario, deberemos esperar mucho tiempo y saludar desde lejos este bien que esperamos; quizás no sean nuestros ojos los que lo vean y nuestros sacrificios sólo den fruto en el porvenir, al provecho de una generación más feliz.
>
> En todo caso, y esto debe bastarnos, sabemos que nuestros esfuerzos no están perdidos. No lo están para nosotros mismos, pues forman nuestro mérito y nuestra corona. No lo estarán para la causa que defendemos, pues esta causa es eterna.

CAPÍTULO DECIMOQUINTO. ¿QUÉ HACER?

¿Tenemos que esperar «la explosión divina» cruzados de brazos y diciendo que la lucha es inútil? No por cierto. Donoso Cortés, que era tan pesimista como de Maistre era optimista —y el desaliento, al contrario de la esperanza, quiebra las fuerzas—, Donoso Cortés decía:

> En primer lugar, la lucha puede atenuar, suavizar la catástrofe; y en segundo lugar, para nosotros que nos gloriamos de ser católicos, la lucha es el cumplimiento de un deber, y no el resultado de un cálculo. Agradezcamos a DIOS

> habernos otorgado el combate; y no pidamos, además de este favor, la gracia del triunfo a Aquel cuya infinita bondad reserva a quienes luchan generosamente por su causa una recompensa mucho más grande y preciosa para el hombre que la victoria de en este mundo. (I, 349.)

La recompensa eterna es cierta para el buen soldado de Cristo y puede bastarle; pero no le está para nada prohibido solicitar y esperar en este mundo el triunfo para la causa que defiende, sobre todo cuando esta causa es la misma de la Santa Iglesia. Nuestro Santo Padre el Papa León XIII, ¿no nos hace rezar todos los días al pie de los santos altares, no sólo por la conversión de los pecadores, sino también por la libertad y exaltación de nuestra Santa Madre la Iglesia? ¿Y la Iglesia entera deja jamás de pedir la humillación de los enemigos de DIOS y el advenimiento del reino del divino Salvador? *¡Ut inimicos sanctae Ecclesiae humiliare digneris, Te rogamus, audi nos! ¡Adveniat regnum tuum!* A nosotros pues nos toca obtener esta humillación y este reino. Pero para esto no basta con rezar, también hay que luchar; y esta lucha está tan presente en las intenciones de nuestra Santa Madre el Iglesia que, para hacernos capaces de sostenerla dignamente, nos hace pedir a la divina Víctima de nuestros altares que ponga fuerza en nuestras almas y a eso adjunte socorros exteriores:

> O salutaris Hostia,
> Bella premunt hostilia,
> Da robur, fer auxilium.

¿Cómo debe ser entablado este combate?

Esta pregunta nos trae de nuevo, tras largos rodeos, al americanismo, que entre tanto no hemos perdido nunca de vista.

Todo lo que hemos dicho muestra con evidencia, creemos, que hay actualmente en el mundo una acción satánica, y al mismo tiempo en la Iglesia de DIOS una acción divina, y que verdaderamente una y otra preparan «tiempos nuevos». Pronosticándolos, los americanistas de los dos mundos no se equivocan; no son censurables, por cierto, en cuanto empeñados por traer este porvenir tan deseable y abalanzados a él, sino en cuanto equivocados sobre los medios a emplear para cooperar a la obra de DIOS.

La hora es solemne entre todas, y para todos los que quieren ser verdaderamente los servidores de DIOS y secundar sus designios, como él nos hace la gracia y el honor de pedírnoslo, nunca fue más necesario orientarse bien para no exponerse a hacer falsas maniobras.

Quienquiera que hace una falsa maniobra perjudica la causa que quiere servir. ¡Aquí, qué desastre podría producir! Si no hemos errado, si la situación actual del mundo es tal y como la acabamos de exponer, ¡cuán circunspectos deben ser los ministros del Señor que creen hacer bien, para no prestar su concurso al enemigo dieciocho veces secular del nombre cristiano, al fautor de todas las herejías que han asaltado la Iglesia desde su primer día hasta éste en que estamos, y que hoy espera aniquilarla pronto y completamente!

Ahora bien, el sistema de espiritualidad, de educación clerical y de propaganda religiosa que tomó el nombre de catolicismo estadounidense, ¿no tiene rasgos de semejanza y puntos de contacto con aquél del cual la *Alianza Israelita Universal* espera la apostasía de los pueblos cristianos? Creemos, si no haberlo demostrado, por lo menos haber dado indicios suficientes para despertar la atención sobre un peligro, quizás el más temible que la obra del divino Salvador haya conocido jamás.

Decir que hay que «predicar el bienestar» a los cristianos de hoy «si se quiere responder al nuevo estado del espíritu humano», y que actualmente el deber de los sacerdotes es «dar el paraíso enseguida esperando el otro»;

Decir que las virtudes en que actualmente han de ser formados los cristianos deben ser de preferencia las que pueden favorecer sus éxitos en este mundo;

Decir que ahora la Iglesia debe «proveer a la salvación y transfiguración de los cuerpos por sacramentos terrenales»;

Decir que el diputado, aún nombrado por un colegio católico, aún sacerdote, sólo debe hacer servir su mandato a la defensa de los intereses materiales del pueblo y que no tiene que ocuparse de los intereses de las almas y de la Iglesia;

Querer abolir la aduana que el divino Maestro estableció a la entrada de la Ciudad santa para defenderla contra la introducción de las falsas doctrinas;

Querer ahogar la polémica que hasta ahora ha preservado la fe de toda corrupción, la ha iluminado, la ha fortalecido, la ha desarrollado, para sustituirla por la irénica que sólo mantendría la paz —¡y qué paz!— a costa de los derechos imprescriptibles de la verdad;

Querer hacer retroceder el dogma ante la ciencia, y eso aún más allá de las definiciones *ex cathedra*;

Elogiar a quienes en materia de religión dejarían echar por la borda todo el conjunto de los dogmas para guardar sólo la moral y sólo considerar sus resultados:

¿Dónde puede acabar todo eso? Sólo en la vaga religiosidad a que la *Alianza Israelita Universal* querría llevar a todos los hombres, para que «puedan realizarse los tiempos mesiánicos predichos por los profetas de Israel».

Sin duda todas estas aberraciones no están presentadas en un cuerpo de doctrina bien neto y bien compacto del cual uno o varios hombres tomarían abiertamente la responsabilidad. Tal proposición ha sido formulada por éste, tal otra por aquél. Pero cada una tiene un parentesco evidente con todas las demás, y quienes las han proferido se sienten en una comunión de ideas y vistas bastante perfecta para haber adoptado un nombre de partido: *Americanismo*, *Catolicismo estadounidense*.

Y como pasa siempre, alrededor de este partido ha venido a agruparse aquéllos que, desde siempre, han tratado de conciliar el espíritu del mundo con el espíritu de Nuestro Señor JESUCRISTO. Actualmente encontramos a estos conciliadores entre quienes adoptaron por su cuenta un nombre particular dentro de la gran familia católica, el partido de la Democracia cristiana.

Lo que nos permite esta afirmación son las proposiciones que sus jefes no dejan de formular y que en varios puntos son idénticas a las expresadas por los americanistas; son también las simpatías mutuas que los jefes de los dos partidos se han manifestado públicamente y los esfuerzos hechos por uno y otro lado para abrirse camino recíprocamente en el mundo e introducir sus ideas en él[50].

Los demócratas cristianos están animados por un celo de proselitismo, sobre todo con el joven clero, que los hace peligrosos, cuando podrían servir a la Iglesia y trabajar para la salvación de la sociedad. Varios, sin duda, pondrán fin a su propaganda y corregirán sus propias ideas cuando hayan visto de dónde vienen y a dónde llevan. Que nos permitan poner ante sus ojos algunos pasajes de un artículo reciente del *Osservatore Romano* que responde bien a sus preocupaciones:

> Se dice que *el sacerdote debe ser moderno*, lo que hace necesario,

---

[50] Ver al Padre Naudet, *Vers l'Avenir*, p. 57-62; ver el capítulo III, *Vieux Monde*, en L'HISTOIRE D'UNE IDÉE; ver sobre todo los artículos y las correspondencias publicadas en los periódicos y las revistas de la Democracia cristiana desde que las Congregaciones romanas empezaron el examen de las doctrinas del americanismo.

ciertamente, una instrucción y educación moderna del clero. Así, cuando ciertas personas quieren alabar a un sacerdote, lo califican de *sacerdote moderno*, del mismo modo que para rendir homenaje a un simple laico dicen que es *un hombre de su tiempo*. Se es hecho lo mismo con tal o tal obispo, proclamándolo *obispo moderno*, para elevarlo por este elogio sobre los demás.

Persiguiendo la misma vía, se pasará al Papa moderno, luego a la Iglesia moderna; se tendrá también un Evangelio y un Decálogo modernos, un Cristo, un DIOS moderno… Hay quienes formulan críticas acerbas contra los estudios hechos en los seminarios; dicen que con la instrucción dada allí no se forma el sacerdote moderno, el sacerdote tal y como debe ser hoy día, el reclamado por los tiempos nuevos y las necesidades de la sociedad moderna.

Este señores deberían reflexionar bien sobre esto: como en la Iglesia siempre ha existido y no dejará de existir el espíritu de santidad, también se encuentra y se encontrará siempre en ella el espíritu de sabiduría que procede de su doctrina…

En nuestros tiempos se estudia poco. Empieza a escribir el que aún no ha estudiado; habla de todo el que no se conoce gran cosa. El joven hombre dogmatiza como no se atrevería a hacerlo el viejo a quien le salieron canas estudiando libros; muchos de toman por otros tantos Salomones en cuanto han dicho que hace falta que las cosas antiguas cedan el paso a las modernas…

Está muy bien acoger y emplear métodos más provechosos y hacer de lo nuevo un auxiliar de lo antiguo para proveer a las necesidades de los tiempos y lugares. Es lo que hace precisamente hoy día la Iglesia, como por otra parte lo ha hecho siempre.

Pero observemos bien esto: Si la Iglesia forma al sacerdote para los tiempos, no modela al sacerdote según los tiempos.

Éste es el peligro al que se exponen imprudentemente aquéllos que, conociendo poco o nada el sacerdocio católico y los tiempos presentes, claman tan ruidosamente por el sacerdote moderno para modernizar el clero; cuando lo necesario sería cristianizar los tiempos, pues el siglo decimonoveno ha sufrido demasiada descristianización para no necesitar ser recristianizado.

Que los críticas de quienes hablo lo sepan bien: no hay nada de más moderno que la Iglesia, sus instituciones y sus sacerdotes, porque no hay nada como la Iglesia que pertenezca tanto a todos los

tiempos y esté tan hecho para ellos..

Creer que hace falta «modelar al sacerdote según los tiempos» es el error grande y el más pernicioso de los americanistas; modelar al sacerdote según el mundo de hoy es el gran mal al cual concurren, quiéraselo o no, las conferencias sociales establecidas en los seminarios, los círculos de estudios sociales para el joven clero que fueron su consecuencia, y los congresos eclesiásticos que debían ser su coronación.

Los resultados de estas innovaciones pueden ser comprobados ya.

Mons. Lelong, obispo de Nevers, los ha señalado a su clero, después de elegir para eso el momento en que éste estuviera mejor preparado para oír una tal lección, es decir, en medio del recogimiento del retiro eclesiástico.

> Parece que en este momento el infierno se desencadena contra el sacerdocio con un redoble de furor. Pasa por el clero un soplo de racionalismo y mundanalidad. Hay quienes le proponen un ideal venido de más allá del océano y del cual se le manifiestan jactanciosos llamándolo único capaz de hacer del sacerdote el hombre de su tiempo y de las sociedades modernas.
>
> No hay sacerdote que tenga verdaderamente el espíritu de su estado y no haya comprobado, para gran dolor de su alma, la acción perniciosa de este soplo en nuestras filas. Felizmente todavía son muy raros los cofrades a quienes afecta, pero su número no habría tardado en crecer si no se hubieran levantado voces autorizadas como la de Mons. Germain en su lecho de muerte, para decir: «Señores, sed fieles a las tradiciones de la Iglesia; no os lancéis a las novedades. Los sacerdotes que se dejan llevar por ellas no son mediante quienes el buen DIOS salvará a su Iglesia. Se dio a las direcciones del Papa un sentido que no tienen. Desconfíen los jóvenes sacerdotes y los seminaristas. No deseo para la diócesis sacerdotes demócratas».

Estas palabras, reproducidas en muchas *Semaines religieuses*, señaladas para la atención del clero por varios obispos y por el cardinal vicario de Roma, dieron de qué reflexionar a muchos. Otros quedaron bajo la influencia de este soplo «venido del infierno», y Mons. de Nevers no temió disecar sus almas ante los ojos de su clero reunido para mostrar a todos lo que ellas tienen dentro, o mejor dicho lo que ya no tienen más dentro:

> Olvidan lo que hizo el sacerdote en todas las épocas de la historia. Lo que siempre aseguró la fecundidad de su ministerio: son principios que no cambian y que se encuentran nítidamente formulados en el evangelio de Nuestro Señor JESUCRISTO: la humildad, la mortificación, el desinterés, la vida interior, el espíritu de sacrificio.

Es eso y únicamente eso, y no la confianza en sí mismo y el resto del americanismo, lo que permitió a los Apóstoles y misioneros extender la Iglesia hasta los confines del mundo, y lo que dio a los pastores la virtud de llevar las almas a las cumbres de la perfección.

Por eso Mons. Lelong pudo concluir:

> He aquí nuestras armas, Señores. Han sido victoriosas entre las manos de los Apóstoles y de todos los santos sacerdotes; con la gracia de DIOS lo serán también en las nuestras. Dejarse llevar por otros principios, tratar de introducir en el dogma y en la moral ciertas atenuaciones, imaginar conciliaciones como las que el evangelio declaró de antemano quiméricas es caminar al borde de un precipicio y exponerse a caer en él.

Desgraciadamente ya son varios los que han caído. El Sr. Herman Schell, profesor en la Facultad de teología católica de Würzburg, aunque se declarara adepto de las ideas estadounidenses, confesó en un reciente folleto que el movimiento cuyo apóstol el se hizo en Alemania llevó sacerdotes al protestantismo. La situación no es otra en Francia. Hace un año, la Facultad de teología protestante de París inscribía a seis sacerdotes apóstatas, y la de Montauban a cuatro, como aspirantes a pastores. Al mismo tiempo, el *Éclair* nos informaba que existe una obra protestante para acoger a los sacerdotes que abandonan la Iglesia; daba los nombres de dieciocho desgraciados que fueron a pedir socorros a esta asociación.

¡Qué asombroso!

Después de citar las palabras de Mons. Lelong que acabamos de referir, el ex Padre Charbonnel dice con verdad:

> Este obispo, por lo menos, tiene clarividencia, la lógica del americanismo lleva lejos del catolicismo autoritario: libra y libera.

Y un poco más lejos:

Sin duda alguna A LAS IDEAS QUE ESTOS HOMBRES REPRESENTAN DEBO MI APOSTASÍA.

Acababa de nombrar al P. Hecker, Mons. Ireland, Mons. Keane, el Sr. Félix Klein.

En un artículo que publicó el 1º de octubre 1898 en una publicación periódica protestante, *La Revue chrétienne*, el mismo ex sacerdote es más explícito aún:

> Es verdadero que fui un *americanizante* o un *americanista* de la primera hora. Los jesuitas bien pueden atribuirme a mí y a mi amigo de antaño la responsabilidad de lo que desde entonces desarregla tan profundamente sus ideas y costumbres. En mi libro *Historia de una idea, Congreso universal de las religiones*, relaté los comienzos del *americanismo*… tradujimos los discursos más importantes de Mons. Ireland. El Sr. Félix Klein los publicó bajo el título: *La Iglesia y el Siglo*. Esta publicación recorrió la prensa… Con esto queda altamente reivindicado mi esfuerzo de *americanismo*… Habiendo reconocido bien mis ilusiones y que toda evolución liberal del catolicismo es imposible, dejé la Iglesia. Seguramente *la lógica del AMERICANISMO debe llegar a esta conclusión*, pues nada es más contrario que el *americanismo* a los principios católicos.

El fin del siglo último dio una lección —como observaba Mons. el obispo de Annecy recientemente—, que estos Sres. no han meditado bastante. Ella enseña las secuelas funestas de los arrastres que se producen de repente y a los cuales se abandonan quienes no se molestan en reflexionar: arrastres que conducen cada vez más lejos que quisieron en primer lugar los mismos que los produjeron.

¡Desconfiémonos!

Un santo misionero, el P. Aubry, dijo en algún lugar, en su *Ensayo sobre el método de los estudios eclesiásticos en Francia*, obra que los Sres. directores de seminarios no pueden leer y meditar demasiado:

> El medio fundamental y único de la vuelta de la sociedad a DIOS es el ministerio apostólico ordinario, diario, desconocido, desapercibido, humilde, de cada párroco en su pequeño rincón, donde está en presencia del hombre real y práctico, del que compone la sociedad. Es aquel ministerio que hace falta cuidar preparando excelentes curas de parroquias…
>
> La fuerza del clero en una nación católica es que sus miembros son colocados por todas partes en medio de las poblaciones, armados para trabajar allí cotidianamente, modestamente, detalladamente, sobre los más humildes elementos, sobre los infinitamente pequeños que componen la sociedad. Esto es exactamente lo que san León llama «*imbuere mundum Evangelio*…».

Actuando así, estaremos ciertamente en nuestra vía, en nuestra misión, estaremos seguros de no extraviarnos y de no ponernos en peligro de extraviar a quienes debemos conducir al cielo: pues es la vía que Nuestro Señor JESUCRISTO ha trazado y en la que el Santa Iglesia ha mantenido constantemente a pastores y ovejas.

El cura actual de Ars, el Sr. canónigo Convert, dirigió en el mes de agosto de este año una alocución a los peregrinos sacerdotes que habían ido a arrodillarse a la tumba del santo cura antes de ir a La Salette a meditar las lecciones de Nuestra Señora. Les dijo:

> Un sacerdote se encontró en Estados Unidos, bueno y celoso sin duda, pero con ideas arriesgadas, espíritu mal equilibrado, ciencia mediocre y dudosa, lleno de una alegre confianza en sí mismo, y que sólo imaginaba conquistas por caminos inexplorados.
>
> Y a este hombre sus compatriotas lo elevaron sobre un pedestal; y, mostrándolo a la vieja Europa, dijeron: «¡He aquí el adorno y la joya de nuestro clero!» Y en Francia muchos ecos respondieron: «¡Sí, es un doctor! uno de quienes enseñan a series de generaciones humanas lo que tienen a hacer. Él ha trazado y realizado en sí el ideal del sacerdote para el porvenir nuevo de la Iglesia.
>
> Pero el Soberano Pontífice, el 27 de julio de 1896, había condenado de antemano este entusiasmo inconsiderado, presentando a la veneración del universo católico J. B. M. Vianney, cura de Ars.
>
> Él es —dice León XIII en su decreto *In Ecclesiae terras*— él es el modelo acabado de todas las virtudes, *y sus admirables ejemplos son los que convienen mejor a nuestro siglo*.
>
> He aquí el sacerdote que necesitábamos, y que ha suscitado en medio de nosotros el DIOS de las misericordias.
>
> He aquí «el verdadero tipo del sacerdote moderno»: él va al pueblo, *y sobre todo atrae el pueblo a él y a Jesucristo.*
>
> Va al pueblo: pero se sienten las maceraciones sangrientas, la oración, el ayuno, la humildad que le abren los corazones y allanan en su camino todos los obstáculos.
>
> He aquí el verdadero tipo del sacerdote que hace falta a la Iglesia para hacerle recuperar el terreno que le hizo perder el protestantismo y la incredulidad, así como para hacerla capaz de retomar su marcha adelante en el cumplimiento de su misión divina.
>
> Pues él lucha únicamente con las armas que le legaron JESUCRISTO y

los Apóstoles: «el escudo de la fe, la espada de la palabra de DIOS», la pobreza evangélica y la abnegación.

No le parece inoportuno predicar las grandes lecciones de la eternidad a los corazones ablandados por el bienestar y el sensualismo, a los espíritus que el racionalismo ha descristianizado.

A ejemplo del Maestro, muestra sin cesar el infierno abierto bajo los pasos del pecador endurecido; a ejemplo del Apóstol, hace temblar a pequeños y grandes anunciándoles el juicio y la resurrección futura.

No aminora la verdad ni retiene el verbo de DIOS, pues sabe que la verdad trae la libertad, y una intuición profética le revela que el mundo no puede salvarse de nuevo sino por los medios que lo arrancaron una primera vez de las vergüenzas y las manchas del paganismo.

He aquí un verdadero «doctor, uno de los que enseñan a series de generaciones humanas lo que tienen que hacer».

He aquí éste «que realizó el ideal del sacerdote para el porvenir nuevo de la Iglesia». Practicó las «virtudes pasivas» de humildad, paciencia y castidad que una joven escuela proclama hoy un poco anticuadas; fue un contemplativo de la Edad Media, un asceta de los primeros siglos, y más allá de los mares sonríe el que piensa que él hubiera hecho mejor entregándose, según una expresión tan nueva como inexacta, a las «virtudes activas», pues nadie es sacerdote para sí, sino para los demás.

Ahora bien, dice León XIII, «sin salir de la humilde aldea donde ejerció —brillantemente, es verdad—el ministerio pastoral, produjo, al estilo de los heraldos del evangelio, abundantes frutos de salvación en todas las otras regiones del universo que no pudo recorrer.

Tuvo de DIOS una asistencia y una gracia particular para atraer cada día, de a montones, los pueblos al tribunal de la penitencia y para volver a llevar al bien a los hombres perdidos por vicios, lo cual hasta fue su obra por excelencia.

Y durante los diez últimos años de su vida se contaron por sesenta y ochenta mil los peregrinos que recurrieron a su ministerio anualmente.

Que DIOS nos dé sacerdotes como el venerable Vianney, sacerdotes de oración, sacerdotes humildes y mortificados como él, y efectivamente tiempos nuevos se levantarán para la Iglesia; las edades apostólicas reaparecerán con todo su fervor.

Todo sacerdote que quiere ser el verdadero servidor de CRISTO debe actualmente meditar estas palabras del piadoso sucesor del Venerable Juan Bautista Vianney. En cierto sentido fueron oídas antes de ser pronunciadas, porque si algunos eclesiásticos pudieron ser seducidos por «el ideal» que les presentó el americanismo, cuántos más sacerdotes, en Francia, tienen constantemente los ojos fijos en aquel otro ideal que Nuestro Señor JESUCRISTO mismo tuvo la bondad de presentarnos en la persona del santo cura de Ars, en la aurora de los «tiempos nuevos» en que entramos: nuevos, no de parte de la Iglesia, que seguirá siendo hasta el final de los tiempos lo que la hizo su divino Fundador en su disciplina y ascetismo como en su doctrina; pero nuevos de parte de los hombres, que estarán más apremiados que nunca por los acontecimientos que se anuncian, y que ya han empezado ya a refugiarse en el arca fuera de la cual no hay salvación eterna para los individuos, ni tampoco salvación temporal para las naciones.

CAPÍTULO DECIMOSEXTO. SPIRITUM INNOVA IN VISCERIBUS.

El Revdo. Padre de Broglie dice[51]:

> Las nuevas generaciones, no se sienten a gusto en la fría prisión en que los materialistas querrían amurallarlas. El horizonte bajo y limitado de las cosas de aquí abajo no les basta. Sienten la necesidad de lo infinito y lo invisible que Musset describió tan bien:
>
> … Goza, dice la Sabiduría antigua;
> No puedo; a pesar de mí, el porvenir me atormenta.
> Una inmensa esperanza ha atravesado la tierra.
> A pesar de nosotros, al Cielo hay que levantar los ojos.
>
> Al mismo tiempo una inquietud profunda empieza a penetrar a quienes reflexionan sobre las condiciones de vida y de duración de la sociedad civilizada. Esta sociedad no puede subsistir sin principios morales: es evidente. Por otra parte, los principios de la vieja moral están zapados por el ateísmo y el positivismo.
>
> A la moral sin DIOS ha sucedido rápidamente la moral sin obligación y sin deber, es decir una moral que deja toda libertad a los vicios y pasiones.

---

[51] *Le présent et l'avenir du Catholicisme en France.*

> Los doctores de las escuelas negativas intentaron precaverse de este peligro: inauguraron numerosos sistemas para dirigir la conducta de los hombres, aplicando motivos de interés o de persuasión.
>
> Pero estos sistemas. son puras teorías abstractas, sin eficacia sobre el corazón de los hombres y sobre su conducta.
>
> Es de prever entonces que muchos espíritus, en el doble pensamiento de devolver a la humanidad un ideal imprescindible, y de impedir a la sociedad volver a bajar, por falta de principios, hacia la barbarie, se volverá hacia la religión, que fue en todo lugar y siempre la institutriz moral de la humanidad, y le pedirán el socorro cuya necesidad sienten vivamente. Solamente… cuando llegue el día en que la necesidad de una creencia se haga sentir con fuerza, en que la sociedad, sintiéndose perdida, llame la religión a su socorro… ¿el catolicismo tendrá fuerza suficiente para cumplir la obra que se le pida?

Es la pregunta que el Sr. Taine había hecho en la *Revue des Deux-Mondes*[52]. Había dicho:

> Hoy, pasados dieciocho siglos, en los dos continentes, desde los Urales hasta las Montañas Rocosas, en los muyiks rusos y los settlers estadounidenses, el cristianismo opera como antaño en los artesanos de Galilea, y del mismo modo, de tal modo que sustituya el amor de sí por el amor de los demás. Él es todavía, para cuatrocientos millones de criaturas humanas, el órgano espiritual, el gran par de alas indispensables para levantar al hombre sobre sí mismo, sobre su vida rastrera y sus horizontes amojonados, para conducirlo a través de la paciencia, la resignación y la esperanza, hasta la serenidad, para arrebatarlo, más allá de la templanza, pureza y bondad, hasta la dedicación y el sacrificio. Siempre y por todas partes, desde hace mil ochocientos años, en cuanto estas alas desfallecen o se las rompe, los hábitos públicos y particulares se degradan.

La Revolución, desde hace un siglo, se encarniza en romper estas alas, y la sociedad yace en el egoísmo y la sensualidad, cuando no va hasta la crueldad. Y es por eso que uno ve a los mejores de quienes que no recibieron el beneficio de la fe o que lo perdieron, tornar sus miradas hacia esta religión que algunos quieren aniquilar y pedirle el socorro cuya necesidad sienten vivamente.

¿Podrá darlo?

El Sr. Taine lo duda. Y da como razón que actualmente si «el

---

[52] Huelga decir que el Revdo. P. de Broglie no la hace suya en absoluto.

cristianismo se calentó en el claustro, se enfrió en el mundo, y el mundo es sobre todo donde su CALOR es necesario.

¡El calor del catolicismo es necesario en el mundo! No se ha dicho palabra más verdadera sobre la situación presente, más lleno de enseñanzas y promesas para el mañana.

«El cristianismo se enfrió en el mundo». La Santa Iglesia comprobaba este enfriamiento con dolor ya a finales del siglo XIII.

> Señor JESUCRISTO, cuando *la caridad se enfriaba en el mundo*, tú quisiste, para inflamar nuestros corazones del fuego de tu amor, renovar los sagrados estigmas de tu Pasión en la carne del bienaventurado Francisco.

Luego, el renacimiento, el protestantismo, el jansenismo, el liberalismo, acumularon los hielos sobre el corazón de la humanidad y la condujeron a un estado vecino a la muerte.

> Si no se hace una revolución moral en Europa, si el espíritu religioso no es reforzado en esta parte del mundo, el ligamento social queda disuelto. No se puede adivinar nada y hay que esperárselo todo (de Maistre).

> El mundo parece estar en vísperas de acabar o de sufrir una transformación religiosa, (Blanc de Saint Bonnet).

Sí, el mundo está en vísperas de acabar si el cristianismo no viene a devolverle el calor vital que perdió. ¿Y cómo devolverle este calor? Sumiéndolo en el conocimiento del orden sobrenatural y en el amor de Nuestro Señor JESUCRISTO, Hijo de DIOS hecho Hombre para nuestra salvación. Sólo este conocimiento y este amor pueden llevar de nuevo las almas a través de la paciencia, la resignación y la esperanza hasta la serenidad; y más allá de la templanza, pureza y bondad, hasta la dedicación y el sacrificio.

¿Quién no siente cuánta verdad hay en las palabras de Taine? ¿Y quién no observará que este programa es opuesto al que los supuestos demócratas cristianos nos proponen? En lugar de levantar al hombre sobre sí mismo, sobre su vida rastrera y su horizonte amojonado, fijan su mirada en la tierra, estiman inoportuno de dirigirla al cielo; excitan la impaciencia, velan la hermosura de la dévouement y de la divina caridad, y a fuerza de gritar: ¡Derechos y justicia! matan en la sociedad, arriba y abajo, el espíritu de sacrificio que es el todo del cristianismo.

La sociedad cristiana no puede ser levantada por tales medios. Para regenerar la sociedad pagana los Apóstoles le insuflaron el fuego con el que habían sido abrasados en el Cenáculo: luz en la inteligencia por las claridades de la fe y calor en el corazón por la caridad divina.

Es lo que hace falta devolver al mundo. Toda otra cosa no detendrá ni un minuto la carrera de la sociedad hacia el abismo donde encontrará ruina y muerte.

pdf332

Taine constata que «el cristianismo se calentó en el claustro». Nos es una gran alegría poder constatarlo con él. Allí está nuestra mejor esperanza. En esta hora hay más piedad, más dedicación, más sacrificio en el claustro que no la hubiera, generalmente hablando, cuando la Revolución vino a cerrar sus puertas, pensando haberlo dejado desierto para siempre. Pero hace falta que este fuego se ponga más ardiente si quiere abrasar el mundo. ¿No es con este fin que Jesús nos mostró la cruz plantada en su corazón coronado de espinas, y este corazón puesto como una hoguera ardiente? «Mirad —nos dice él— y hacedlo todo según el diseño que se os ha mostrado en el monte». (Hebr. VIII, 5.) Para recalentar el mundo no basta con amar, hay que estar abrasado de amor; y este abrasamiento lo enciende la cruz plantada en el corazón y lo alimenta es el haz de espinas.

El clero secular es también más celoso de lo que no lo fuera. Pero en todo tiempo, y sobre todo en el tiempo en que estamos, el celo no puede quedar entregado completamente a sí mismo. El P. Gratry dice:

> La velocidad del mundo se acelera. El movimiento bajo todas sus formas, morales, intelectuales y físicas, se multiplica en proporciones insensatas…Éste es el gran peligro del mundo contemporáneo y del estado presente de las almas… Toda nuestra fuerza está en la oración y en la fe, aumentadas en nuestras almas por el recogimiento y el retiro, por el hábito de la vida interior que es la única que desarrolla la virtud, la luz y el amor. La multiplicidad de los esfuerzos de superficie y la masa de las obras no son nunca lo que nos hace ministros útiles del evangelio, sino la omnipotencia de un corazón humilde apoyado en DIOS, de un alma profunda que se abastece en DIOS. Allí, digo, está nuestra fuerza para cumplir nuestro deber, para salvar el pueblo…[53]

---

[53] *H. Pereyve*, por Gratry, p. 206, 209 y 210.

Que el clero tenga entonces cuidado de que su celo no se extravíe en las vías a las que el americanismo pretende llevarlo. Hemos visto que los medios que preconiza para procurar la extensión exterior de la Iglesia y su avance interior, tendrían por efecto disolverla en una vaga religiosidad que acabaría de helar los corazones y el mundo.

El celo de veras apostólico, el celo que hizo la sociedad cristiana y el único que puede rehacerla, es el que, inflamado del amor de DIOS y de las almas, se aplica a propagar la fe en su integridad y en su pureza. Ahora bien, como lo dijo muy bien Dom Laurent Janssens, «el americanismo, es el principio protestante puesto al servicio del liberalismo total». Nada más glacial, nada más mortal. El liberalismo es de lo que la sociedad se muere, ¿cómo lo que la mata podría devolverle la vida?

el P. Aubry dice:

> En los tiempos antiguos la atmósfera intelectual no estaba como ahora llena de los olores de herejía que la hacen hoy tan peligrosa. Los hombres estaban puestos en la verdad, la absorbían por todas partes, la respiraban con el aire. La teología era, según la hermosa palabra de Guizot, «la sangre que corría en las venas del mundo europeo»; y no se puede explicar mejor con una sola palabra que exprese todo, hasta qué punto la fe empapaba la constitución misma de las inteligencias. La *dulce Francia*, como decían nuestros trovadores, era el vaso que llevaba al medio del mundo y vertía sobre las naciones el espíritu de JESUCRISTO. Este vaso que podría ser roto por la cólera de DIOS, debe ser reparado para su gloria.

Sí, para que el mundo regrese a la vida, hace falta que el vaso que DIOS se había hecho con sus manos, Francia, para recibir como la primera entre los pueblos el vino sobrenatural de la fe y verterlo a las otras naciones, sea reparado para la gloria de DIOS. Y si el clero de Francia quiere cumplir los sublimes destinos que Maistre presagiaba de él luego que la Revolución hubiera acabado su curso[54], hace falta que él mismo vuelva a adoptar el espíritu de fe y no tenga otra mira ni otra pasión que empapar de ella las almas. Su fin, el único fin de su celo, debe ser traer de vuelta aquellos tiempos antiguos en que, según la palabra de Guizot, «la teología era la sangre que corría en las venas del mundo europeo».

---

[54] El clero de Francia tiene mil razones de creerse llamado a una gran misión; y las mismas conjeturas que le dejan percibir por qué ha sufrido, le permiten también creerse destinado en una obra esencial. (*Considérations sur la France*, p. 26.)

El resto no vale, puede valer sólo como arterias para hacer circular esta sangre.

El P. Aubry dice:

> Lo que nos falta según unos, es la publicidad, el periódico, el folleto; según otros, es la polémica, el combate, la respuesta a todas las objeciones. Éstos quieren unión, acuerdo, centralización, una especie de complot; aquéllos quieren patrocinios, conferencias, círculos, cofradías, organizaciones ingeniosas, por fin lo que la gente ha convenido en llamar *las industrias del celo apostólico*. Otros más piden sabios, hombres universales a la altura de su siglo.
>
> Todo eso está muy bien, todo eso lleva al fin; pero todo eso sólo es bueno con algo mejor aún.

Este algo mejor es que estos periódicos, estas conferencias, estos libros, estos patrocinios, estos círculos, estas cofradías, y también y sobre todo los catecismos, las escuelas y las universidades, viertan abundante y poderosamente en las almas, las instituciones y las obras, la savia cristiana, la vida sobrenatural. Que cada uno lo tenga en vista en todo y sobre todo; que estas cosas sean estimadas vanas e inútiles si no procuran este bien sobre todo bien.

El P. Aubry dice además:

> No se cura una nación enferma con entusiasmo, sentimientos, grandes gritos de esperanza lanzados en las cátedras, las tribunas, los periódicos y los libros.

Y sobre todo no se la convierte predicando a los hombres sus derechos y callando sus deberes; mostrando desdén por la humildad, la obediencia, el espíritu de pobreza y también la divina caridad; alentando la codicia de las cosas de este mundo y difiriendo para más tarde la prédica de las esperanzas eternas.

Esto no trae al alma más que el frío del egoísmo; y eso —las grandes frases y los grandes discursos— sólo hace una fogarada en la imaginación.

Hace falta otro fuego para recalentar el mundo y devolverle la vida.

Hace falta que los hombres vuelvan a empezar a saber que la gracia santificante dada en el santo Bautismo crea en ellos una nueva vida, vida de orden sobrenatural y divino que los hace verdaderamente hijos de DIOS por una participación real en la naturaleza divina. Los judíos estiman ser la única raza de veras humana; nosotros cristianos somos una raza sobrehumana, más elevados sobre el resto de la humanidad por la gracia que los

otros hombres por la razón sobre los animales. Hace falta que los hijos de Adán aprendan cómo, por la encarnación y la Redención, esta gracia ha dimanado del seno de DIOS en el Corazón de JESUCRISTO, su fuente, su depósito sobre la tierra; —cómo, de esta fuente, se vierten los tesoros de la Iglesia que, en su calidad y en virtud de sus funciones de madre, vive de esta gracia y hace vivir de ella a sus hijos; —cómo ella se difunde en todo el cuerpo místico de JESUCRISTO, es decir en toda criatura deificada, desde el Papa, cabeza y centro de la Iglesia, hasta el último de los fieles, pasando por las venas de la jerarquía; —cómo fecunda el elemento humano y produce la vida cristiana con su rica cosecha de frutos en las almas; —cómo en este orden admirable, la gracia habitual diviniza al hombre; —cómo no es una metáfora esta divinización, sino una realidad, porque, desde este mundo y por las virtudes infusas, comienza la participación en la vida divina, para consumarse en la gloria por la visión intuitiva y el amor beatífico.

El fuego que debe revivificar el mundo no puede tener otro hogar que las hermosas intuiciones de la teología aspiradas y recibidas en un corazón puro.

Sin el fuego divino que ellas comunican al alma, el celo, por mucho que sea activo, extenso y emprendedor, queda infecundo. Se lo ve sólo demasiado. ¡Cuántos esfuerzos gastados para pura pérdida! ¡cuántas agitaciones no sólo estériles sino tales que, en lugar de elevar el pueblo a la altura del sacerdote, bajan al sacerdote hasta el pueblo!

Llevando a sus últimos límites la hipótesis de los estragos que causa actualmente el espíritu moderno en las almas y en la sociedad, el P. Aubry dice:

> Aunque las ideas reinantes; las deserciones y los escándalos hubieran quitado a la Iglesia la mitad, luego los tres cuartos, luego los nueve décimos, luego los noventa y nueve centésimos, luego los novecientos noventa y nueve milésimos de su familia, si el milésimo que permaneció fiel es excelente y radical, todo será recobrado, porque este milésimo formará el pequeño pero valiente ejército de Gedeón, la semilla sana e irreprochable de una nueva sociedad. ¡Cuánto más poderosa sería para la regeneración de un pueblo como el nuestro una tal falange salida de escuelas teológicas sólidas, armada de todo la fuerza sobrenatural del evangelio, fortificada con principios seguros e

> inquebrantables contra el espíritu del siglo! Ciertamente vencería, a no ser que la escritura hubiera mentido diciendo: *Haec est victoria qua vincit mundum fides nostra*.

¡No! el Espíritu Santo no ha mentido. Es la fe y la fe sola la que ha triunfado, triunfa y puede triunfar siempre del espíritu del mundo.

> La fe es el germen transformador; fermenta en el alma, invade, absorbe, transforma todo el ser humano y, por el ser humano, toda la sociedad.

Y por eso el P. Aubry concluye que

> el nudo de la cuestión, es la EDUCACIÓN CLERICAL que forma, no un sacerdocio reducido por la debilidad de los métodos anticuados e impotentes, o por una enseñanza que se pasea sobre superficies, o por la infiltración de las ideas modernas, sino un sacerdocio embebido en las verdaderas fuentes; incapaz de transigir con el mundo, pero que aporta una nueva efusión de fe y luz en las inteligencias, de vida cristiana en los corazones, de civilización católica en la sociedad.[55]

Esta conclusión será también la de este libro, que si ha intentado mostrar el movimiento anticristiano que arrastra el mundo de las más altas esferas a las más humildes, ha sido para hacer sentir la necesidad acuciante de reanimar en todos la gracia de DIOS. Los sacerdotes hemos recibido por la imposición de manos una gracia de apostolado que nos hace aptos para formar un pueblo capaz de adorar y amar a DIOS y al Señor y Salvador JESÚS. Y vosotros fieles habéis recibido, por el agua regeneradora del bautismo y luego por la unción del santo crisma, una participación en la naturaleza divina que os hace capaces de esfuerzos contra el mal en vosotros y fuera de vosotros, y de arranques hacia el soberano Bien. Guardemos todos con un cuidado piadoso, desarrollemos en nosotros mismos y en el corazón de nuestros hermanos, por el Espíritu Santo que habita en nosotros, EL BUEN DEPÓSITO, como habla el Apóstol. Allí está la única fuente de salvación y de vida para la sociedad como para cada uno de nosotros.

---

[55] Ver *Essai sur la méthode des études ecclésiastiques en France*, por J. B. Aubry, partes 1 y 2. Particularmente los capítulos IV, IX y X.

ÍNDICE

CONDENACIÓN DEL AMERICANISMO 1
CAPÍTULO PRIMERO ¿POR QUÉ ESTE LIBRO? 12
CAPÍTULO SEGUNDO. LA *ALIANZA ISRAELITA UNIVERSAL*. 18
CAPÍTULO TERCERO. LA *ALIANZA ISRAELITA UNIVERSAL* Y LAS PATRIAS. 24
CAPÍTULO CUARTO. LA *ALIANZA ISRAELITA UNIVERSAL* Y EL CRISTIANISMO. 32
CAPÍTULO QUINTO. LA AYUDA DADA A LA *ALIANZA ISRAELITA UNIVERSAL* POR LOS PARLAMENTOS Y LA PRENSA. 39
CAPÍTULO SEXTO. LA *ALIANZA ISRAELITA UNIVERSAL* Y EL AMERICANISMO. 48
CAPÍTULO SÉPTIMO LA EVOLUCIÓN RELIGIOSA SEGÚN LOS AMERICANISTAS. 55
CAPÍTULO OCTAVO CÓMO QUIEREN PROCURAR LA EXPANSIÓN EXTERIOR DEL CRISTIANISMO LOS AMERICANISTAS 63
CAPÍTULO NOVENO. EL CONGRESO DE LAS RELIGIONES. 69
CAPÍTULO DÉCIMO CÓMO QUIEREN PROCURAR EL ADELANTO INTERIOR DE LA IGLESIA LOS AMERICANISTAS 77
CAPÍTULO UNDÉCIMO. LOS CONGRESOS ECLESIÁSTICOS. 85
CAPÍTULO DUODÉCIMO. EN REVOLUCIÓN. 93
CAPÍTULO DECIMOTERCERO. ANTICRISTIANISMO. 104
CAPÍTULO DECIMOCUARTO. ALGUNOS RESPLANDORES. 111
CAPÍTULO DECIMOQUINTO. ¿QUÉ HACER? 126
CAPÍTULO DECIMOSEXTO. SPIRITUM INNOVA IN VISCERIBUS. 136
ÍNDICE 144